

La esclusa número 1

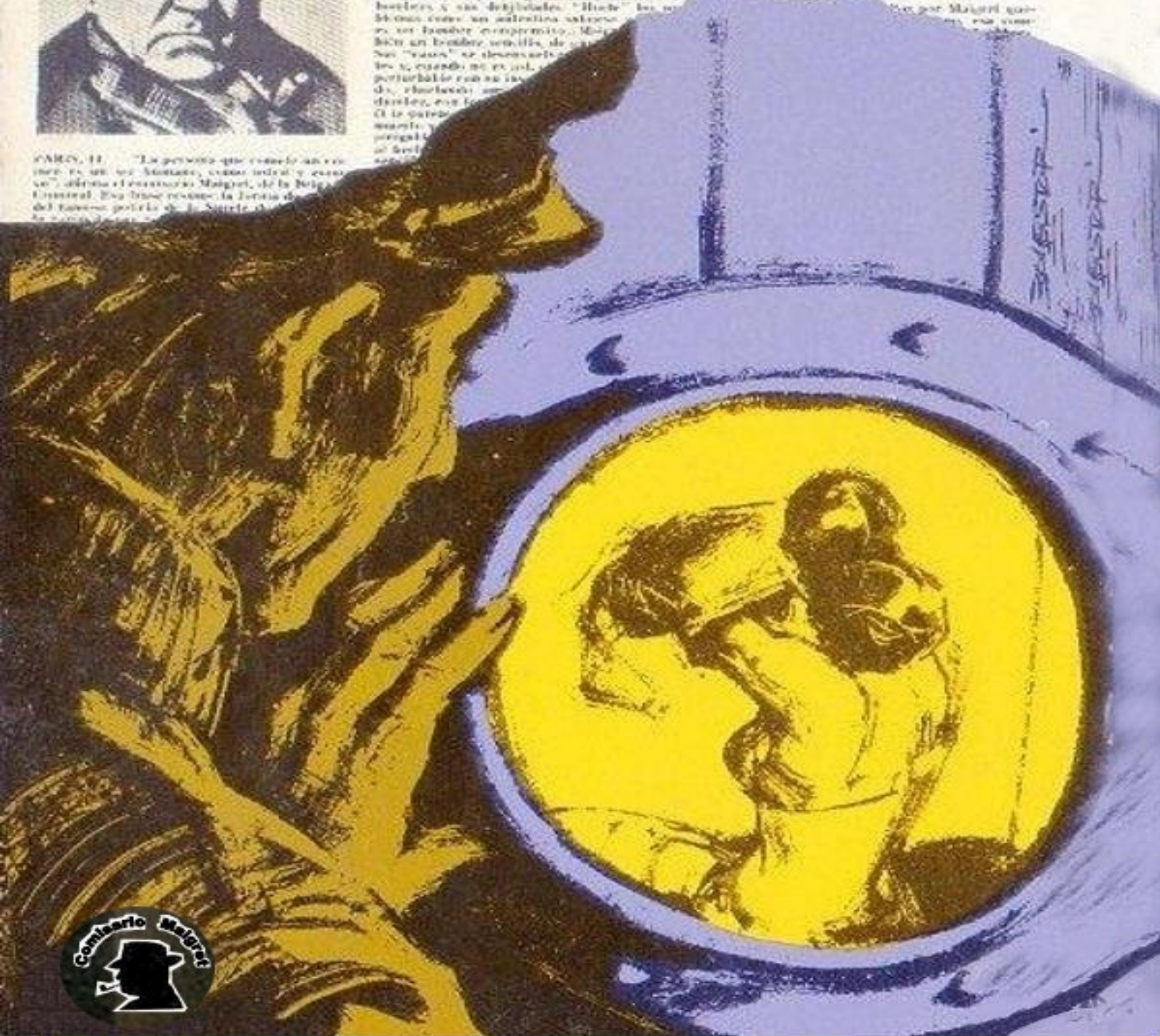


MAIGRET. "La persona que comete un crimen es un ser humano, como todos y eso es lo que define al comisario Maigret, de la Brigada Central. Esa frase resume la esencia del famoso policía de J. Simenon, que lo ha convertido en un clásico de la literatura policíaca."

del que parece un hombre gris que vive en el lugar del crimen, que hace preguntas, que busca una, que otra y así otra más, como abriendo entre el bosque de su pipa. Maigret es un hombre en su ambiente. Negar el trabajo es negar su esencia. Cada momento sus movimientos, desde los más ruidosos, al mirar en el plato humano y accidental del crimen es decir, lo es casi intuitivamente los "razones" que han conducido al hecho delictivo, y, en consecuencia, es difícil quien, de entre los sospechosos, es la persona que en poco tiempo debe probar que muestra tal que fehacientemente fue incapaz de cometer el acto criminal.

Maigret es un psicólogo natural, conoce a los hombres y sus debilidades. "Hasta los más listos como un malvado sabroso" es un hombre comprensivo. Maigret es un hombre sencillo, de pocas palabras. Sus "razones" se desmenuan en el momento de su caso, cuando no es así, es perturbado con su tacto, el hecho de que él se da cuenta, con facilidad, que el crimen es un acto que se comete en un momento de la vida, y que el crimen es un acto que se comete en un momento de la vida, y que el crimen es un acto que se comete en un momento de la vida.

Maigret es un hombre que sabe por Maigret que...



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



Emile Ducrau ha estado a punto de morir ahogado. ¿Se trata de un simple accidente o de un intento de asesinato? En los muelles de Charenton, entre escluseros y marineros, el comisario Maigret se siente de buen humor: los primeros días de abril son magníficos, y además le atrae la personalidad de Ducrau. Éste dueño de un imperio de gabarras y del transporte fluvial del Sena, es un hombre truculento, cínico al parecer, también sincero. Maigret y Ducrau —grande y corpulento como el comisario— tendrán que medir sus fuerzas hasta que finalice la investigación.

Georges Simenon

La esclusa número 1

Comisario Maigret - 18

Título original: *L'écluse n.º 1*
Georges Simenon, 1933
Traducción: Fernando Cañameras

Editor digital: armaurumque
Corrección de erratas: lector_número_13



Índice de contenido

Cubierta

La esclusa número 1

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

CAPÍTULO I

Cuando se observan peces a través de una capa de agua que impide todo contacto entre ellos y nosotros, se los ve aparecer mucho tiempo inmóviles, y, luego, sin razón aparente, ir, tras una agitación de aletas, un poco más lejos para no hacer otra cosa que esperar de nuevo.

Con la misma calma, sin razón aparente también, el tranvía 13, el último Bastille-Créteil, arrastró sus amarillentas luces a lo largo del *quai* des Carrières. En la esquina de una calle, cerca de un farol de gas verde, hizo intención de parar, pero el revisor agitó la campanilla y el vehículo continuó hacia Charenton.

Tras él, la calle quedaba vacía e inactiva como un paisaje del fondo del agua. A la derecha, las pinazas flotaban sobre el canal, con la luna a su alrededor. Un hilillo de agua se deslizaba por una compuerta mal cerrada de la esclusa, siendo el único ruido bajo el cielo aún más quieto y más profundo que un lago.

Dos establecimientos de bebidas permanecían iluminados, frente a frente, en ambas esquinas de la calle. En uno de ellos, cinco hombres jugaban a las cartas, pausadamente, sin hablar. Tres se tocaban con gorras de marinero o de piloto, y el patrón, sentado a la mesa con ellos, se hallaba en mangas de camisa.

En el otro establecimiento no se jugaba. Sólo había en él tres hombres, sentados alrededor de una mesa y contemplando soñadoramente los vasitos de vino. La luz era gris e invitaba al sueño. El dueño, de bigotes negros y que usaba un chaleco de punto azul, bostezaba de cuando en cuando antes de alargar la mano para coger su vaso.

Frente a él se hallaba un individuo bajito, invadido de vello rubio como el heno. Estaba triste, o embotado, ¿o, tal vez, ebrio? Sus claras pupilas nadaban

en agua temblorosa y, a veces, balanceaba la cabeza como para aprobar su discurso interior, mientras que su vecino, hombre del canal también, dejaba errar su mirada por el exterior, en la oscuridad.

El tiempo huía sin ruido, sin siquiera un tictac de reloj. A continuación del cafetín existía una hilera de casuchas rodeadas de jardincillos, pero sus luces estaban apagadas. Más allá, en el número ocho, una casa de seis pisos, aislada, ya antigua y sucia, demasiado estrecha para su altura. Un poco de claridad se filtraba por entre las persianas del piso primero. En el segundo, donde no había contraventanas, un estor de hilo crudo formaba un rectángulo de luz.

Por último, enfrente, a la orilla del canal, montones de piedras, de arena, una grúa, volquetes vacíos...

Y, no obstante, una música palpitaba en el aire, música que surgía de alguna parte. Era preciso buscarla. Procedía de un sitio más alejado que el número ocho, del interior de una barraca de madera que tenía en su frente un cartel con la palabra *Baile*.

No se bailaba ni había más persona allí que la gorda dueña, que leía el periódico y que se levantaba, de vez en cuando, para introducir una moneda en el piano automático.

Se precisaba que algo o alguien se moviese en un momento dado, y fue el marinero velludo del cafetín de la derecha. Se levantó con desgana, miró los vasos e hizo un cálculo mental mientras registraba en su bolsillo. Luego, tras contar el dinero, lo puso sobre la lisa madera de la mesa, se tocó el borde de la gorra y, dando traspiés, se dirigió hacia la puerta.

Los otros dos se miraron. El patrón guiñó un ojo. La mano del viejo vaciló en el vacío antes de agarrar el puño del bastón, y el hombre velludo osciló al volverse para cerrar la puerta.

Se oían sus pasos como si anduviese por un pavimento hueco. Era irregular. Daba tres o cuatro pasos y se detenía, vacilando o preocupado de su equilibrio. Llegado cerca del canal, embistió el parapeto, que resonó; se lanzó por la escalera de piedra y se encontró en el muelle de descarga.

Los contornos de los barcos estaban claramente delineados por la luna. La pinaza más cercana, separada del borde por una plancha de madera que servía de pasarela, se llamaba *La Toisón d'Or*. Había otros barcos detrás, a derecha

y a izquierda, formando cinco filas por lo menos; unos con el vientre abierto cerca de una grúa esperando a ser cargados; otros, con la proa enfilando la compuerta de la esclusa, que franquearían al rayar el día; otros, por último, que se los veía permanecer en los puertos, tiempo y tiempo, Dios sabía por qué, como si estuvieran inútiles.

El viejo, completamente solo en el universo inmóvil, hipó y se arriesgó por la pasarela, que se curvó. En el centro, tuvo la idea de volverse, acaso para mirar las ventanas del cafetín. Tuvo éxito en la primera parte de su movimiento; pero osciló, enderezó los riñones y se encontró en el agua, agarrado con una mano a la plancha.

No había gritado. Ni aun gruñido. No hubo más que un chapoteo que moría ya porque el hombre apenas se movía. La frente arrugada como si se viese obligado a reflexionar, forzaba sus puños para izarse sobre la pasarela. No tuvo éxito, pero se obstinaba, con la mirada fija, la respiración fuerte.

En el muelle, dos enamorados, apoyados en los muros de piedra, escuchaban inmóviles, reteniendo la respiración. Un auto dobló por la esquina de Charenton.

De repente, un alarido, un lamento inaudito se elevó, desgarrando la tranquila inmensidad.

Era el viejo que, en el agua, se desgarraba la garganta de espanto. Ya no hacía esfuerzos razonados. Se debatía como un desesperado, con patadas que hacían burbujear el agua.

Otros ruidos nacían en los alrededores. Se movían en una pinaza. Una voz de mujer adormilada preguntó:

—¿Vas a ver?

Se abrieron puertas arriba, en el muelle: las de los dos cafetines. Contra el muro de piedra, la pareja se separaba, y el hombre soplaba:

—¡Vete de prisa!

El hombre dio algunos pasos, dudando. Y preguntó en voz alta:

—¿En dónde está?

Escuchó el grito. Lo localizó. Otras voces se acercaban y varias personas se inclinaban sobre el parapeto.

—¿Quién es?

Y el joven respondió, mientras corría:

—No lo sé aún. Por allí... En el agua...

Su compañera permanecía en su sitio, sin atreverse a avanzar ni a retroceder, con las manos juntas.

—¡Ya lo veo...! ¡Vengan rápidos...!

El lamento, al debilitarse, se convertía en un estertor formidable. El enamorado percibió las manos crispadas a la plancha, la cabeza emergiendo del agua, pero no sabía cómo agarrarle, y vuelto hacia la escalera del muelle, esperaba, repitiendo:

—¡Vengan rápidos...!

Alguien dijo sin mostrar emoción:

—¡Es Gassin...!

Eran siete los que se acercaban, los cinco de un cafetín y los dos del otro.

—Avanza un poco más... Tú le coges de un brazo y yo del otro...

—¡Atención a la pasarela...!

Se curvaba bajo el peso de los cuerpos. De la escotilla de la pinaza se vio surgir una forma blanca, de cabellos claros.

—¿Ya lo tienes?

El viejo no gritaba ya. No estaba desvanecido. Miraba fijamente ante sí sin comprender, sin hacer esfuerzo para ayudar a sus salvadores.

Y lo sacaron del agua poco a poco, tan derrengado, que fue preciso llevarlo hasta la orilla.

La forma blanca avanzaba por la pasarela. Era una joven en camisón, descalza, y los rayos de la luna, que la aureolaban, delineaban su cuerpo desnudo bajo la tela. Era la única persona que miraba aún el agua, que volvía a alisarse, y he aquí que, de pronto, empezó a gritar, señalando algo que flotaba, fofo e incoloro como una medusa.

Dos de los que se cuidaban del marinero se volvieron, y cuando vieron la mancha lechosa en la negra agua experimentaron ambos en la nuca idéntica sensación de escalofrío.

—Miren... Ahí...

Todos miraron y se olvidaron del marinero tendido en el suelo estriado con regueros de agua.

—¡Traed una gafa!

Fue la joven quien agarró una del puente de la pinaza y se la alargó a los hombres. Ya no eran los mismos. Ni el ambiente tampoco. ¡Ni aun la temperatura de la noche! De pronto se sintió más frío, con bocanadas tibias.

—¿Lo agarras?

El hierro de la gafa se paseaba por el agua y rechazaba la masa informe al tratar de agarrarla. Un hombre, tumbado boca abajo en la plancha, agitaba la mano para alcanzar un trozo de vestido.

Y en las pinazas, en medio de la oscuridad, se adivinaba a la gente en pie, esperando sin decir palabra.

—Ya lo tengo...

—Ízalo con suavidad...

El viejo, en el muelle, perdía su agua como una esponja mientras que se izaba un ahogado más moreno, más pesado, más inerte. De un remolcador bastante alejado, una voz preguntó simplemente:

—¿Muerto?

Y la joven del camisón miraba a la gente que conducía el cuerpo al muelle, tumbándolo a un metro del otro. Ella no parecía comprender; sus labios temblaban como si fuera a llorar.

—¡Dios mío...! ¡Si es Mimile...!

—¡Ducrau!

Ya no sabían adonde mirar aquellos hombres que se hallaban en pie alrededor de los dos tumbados. Estaban oprimidos por la angustia. Querían actuar y su aspecto era de tener miedo.

—Es necesario inmediatamente...

—Sí... Voy yo...

Alguien corrió hacia la esclusa. Le oyeron golpear con ambas manos la puerta de la casa y gritar:

—¡De prisa! ¡Traigan los aparatos! ¡Se trata de Émile Ducrau...!

«Émile Ducrau...». «Émile Ducrau...». «¿Mimile...?». «Ducrau...». Se repetía el nombre de una pinaza a otra, y las gentes avanzaban a grandes zancadas por las pasarelas mientras que el dueño del cafetín levantaba y bajaba los brazos del ahogado.

Se olvidaron del viejo. No volvieron a darse cuenta de su presencia hasta que, perdido entre las piernas que le rozaban, se alzó, paseando a su alrededor

una mirada estúpida.

El esclusero llegó corriendo. Un hombre bajó la escalera delante del agente.

Una ventana se abrió en el segundo piso de la casa alta y una mujer se inclinó sobre el alféizar, enrojecida por la luz roja de una pantalla de seda.

—¿Está muerto? —cuchicheaban.

No se sabía. No se podía saber. El esclusero instaló su bomba respiratoria y se escuchó el ruido regular del mecanismo.

En medio del desorden, de las palabras balbuceadas, de las órdenes dadas en voz baja, de las suelas que hacían crujir la grava, el marinero se alzaba sobre sus manos, titubeaba y pedía ayuda a un vecino para que le ayudara a incorporarse.

Todo era desmadejado y vago, obtuso, deformado como una escena submarina.

El viejo, que apenas se sostenía en pie, contemplaba al segundo cuerpo como en sueños y sopló, siempre borracho, el aliento, más cargado de alcohol que nunca:

—¡Me agarró, allá abajo!

Era tan raro verlo en pie y, sobre todo, oírle, como sí hubiera sido un resucitado. Miraba el cuerpo, la máquina respiratoria y el agua, sobre todo el agua, junto a la pasarela.

—¡No quería soltarme, el muy...!

Se le escuchaba sin creerle. La joven del camión quiso ponerle una bufanda alrededor del cuello, pero él la rechazó, permaneciendo sin moverse en el mismo sitio, soñador, desconfiado, como si hubiese tropezado con un problema sobrehumano.

—Surgió del fondo —gruñó para sí—. Me agarró por las piernas. Yo le solté algunas patadas, pero cuanto más le pegaba, más se apretaba...

Una marinera trajo una botella de aguardiente y llenó una copa para el viejo, que vertió más de la mitad, porque no quitaba los ojos del cuerpo, reflexionando siempre.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó el policía.

Pero el viejo se contentó con encogerse de hombros y continuó su obsesante monólogo, más bajo, como para su capote.

Aparte de los que maniobraban la bomba, las gentes, por grupos, notaban sobre el muelle. Esperaban al médico.

—Vete a acostar —dijo alguien a su mujer.

—¿Vendrás a contarme...?

No se habían dado cuenta de que el viejo chupaba de la botella, posada sobre una piedra, y ahora se hallaba sentado completamente solo, con la espalda apoyada contra la pared del muelle, bebiendo en el gollete y reflexionando tan duramente que sus rasgos se crispaban.

Desde su sitio podía ver al ahogado y era a éste a quien iban dirigidos sus gruñidos. Porque le hacía reproches. Le insultaba. Le acusaba de sombrías maquinaciones y hasta, en algunos momentos, le desafiaba a que se enfrentara con él.

La joven del camisón trató de quitarle la botella, pero él se contentó con decirle:

—¡Hala, vete a acostar...!

Y la apartó de su lado, porque le impedía ver a su compañero. Eran de estaturas semejantes, aunque el segundo era más ancho, más grueso, con cuello potente, cabeza cuadrada cubierta de espesos cabellos.

Se oyó el motor de un auto. Siguieron con los ojos las figuras que se aparearon de él, arriba, y que se precipitaron a la escalera. Se trataba de varios policías y un médico. Los policías, inmediatamente, y sin saber lo que hacían, apartaron a los curiosos. El médico puso su maletín sobre un bloque de hormigón.

Un inspector de paisano, que acababa de hablar con la gente, se volvió hacia el viejo que le habían señalado. Pero era demasiado tarde para interrogarle. Había vaciado más de media botella de aguardiente y miraba a todos con ojos llenos de sospechas.

—¿Es su padre? —preguntó el inspector a la joven del camisón.

Ésta no pareció comprenderle. Porque habían sucedido demasiadas cosas a la vez. El dueño del cafetín se acercó para declarar:

—Gassin estaba ya bastante «templado». Se escurriría en la pasarela.

—¿Y éste?

El médico desnudaba al ahogado.

—Es Émile Ducrau, el de los remolcadores y las canteras. Vive allí.

Y señaló la casa, alta, con las persianas que dejaban pasar hilillos de luz, y las ventanas rojas del segundo.

—¿En el segundo?

Las gentes vacilaban al contestar.

—En el primero —dijo uno.

Y otro añadió, misterioso:

—¡Y en el segundo también! En fin, tiene a «alguien» en el segundo.

—¡Como si se dijera «otro matrimonio»!

La ventana se cerró, allá arriba, sobre la habitación roja, y bajaron el estor.

—¿Han avisado a la familia?

—No. Esperábamos a saber...

—Ve a ponerte las medias —dijo un marinero a su esposa—. Y tráeme la gorra.

Y era así como, de cuando en cuando, una figura pasaba de una barcaza a otra. Por las escotillas y los tragaluces se percibían lámparas de petróleo, a veces lechos sin hacer, fotografías en las paredes de madera.

En voz baja, el médico dijo al inspector:

—Debería avisar al comisario. Este individuo ha recibido una puñalada antes de ser arrojado al agua.

—¿Está muerto?

Hubiérase dicho que el ahogado sólo esperaba esto para abrir los ojos, al mismo tiempo que, con un suspiro, vomitaba el agua. Veía todo del través, porque estaba tendido en tierra y su horizonte era el cielo cribado de estrellas. Para él, las personas se alzaban, gigantescas, en lo infinito. Las piernas eran como interminables columnas. No decía nada. Tal vez no pensara tampoco. Miraba pausadamente, severamente, y, poco a poco, sus pupilas se hacían menos fijas.

Debieron de oír su suspiro, porque todo el mundo avanzó hacia él al mismo tiempo, y los policías, de repente, dieron a la escena su carácter oficial normal, es decir, que formaron barrera, rechazando a la masa, no dejando en su círculo más que a aquellos cuya presencia era necesaria.

El hombre tumbado vio, así, vaciarse el espacio alrededor suyo y los uniformes y quepis con galones plateados. Continuaba vomitando el agua

tragada, que corría por su mentón y por su pecho, mientras que, sin descanso, le movían los brazos. También seguía con curiosidad el movimiento de sus brazos y frunció las cejas cuando alguien de la última fila murmuró:

—¿Está muerto?

El viejo Gassin se levantó, sin abandonar la botella; dio tres pasos indecisos y se paró entre las piernas del ahogado, al que interpeló, con la boca tan pastosa, la lengua tan gorda, que no se le comprendió ni una palabra.

Pero Ducrau lo veía. No le quitaba ojos. Pensaba. Debía de revolver en su memoria.

—¡Apártese! —gruñó el médico, rechazando a Gassin tan bruscamente que el borracho rodó por tierra, rompió la botella y se quedó en el sitio en que cayera, gimiendo, fulminado, esforzándose por apartar a su hija que se inclinaba sobre él.

Otro auto se detuvo en el muelle y un nuevo grupo se formó alrededor del comisario de Policía.

—¿Se le puede interrogar?

—No pierde nada intentándolo.

—¿Cree usted que se salvará?

Fue el propio Émile Ducrau quien le respondió con una sonrisa. Era una sonrisa rara, aún vaga, parecida a una mueca, pero se comprendía que era la contestación a la pregunta formulada.

El comisario, un poco confuso, saludó, quitándose el sombrero:

—Veo con satisfacción que está usted mejor.

Era molesto hablar de arriba abajo a un hombre cuyo rostro estaba vuelto hacia el cielo y sobre el cual los salvadores continuaban afanándose.

—¿Le asaltaron...? ¿Se hallaba usted lejos de aquí...? ¿Recuerda usted en qué lugar fue golpeado y, luego, arrojado al agua?

La boca continuaba vomitando agua por arcadas. Émile Ducrau no se daba prisa en contestar ni aun trató de hablar. Ladeó un poco la cabeza porque la joven del camión entró en su campo visual y la siguió con la vista hasta la pasarela.

La muchacha, ayudada por una vecina, iba a preparar café para su padre, que se debatía cuando se le hablaba de acostarlo en su cama.

—¿No recuerda usted lo que le ha pasado?

Y, como no respondiera, el comisario se llevó al médico aparte.

—¿Cree usted que me comprende?

—Así parece.

—Sin embargo...

Estaban de espaldas al ahogado, cuya voz tuvieron el estupor de oír.

—... me encuentro mal...

Todo el mundo le miró. Manifestó impaciencia. Tuvo que hacer un esfuerzo para hablar. Moviendo penosamente un brazo, añadió:

—Quiero ir a mi casa...

Lo que la mano trataba de señalar era la casa de seis pisos, exactamente a su espalda. El comisario estaba contrariado, dudoso.

—Perdóneme que insista, pero es mi deber. ¿Vio usted a sus atacantes? ¿Los reconoció? Acaso no se hallen lejos aún...

Sus miradas se cruzaron. La de Émile Ducrau era firme. Y, sin embargo, el hombre no contestó.

—Habrá investigación, y el Juzgado, seguramente, me preguntará si...

No le hizo caso. Aquella masa, que parecía tan fofa sobre las losas claras del muelle de descarga, se animó un momento y rechazó cuanto le molestaba.

—¡A mi casa! —repitió Ducrau, furioso.

Y se dieron cuenta de que, si se continuaba contrariándole, el individuo se enfadaría y, tal vez, consiguiese reunir bastante fuerza para ponerse en pie y embestir contra el montón de gente.

—Cuidado —gritó el médico—. Su herida puede sangrar...

Pero el hombre se burló de eso, aquel hombre de cuello de rumiante que, de pronto, se cansó de estar tendido en tierra en medio de curiosos.

—Que lo transporten a su casa —dijo el comisario, suspirando resignado.

Habían traído la camilla de la esclusa número 1. Ducrau no quería camilla. Gruñó. Hubo que sujetarlo por los brazos, por las piernas, por los hombros... Mientras lo transportaban, miraba a la gente encolerizado, y ésta se apartaba, temerosa.

Atravesaron la calle. El comisario detuvo el cortejo.

—Un momento. Primero debo advertir a la esposa...

Llamó a la puerta mientras que los portadores permanecían a la espera bajo el farol de gas verde que indicaba la parada de los tranvías y los

autobuses.

Durante aquel tiempo, los marineros trajinaron lo suyo para franquear la pasarela de *La Toison d'Or* con el viejo Gassin, borracho perdido, el cual, para colmo, se había herido la mano con un cascote de la botella.

CAPÍTULO II

Eran las diez en punto de la mañana cuando, dos días después de los hechos relatados en el capítulo precedente, el comisario Maigret se apeaba del tranvía 13 frente a los dos cafetines. En pie al borde de la acera, con el sol dándole de lleno en los ojos, con los oídos ensordecidos por los ruidos. Maigret permaneció un buen rato con las cejas fruncidas, mientras camiones, blancos de cemento, se interponían entre el canal y él.

No había asistido a la llegada del Jugado, y su conocimiento del lugar del suceso, así como del caso, era teórico. Todo aparecía muy sencillo en el esquemático plano que le habían trazado: a la derecha, el canal, con la esclusa y la pinaza de Gassin amarrada al muelle de descarga; a la izquierda, los dos cafetines, la casa alta y, casi al fondo, el modesto baile.

¿Acaso era así, sin perspectivas, sin horizontes, sin vida? Mas sólo barcazas, por ejemplo, había cincuenta en la balsa dominada por la esclusa: unas, en el muelle; otras, apretadas entre sí; otras, por último, que evolucionaban lentamente bajo el sol. Y en la calle, el movimiento era continuo, realizado principalmente por los pesados camiones, que producían un ruido estrepitoso.

Sin embargo, el alma del paisaje se hallaba en otra parte; su corazón al menos, cuyos latidos daban el ritmo al propio ambiente. Estaba al borde del agua. Era un aparato alto, bicorne; una torre de hierro viejo que, por la noche, no debía de ser más que una mancha gris, pero que, durante el día, desprendía ruidos por todas sus chapas, por todas sus vigas, por cada garrucha, al triturar la piedra que volcaba sobre tamices para trasladarla después más lejos, siempre entre el estrépito, y terminar, al fin, en montones de humeante polvo.

Distinguíase en todo lo alto de la máquina una placa de esmalte azul: *Empresas Émile Ducrau.*

Ropa blanca secábase en cuerdas tendidas en las pinazas, y una joven rubia lanzaba agua a voleo sobre el puente de *La Toison d'Or*.

Pasó un tranvía 13 y luego otro, y Maigret, completamente bañado en sudor, la piel mojada y voluptuosa como sólo solía estarlo en los primeros soles de abril, se dirigió, sin convicción, hacia la casa alta. No vio portera a través de los cristales de la portería. En la escalera había una alfombra gastada, rojo oscuro, y los peldaños estaban encerados y las paredes pintadas simulando mármol. En el descansillo se olía el polvo; la mediocridad y el decoro en sus dos puertas oscuras, y brillante la mancha del puño de cobre bien pulimentado. Un rayo de sol atravesaba sesgado un patio y, filtrándose por algún tragaluz, doraba el hueco de la escalera.

Maigret llamó dos o tres veces. A partir de la segunda, oyó ruido en el interior, pero pasaron cinco minutos antes de que la puerta se abriera.

—¿Monsieur Ducrau, por favor?

—Es aquí. Pase.

La criada era pelirroja, demasiado alegre, y Maigret le sonrió al mirarla, sin saber demasiado por qué. Era una muchacha llenita, apetitosa, sobre todo cuando se la veía de espaldas, porque su cara bastota, de rasgos duros e irregulares, desilusionaba en seguida.

—¿De parte de quién?

—De la Policía Judicial.

Dio dos pasos hacia la puerta y tuvo que agacharse para subirse una media; luego dio otros dos pasos y, creyéndose oculta por el batiente, se afianzó la liga y se bajó la combinación, mientras Maigret sonreía a más y mejor. Cuchichearon en la otra habitación. La criada volvió.

—Sírvase pasar.

No fue únicamente por culpa del sol que Maigret fijase la sonrisa en sus labios. Surgió espontáneamente y se extendió por todo su rostro. Desde el vestíbulo, desde el felpudo casi, había tenido la intuición de lo que pasaba, y ahora estaba seguro de ello mientras preguntaba:

—¿Monsieur Ducrau?

Sus ojos reían; su boca esbozaba una mueca involuntaria y, desde ese instante, entre los dos hombres la verdad estuvo como confesada. Ducrau miró a la criada; luego, al visitante; más tarde a su butaca de terciopelo rojo.

Inmediatamente se arregló los cabellos alborotados y sonrió también, con sonrisa adulatora, un poco rara, satisfecha al menos.

* * *

Tres ventanas chorreaban de sol, y una de ellas, completamente abierta, dejaba a tal punto penetrar los rumores de la calle, el estrépito de la trituradora, que cuando Maigret quiso hablar, apenas oyó su voz.

Émile Ducrau se había vuelto a sentar en su butaca con un suspiro de alivio, y se notaba que, a pesar de todo, no estaba fuerte aún. De la escena con la criada le quedaban una ebullición en la frente y un ritmo acelerado en la respiración. No era extraño que, la víspera, el Juzgado, estupefacto, hubiese encontrado en una butaca a un hombre que esperaba encontrar anonadado en su cama.

Se hallaba en zapatillas, con un camisón de cuello bordado en rojo debajo de su chaqueta vieja, y se notaba la misma dejadez mediocre en cada detalle del salón, de muebles abigarrados, que todos databan de treinta o cuarenta años: en los marcos, negro y oro, que rodeaban las fotografías de los remolcadores, y en la mesa despacho instalada en un rincón.

—¿Es usted el encargado de la investigación?

La sonrisa se extinguió progresivamente. Ducrau volvía a ser un hombre serio, de mirada inquisitiva, con voz agresiva ya.

—Supongo que tiene usted ya su idea sobre esta historia... ¿No...? ¡Tanto mejor, aunque me extraña en un policía!

No tenía intención de mostrarse desagradable. Era su actitud natural. A veces, gesticulaba un poco, sin duda porque le hacía sufrir la herida de la espalda.

—Beberá algo... ¡Mathilde...! ¡Mathilde...! ¡Maldita sea...!

Y dirigiéndose a la muchacha, que había aparecido, al fin, con las manos llenas de jabón, dijo:

—Sírvanos vino blanco. ¡Del bueno!

Llenaba la butaca con su corpulencia, y el hecho de que sus pies estuvieran posados sobre un cojín hacía parecer sus piernas más cortas.

—¡Veamos! ¿Qué le han contado?

Al hablar, tenía costumbre de echar breves miradas por la ventana, en dirección a la esclusa.

De pronto, gruñó:

—¡Vaya! Ahora se dejan adelantar por un *Poliet et Chausson*.

Maigret vio una pinaza cargada, con los bordes pintados en amarillo, que penetraba lentamente en la esclusa. Tras ella, otra pinaza, marcada con un triángulo azul, estaba de través en el canal y tres o cuatro personas gesticulaban, cambiando sin duda entre sí insultos.

—Todas las barcas con triángulo azul me pertenecen —explicó Ducrau, señalando una silla a la criada que entraba, y diciéndole—: Ponga la botella y los vasos ahí encima... Sin etiqueta, comisario... Decía... ¡Ah, sí! Tengo curiosidad por saber cómo cuentan el suceso.

Su amabilidad poseía un trasfondo de maldad y cuanto más miraba a Maigret, más se acentuaba esta maldad, tal vez porque el comisario, físicamente, era tan ancho y fuerte como él, aunque más alto, y porque su tranquilidad producía, en el departamento, el efecto de una gruesa piedra imposible de mover.

—Me he hecho cargo del expediente esta mañana —le dijo.

—¿Lo ha leído?

La puerta de entrada se abrió; alguien atravesó el vestíbulo y se mostró. Era una mujer de unos cincuenta años, delgada, triste, que llevaba un cesto de provisiones y que se excusó:

—Perdón. No sabía...

Maigret ya se había puesto en pie.

—Madame Ducrau, supongo. Me alegro de conocerla.

La dama saludó torpemente y se retiró andando hacia atrás. La oyeron hablar con la criada, y Maigret sonrió de nuevo porque ahora se imaginaba mejor que antes los detalles de la escena matinal.

—Mi esposa no ha podido acostumbrarse nunca a no hacer la compra —gruñó Ducrau—. Podría pagarse diez criadas si quisiera y, sin embargo, tiene que bajar cada día al mercado.

—¿Empezó usted como patrón de remolcador?

—Empecé como se empieza: ¡en la caldera! El vapor se llamaba el *Aigle*. Fui dueño de él cuando me casé con la hija del dueño, a la que acaba usted de

conocer. En este momento, la serie de los *Aigles* alcanza a veinticuatro. Mire: solamente en la balsa hay dos que remontarán hoy hasta Dizy y me han anunciado cinco en vanguardia. Todos los pilotos que están en los dos cafetines de abajo trabajan para mí. Hasta ahora he comprado dieciocho pinazas, transportadores, dos dragas...

Sus ojos se empequeñecían y terminaron por no ver los de Maigret.

—¿Era esto lo que usted quería saber? —y vuelto hacia la puerta gritó en dirección a las dos mujeres, invisibles, cuya conversación llegaba como un murmullo—: ¡Silencio...! A su salud. Le han debido de decir que ofrezco veinte mil francos a la Policía si descubre a mi agresor, y por esto, supongo que me han enviado a alguien de importancia. ¿Qué mira usted?

Era un prodigio de vida el paisaje luminoso que se descubría por la ventana. Vistas desde lo alto, las pinazas parecían más pesadas, como hundidas en un agua demasiado densa. En pie en su barquilla, un marinero daba una mano de alquitrán al casco gris de su barco, que emergía dos metros. Y se veían perros, gallinas en cajas enrejadas, y la joven rubia que pulimentaba los cobres del puente. Las personas iban y venían sobre las compuertas de la esclusa, y los barcos, que salían por debajo, parecían vacilar antes de dejarse deslizar por la corriente del Sena.

—Resumiendo: todo esto, por decirlo así, es de su propiedad.

—Todo, es exagerado. Pero todo el mundo que usted ve depende un poco de mí, especialmente después de haber comprado las canteras de yeso de Champagne.

El mobiliario del piso se asemejaba a los muebles que se amontonan en los encantos para liquidarlos los sábados, cuando la gente modesta acude en busca de una mesa o de una palangana de ocasión. Un olor a cebollas fritas llegaba de la cocina al mismo tiempo que el chisporroteo de la manteca en la sartén.

—Una pregunta, si me lo permite. El informe dice que usted no recuerda lo que pasó antes del momento de ser sacado del agua.

Ducrau, sin prestar atención, cortaba el extremo de un cigarro.

—¿En qué momento exacto se detienen sus recuerdos? ¿Puede usted contarme, por ejemplo, lo que hizo anteayer por la noche?

—Mi hija y su marido cenaron aquí. Mi yerno es capitán de infantería en Versalles. Vienen a visitarnos todos los miércoles.

—¿También tiene usted un hijo?

—Sí. Estudia en la Facultad de Derecho, pero se le ve raramente por casa, porque yo le he dado una habitación en el quinto piso.

—Por tanto, usted no le vio esa noche, ¿verdad?

Ducrau no se daba prisa en contestar. No quitaba sus ojos de Maigret y, mientras lanzaba lentas bocanadas de humo de su cigarro, sopesaba cada pregunta que le hacía, cada palabra que pronunciaba.

—Escuche, comisario. Voy a decirle algo importante y le aconsejo que lo retenga, si quiere usted que nos entendamos. ¡Jamás se ha jugado al ratón y al gato con Mimile! Mimile soy yo. Me llamaban así cuando aún no era dueño de mi primer remolcador, y todavía existen escluseros, en Haute-Marne, que no me conocen de otra manera, ¿me comprende? Yo no soy más tonto que usted. En esta historia, soy yo quien paga. ¡Soy yo quien fui atacado! ¡Soy yo quien le ha hecho venir a usted...!

Maigret no pestañeaba; pero, por primera vez en mucho tiempo, se divertía ante un individuo que, en verdad, valía la pena de conocerle.

—Beba. Coja un cigarro. Guárdese algunos en el bolsillo. Pues sí: cumpla con su obligación, pero nada de trapacerías. Cuando el Juzgado vino a verme ayer, venía con él un juez de instrucción muy envarado que se paseó por aquí sin quitarse los guantes de cabritilla, como si temiera ensuciarse. Pues bien: le pedí que se quitara el sombrero y que dejara de fumar, mientras que yo le lanzaba a la nariz el humo de mi cigarro. ¿Capta el asunto? Ahora, le escucho.

—Una pregunta, a mi vez: ¿mantiene usted su denuncia...? ¿Sí...? ¿De verdad quiere usted que descubra al culpable?

En los labios de Ducrau se inició la sombra de una sonrisa. En lugar de contestar, murmuró:

—¿Y qué más?

—¡Eso es todo! Aún es tiempo.

—¿No tiene nada más que decirme?

—¡Nada!

Y Maigret se puso en pie, parándose ante la ventana abierta, las pupilas contraídas por el sol.

—¡Mathilde...! ¡Mathilde...! —gritó el individuo—. Ante todo, usted procurará acudir siempre en cuanto la llame; después se pondrá usted un delantal limpio. Ahora, vaya a buscarme una botella de champaña. Una de las ocho botellas que hay en el fondo, a la izquierda.

—No bebo champaña —dijo Maigret cuando la criada hubo salido.

—Beberá de éste. Es de la cosecha de 1897, y que me ha enviado el dueño de las mayores bodegas de Reims.

Se había dulcificado. Hasta se notaba en él una sombra de emoción, apenas perceptible.

—¿Qué mira usted?

—La pinaza de Gassin.

—¿Sabe usted que Gassin es un antiguo camarada, el único que aún me tutea? Hicimos juntos nuestros primeros viajes. Yo le he confiado una de mis pinazas que recorre, principalmente, Bélgica.

—Tiene una hija muy guapa.

Era sólo una impresión, porque, a su distancia, Maigret apenas veía una silueta. Y, sin embargo, esta silueta le produjo la certeza de que la muchacha era guapa. ¡Y la silueta era de lo más vulgar! Un traje negro y un delantal blanco, y los pies desnudos dentro de zuecos.

Ducrau no contestó y, después de algunos instantes de silencio, dijo, como si estuviera al cabo de su paciencia:

—¡Siga! ¡La dama de arriba, la criada y las demás! Le escucho...

La puerta de la cocina se abrió. Desde el umbral, madame Ducrau se arriesgó a preguntar, después de haber tosido:

—¿Hay que traer hielo?

Y él, con rabia:

—¿Por qué no vais a buscar el champaña a Reims?

La mujer desapareció sin responder y la puerta quedó entreabierta, mientras que Ducrau continuaba:

—Sí, he instalado en el segundo piso, exactamente encima de esta habitación, a una mujer que se llama Rose y que era masajista en el Maxim.

No bajó la voz, sino al contrario. Su mujer tenía que oírle. Los vasos tintinearón en la cocina. La criada entró con un delantal blanco y una bandeja.

—Si quiere usted más detalles, le diré que le paso dos mil francos al mes y la ropa, aunque ella se lo hace todo... ¡Eh, usted! ¡Póngalo todo aquí y márchese...! ¿Quiere usted descorchar la botella, comisario?

Maigret ya se había acostumbrado y no oía el estrépito de la trituradora ni el rumor de la calle que se confundía con el bordonero de dos moscas en la habitación.

—Hablemos de anteayer. Mi hija y el idiota de su marido cenaron aquí y, como siempre, me fui después del postre. No me gustan los «mierdas», y mi yerno es un «mierda». ¡A la salud!

Chascó la lengua y suspiró.

—Eso es todo. Eran, tal vez, las diez. Anduve por la acera. Bebí una copa con Catherine, que tiene un baile un poco más abajo. Luego continué y llegué a la esquina de las callejuelas donde hay un farol. Prefiero beber con las muchachas que con mi yerno.

—Cuándo usted salió de esta casa, ¿no se dio cuenta de si alguien le seguía?

—No noté nada.

—¿Hacia qué lado se dirigió usted?

—Pues no lo sé.

Estaba claro. La voz era, de nuevo, agresiva. Ducrau se atragantó al beber un gran trago de champaña, tosió y escupió sobre la desteñida alfombra.

El informe del médico decía que la herida de la espalda era superficial y que el armador había pasado de tres a cuatro minutos en el agua, emergiendo, tal vez, una o dos veces.

—Naturalmente, usted no sospecha de nadie.

—¡Sospecho de todo el mundo!

Tenía una fisonomía rara, una cabeza ancha, carnosa, de rasgos gruesos, y, sin embargo, se notaba que era fuerte, de una solidez excepcional. Su mirada, cuando captaba una idea de Maigret, recordaba la de los viejos campesinos que acuden al mercado por ferias; pero, al segundo después, los azules ojos revelaban una ingenuidad desconcertante.

Cuanto más amenazaba, gritaba, juraba o desafiaba, tanto más preguntábase uno si no lo haría exclusivamente por divertirse.

—¡Eso es lo que tenía que decirle! Porque yo, yo, tengo derecho a sospechar de todo el mundo: de mi mujer, de mi hijo, de mi hija, de su marido, de la Rose, de la criada, de Gassin...

—... de su hija...

—¡De Aline también, si usted quiere!

Hubo, sin embargo, una pequeña diferencia.

—Y voy a añadir algo. A toda esa gente que me pertenece tiene usted derecho, porque se lo otorgo yo, a embestirla como le plazca. Conozco a la Policía. Sé que va a oliscar hasta en sus cubos de la basura. Nosotros podemos empezar inmediatamente. ¡Jeanne...! ¡Jeanne...!

Su mujer apareció, extrañada, perezosa.

—¡Entra, por todos los demonios! No tienes por qué presentarte ante la gente como si fueras una criada. Bébette una copa. Sí, sí. Trinca con el comisario. Dime: ¿adivinas qué quiere saber el comisario?

Estaba pálida e indiferente, mal arreglada, mal peinada, mal envejecida, como los muebles del salón. El sol le hería los ojos y, después de veinticinco años de matrimonio, se sobresaltaba a cada explosión de voz de su marido.

—Quiere saber de qué se habló durante la cena con Berthe y su esposo.

La mujer trató de sonreír. Su mano, que sostenía la copa de champaña, temblaba, y Maigret miró los dedos, completamente arrugados por los trabajos culinarios.

—Responde. Bebe primero.

—Se habló de todo.

—Eso no es cierto.

—Perdóneme, señor comisario. Pero no comprendo bien lo que mi marido quiere decir...

—Sí, mujer, sí. Vamos, te ayudaré...

Estaba erguida junto a la butaca roja donde Ducrau se hundía hasta formar un todo con ella.

—Fue Berthe quien empezó. Acuérdate. Dijo...

—¡Émile!

—¿No hay Émile que valga! Dijo que temía estar embarazada y que, en tal caso, Decharme no podría continuar en el ejército, porque gana demasiado poco para poder pagar una nodriza y todo lo que hace falta. Yo le aconsejé que vendiese cacahuètes, ¿no es cierto?

Con una débil sonrisa su mujer trató de excusarle.

—Deberías reposar.

—¿Y qué fue lo que propuso el memo? ¡Contesta! ¿Qué fue lo que propuso? Que se hiciera inmediatamente entrega de una parte de la herencia, puesto que de todos modos habría que hacerla algún día. Con su parte, el señor se instalaría en Provenza, donde el clima, según él, sería excelente para su vástago. En cuanto a nosotros, podríamos ir a verle durante las vacaciones.

No se acaloraba. Ni era una cólera pasajera. ¡Al contrario! Lanzaba las palabras lentamente, duramente, unas tras otras.

—¿Y qué añadió en el momento en que me ponía el sombrero? Quiero que lo digas tú misma.

—No sé ya.

Estaba a punto de llorar. Dejó la copa para no verterla.

—¡Dilo!

—Dijo que tú gastabas mucho dinero de otra forma...

—No dijo de «otra forma».

—Con...

—¡Venga!

—Con las mujeres.

—¿Y qué más?

—Con la de arriba.

—¿Ha oído, comisario? ¡No tiene nada más que preguntarle! Le digo esto porque va a romper a llorar y no es muy divertido. ¡Te puedes ir...!

Volvió a suspirar, un profundo suspiro que sólo podía salir de su amplio pecho.

—¡Ahí tiene usted una muestra! Si eso le divierte, puede usted continuar solo. Mañana, ya podré andar, según asegura el médico. Usted me verá como todas las mañanas, desde las seis, en las canteras. ¿Otra copa? Se ha olvidado de coger algunos cigarros. Gassin acaba de pasarme quinientos de contrabando en su pinaza. Ya ve usted que no le oculto nada.

Se levantó pesadamente, apoyándose en los brazos de la butaca.

—Le doy las gracias por sus informes —dijo Maigret, que había buscado la fórmula más trivial.

Los ojos de Ducrau rieron. Los del comisario también. Se miraron con la misma alegría amortiguada, llena de suposiciones, tal vez de desconfianza, acaso también de atractiva curiosidad.

—¿Llamo a la criada para que lo acompañe?

—Gracias. Conozco el camino.

No se estrecharon la mano y aquello fue también como un común acuerdo. Ducrau permaneció junto a la ventana abierta, perfilado en sombra en la perspectiva de luz. Tenía que estar más fatigado de lo que quería demostrar, porque su respiración era agitada.

—¡Buena suerte! ¡Quizá se gane usted los veinte mil francos!

Al pasar por delante de la cocina. Maigret oyó llorar.

Ganó el descansillo, bajó algunos peldaños, se detuvo en el rayo de sol, que había cambiado de lugar, para consultar una hoja del expediente que llevaba en el bolsillo. Era el informe del médico, que decía, entre otras cosas:

Hay que descartar la hipótesis de tentativa de suicidio, porque es imposible que un hombre pueda apuñalarse en el lugar donde se halla la herida.

Alguien se movió en el claroscuro de la portería. Era la portera, que acababa de entrar. Ya en la acera, sufrió un baño de calor, de claridad, de ruido, de polvo coloreado y de movimientos. El tranvía 13 se paró y echó a andar inmediatamente. El timbre del cafetín de la derecha sonó mientras que las piedras se trituraban en el triturador y un pequeño remolcador con triángulo azul silbaba cuanto podía, rabioso ante la compuerta de la esclusa que le cerraban en las narices.

CAPÍTULO III

En el centro de la enseña, de un azul fuerte, se veía un vapor, coronado de un vuelo de gaviotas, con la siguiente inscripción al pie: «*Au rendez-vous des Aigles*».

Era el cafetín de la derecha. Maigret empujó la puerta y se sentó en un rincón, mientras que el silencio se hacía a su alrededor. No eran más que cinco hombres en torno a una mesa con las piernas cruzadas, la silla echada hacia atrás, la gorra sobre los ojos a causa del sol. Cuatro llevaban jersey azul con cuello alto, y todos tenían la misma piel hermosamente curtida, con arrugas apenas visibles y cabellos que griseaban en la nuca y las sienes.

El que se levantó, dirigiéndose a Maigret, era el dueño.

—¿Qué va a ser?

El café era limpio. Por el suelo se veía serrín; el cinc del mostrador relucía, y reinaba un olor azucarado y amargo que daba a entender que era la hora del aperitivo.

—¡Uah...! —bostezó uno de los hombres, encendiendo su colilla.

Este «uah» debía de referirse a Maigret, que había pedido una caña de cerveza y que apretaba suavemente el tabaco de su pipa. Justo frente a él, en el grupo, un viejecillo de barba amarillenta vació su vaso de un trago y gruñó, limpiándose los bigotes:

—¡Otro de lo mismo, Fernand!

Su mano derecha, rodeada de un apósito, acababa de revelar que se trataba del viejo Gassin. Los otros empezaron a hacer gestos de inteligencia, señalando al marinero, que miraba a Maigret con tanto interés y apasionamiento, que la velluda piel de su rostro se plegaba.

Ya había bebido bastante, lo cual se notaba en la torpeza de sus ademanes. Había olido en Maigret a alguien de la Policía, y sus camaradas se

divertían de su emoción.

—¡Hermoso tiempo, Gassin!

Ya se había encorajinado.

—¡Diríase que tienes algo que decir, que contar al señor!

Y uno de los hombres, con toda tranquilidad, dirigió a Maigret una ojeada que significaba: «¡No se lo tome en cuenta! Vea en qué estado se halla...».

Acaso solamente el dueño se mostrase un poco inquieto, pero los clientes se divertían francamente y en el ambiente se notaba un candor cordial. Por la ventana apenas se veía otra cosa que el parapeto del muelle, el mástil y el timón de las pinazas, el tejado de la casa del esclusero.

—¿Cuándo levamos anclas, Gassin?

Y otro, en voz baja:

—¡Háblale!

Por un momento pudo creerse que el consejo sería seguido. El viejo se levantó y, con falsa desenvoltura de borracho, anduvo hasta el mostrador.

—¡Otro, Fernand!

No dejaba de mirar a Maigret, y existía algo muy complejo en su mirada, porque contenía insolencia, sí; pero también como una especie de desesperanza sorda.

El comisario golpeó la mesa con una moneda para llamar la atención del dueño.

—¿Cuánto?

Y Fernand, inclinado sobre la mesa, añadió, después de haber dicho una cantidad, aunque en voz más baja:

—No le ponga nervioso. Lleva dos días borracho.

Apenas fue un murmullo, pero el viejo gruñó:

—¿Qué le estás diciendo?

Maigret se había puesto en pie. No buscaba historias. Adoptó un aspecto más bonachón y se encaminó hacia la puerta. Cuando hubo atravesado la calle, se volvió y vio a Gassin que se había acercado a la ventana, con el vaso en la mano, y le seguía con la vista.

El aire era más cálido, de un oro oscuro. Un mendigo dormía, tumbado a todo lo largo, sobre las piedras del muelle, con un periódico desplegado sobre la cara.

Pasaban autos, camiones, tranvías; pero Maigret había comprendido ya que eso no tenía importancia. En la calle, lo que desfilaba por delante de la puerta era ajeno al paisaje. Paris pasaba por allí para ganar las orillas del Marne, pero eso no era más que un zumbido y lo que contaba era la esclusa, el silbido de los remolcadores, la trituradora de piedra, las pinazas y las grúas, los dos cafetines de los pilotos y, sobre todo, la casa alta en donde se veía la butaca roja de Ducrau en el cuadro de la ventana.

A pleno aire, la gente se encontraba en su casa. Los obreros de una grúa charlaban y bebían sentados sobre un montón de arena. Una marinera ponía la mesa en el puente de su barco y su vecina lavaba la ropa.

Sin apresurarse, el comisario bajó los peldaños de piedra y volvió a encontrar el ritmo, lento y fuerte, que había saboreado en la época de un crimen cometido en Haute-Marne. El olor del canal hacía surgir ante sus ojos imágenes de pinazas deslizándose sin conmover el agua.

Se hallaba junto a *La Toison d'Or*, de madera embadurnada con resina roja. El puente, que acababa de ser fregado, se secaba por partes, y no se veía a la joven.

Maigret dio dos pasos por la pasarela, se volvió y vio al viejo acodado sobre el parapeto. Ya a bordo, llamó:

—¿No hay nadie?

Mientras él avanzaba hacia una doble puerta adornada con cristales rojos y verdes, le miró, desde una pinaza próxima, la mujer que lavaba la ropa.

—¿No hay nadie?

Debajo de una escalera de algunos peldaños se adivinaba una habitación limpia y bien arreglada; también se distinguía la esquina de una mesa cubierta con mantel.

Maigret bajó y, cuando se halló en el último peldaño, tuvo frente a él a la joven rubia que, sentada en una silla de asiento de paja, daba de mamar a un niño.

Aquello era tan inesperado y tan sencillo a la vez, que el comisario se quitó torpemente el sombrero, metió la pipa encendida en el bolsillo y dio un paso atrás.

—Le ruego que me perdone...

La joven debía de tener miedo. Le miraba como si quisiera adivinar sus intenciones, pero no se movió y la boquita del niño continuó aprisionando el pezón de su seno.

—No sabía... Estoy encargado de la investigación y me he permitido venir a pedirle algunos datos...

Maigret, al mirarla, se sintió presa de un vago malestar. Le nacía un presentimiento, que no llegaba a precisar.

A su alrededor, la habitación era grande, toda ella de madera de pino barnizada. En un rincón había una cama cubierta con una colcha y coronada de un crucifijo de ébano. El centro de la cabina servía de comedor, y la mesa estaba dispuesta para dos personas.

—Siéntese —dijo la joven.

También su voz era inesperada y, sin embargo, Maigret, desde la ventana de Ducrau, había tenido ya la sensación de la tenuidad de Aline, quien, de lejos, tenía algo de etéreo. Ahora bien, no era ni delgada ni frágil. Y cuando se la veía de cerca, hasta se comprobaba que poseía una carne sana y firme, llena de vida. Sus rasgos eran regulares, y su tez sonrosada contrastaba con lo rubio de su cabello.

¿Por qué el conjunto le daba impresión de debilidad, produciéndole el afán de protegerla o de consolarla?

—¿Es su hijo?

Por decir algo, Maigret señaló al bebé, cuya cuna de madera redondeada estaba cerca de él.

—Es mi ahijado.

Sonrió cortésmente, con gesto de temor.

—Es usted la hija de Gassin, ¿verdad?

—Sí.

Tenía una voz de niña, la docilidad del niño bueno.

—Estoy confuso por haber venido a molestarla en este momento. Como usted se hallaba aquí anteayer cuando se desarrollaron los sucesos, quisiera saber si, durante la noche, alguien subió a bordo. Por ejemplo, Émile Ducrau.

—Sí.

Maigret no se esperaba esto y se preguntó si ella habría comprendido bien la pregunta.

—¿Está usted segura de que Ducrau estuvo aquí la noche del atentado?

—Yo no le abrí la puerta.

—¿Subió al puente?

—Sí. Llamó. Yo iba a acostarme.

Maigret entrevió una segunda cabina más estrecha que la primera, donde había una litera fija. Mientras hablaba, la joven apartó suavemente de su seno al niño, cuya barbilla limpió. Luego se abrochó la blusa.

—¿Qué hora era?

—No lo sé.

—¿Mucho antes de que su padre cayera al agua?

—No lo sé.

Se inquietaba sin razón aparente. Se levantó para meter el niño en su cuna y, como abriese la boca para llorar, le puso un chupete de caucho rojo.

—¿Conoce usted bien a Ducrau?

—Sí.

Atizó el fuego de la cocina y echó sal en una cacerola llena de patatas. Maigret, que seguía cada uno de sus gestos, había comprendido. Tal vez no estuviera loca, pero existía un velo entre ella y el mundo exterior. Todo era amortiguado y apagado en sus ademanes, en su voz, en su sonrisa. Porque sonrió para excusarse por precederle.

—¿No sabía usted qué venía a hacer aquí Ducrau?

—¡Siempre lo mismo!

El malestar del comisario aumentaba. Tenía las manos húmedas. Cada palabra de la joven podía tener consecuencias dramáticas. A cada pregunta, el misterio se hacía menos espeso y, sin embargo, Maigret tenía miedo a preguntar. ¿Acaso se daba cuenta de lo que él le decía? ¿No respondería afirmativamente a todas las preguntas?

—¿Se refería usted al hijo de Ducrau? —murmuró Maigret a guisa de prueba.

—Jean no vino.

—¿Es su padre quien le hace a usted la corte?

Por un momento su mirada se posó en el rostro del comisario; luego volvió la cabeza. Entonces Maigret quiso terminar de una vez. Se hallaba demasiado cerca de una posible revelación.

—Cuando viene aquí es por eso, ¿verdad? La persigue. Trata de...

Se detuvo de golpe, porque ella lloraba y el comisario no sabía ya qué decir.

—Le ruego que me perdone. No piense más en eso.

Aline se hallaba tan cerca de él que, maquinalmente, le puso la mano en el hombro. ¡Y eso fue peor! La muchacha retrocedió de un salto, ganó la segunda cabina y cerró la puerta. Continuó sollozando al otro lado del tabique de madera. Y el bebé, que había perdido el chupete, lloraba también. Maigret se lo puso torpemente.

No tenía más que irse. La escalera era baja y se golpeó la cabeza en el techo de la escotilla. Esperaba encontrarse con el viejo Gassin en el puente, pero no había nadie, sólo los vecinos que, sentados a la mesa junto al timón, le miraron marchar.

En el muelle tampoco estaba Gassin. Cuando alcanzó la acera, Maigret vio un auto detenerse ante la casa alta. Era corriente, de tipo medio. Llevaba matrícula de Seine-Oise, y el comisario no tuvo más que mirar a la mujer que se bajaba de él para darse cuenta de quién era.

Era la hija de Ducrau. Tenía la rusticidad y el vigor de su padre. Su marido, que iba de paisano, los hombros encogidos en un traje oscuro, cerró las portezuelas y deslizó la llave en su bolsillo.

Pero habían olvidado algo. La mujer, ya en el umbral, se volvió. Su marido sacó de nuevo la llave, abrió una portezuela y cogió un paquetito que debía de contener uvas de España, como las que se llevan a los enfermos. La pareja penetró, al fin, en la casa discutiendo. Él era vulgar, gris.

Maigret, en pie debajo de la placa verde de la parada del tranvía, olvidó hacer señal al que pasaba. Su mente estaba llena de pensamientos inacabados y esto era en él como un ligero desequilibrio, al cual tenía prisa por poner fin. Dos pilotos salieron del cafetín y se estrecharon la mano antes de separarse. Uno de ellos, un tipo alto de expresión abierta, anduvo en dirección a Maigret, el cual lo paró.

—Perdón. Quisiera hacerle una pregunta.

—Ha de saber usted que yo no estaba «allí».

—No se trata de eso. ¿Conoce usted a Gassin? ¿De quién es el hijo de su hija?

El piloto soltó la carcajada.

—¡Pero si no es su hijo!

—¿Está usted seguro?

—Fue el viejo Gassin quien lo trajo un buen día. Hace quince años que es viudo. Debió de tener el niño en el Norte con alguna mujer de un *cabaret* o de una esclusa.

—¿Y su hija no ha tenido nunca hijos?

—¿Aline? ¿No la ha observado usted? A propósito, trátela con dulzura. No está hecha como las otras.

Los viandantes tropezaban con ellos. Los dos hombres se hallaban a pleno sol, que quemaba la nuca de Maigret.

—Son personas estupendas. Gassin bebe un poco demasiado, pero no hay que creer que siempre se encuentra como hoy. La historia de anteayer le ha producido una perturbación. Esta mañana creyó que usted iba a embestirle.

El alto individuo continuó sonriendo, se tocó el borde de la gorra y se alejó. También Maigret tenía que comer. A su alrededor el movimiento había cambiado. La trituradora estaba parada, la circulación era menos intensa y hasta se diría que la esclusa funcionaba a marcha lenta...

Volvería, evidentemente. Sin duda tendría que vivir durante varios días en este pequeño mundo, cuya existencia propia empezaba solamente a presentir.

¿Había vuelto Gassin a bordo? ¿Comía, sentado a la mesa de la cabina barnizada, ante el mantel de florecillas rojas?

En casa de los Ducrau debían de estar discutiendo, y las uvas de España no eran suficientes para restablecer una armonía de buen humor.

Maigret entró en el cafetín, sin saber demasiado para qué. La sala estaba vacía. El dueño y su mujer, una morena bastante bonita que no había tenido tiempo de arreglarse, comían ragut al lado del mostrador, y el vino tinto ponía un reflejo de color en el fondo de los vasos.

—¿Ya de vuelta? —preguntó Fernand, limpiándose la boca.

Le habían adoptado. No había tenido necesidad de decir quién era.

—Al menos, no habrá atormentado a la pequeña, ¿verdad? ¿Otra caña? Irma, ve a buscar cerveza fresca.

Miró hacia afuera, no hacia la parte del puerto, sino hacia el cafetín de enfrente.

—Ese pobre Gassin se buscará una enfermedad. Claro que no es nada agradable caerse al agua por la noche y notar de pronto que alguien tira de uno hacia el fondo...

—¿Ha vuelto a bordo de su barco?

—No. Está allí.

Y el dueño señaló al otro cafetín donde, entre cuatro clientes que bebían, se veía a Gassin gesticulando, completamente borracho.

—Así va de uno a otro.

—Diríase que llora.

—Sí, llora. Se halla, por lo menos, en el quinceavo aperitivo de la mañana, sin contar las copas de ron.

La dueña trajo cerveza helada que Maigret bebió a pequeños tragos.

—¿Su hija no tiene aventuras?

—¿Aline? ¡En absoluto!

Y Fernand dijo eso como si la idea de que Aline hubiese podido tener una aventura fuese la cosa más descabellada del mundo. No importaba que Maigret la hubiese visto dar de mamar a un bebé, suyo o de otro; pero no por eso dejaba de ser una chiquilla que, asustada por su gesto paternal, había corrido a encerrarse en la cabina del fondo.

Se sentía turbado al pensar en el viejo borracho que lloraba ante su vaso y en el bebé metido en su cuna.

—¿Viajan mucho?

—Todo el año.

—¿No tienen marineros?

—Están solos. Aline maneja la barra del timón como un hombre.

Maigret conocía bien estos canales del Norte, de orillas rectas y verdes, con los álamos contorneados el ancho valle de aguas tranquilas y las esclusas perdidas en el campo, con las manivelas enmohecidas, las casuchas adornadas con malvarrosas y patos chapoteando entre las compuertas.

Se imaginaba *La Toisón d'Or* hendiendo lentamente la cinta de agua, hora tras hora, día tras día, hasta cualquier muelle de descarga. Aline a la

barra, el niño en su cuna, sin duda sobre el puente junto al timón, y el viejo en tierra tras sus caballos.

Un viejo borracho, una loca y un mamoncillo...

CAPÍTULO IV

Cuando al día siguiente, a las seis de la mañana, se apeó Maigret del tranvía 13 y se dirigió hacia la esclusa, Émile Ducrau se encontraba ya en pie en el muelle de descarga, con la gorra de marino en la cabeza y un pesado bastón en la mano.

Al igual que las mañanas anteriores, existía en el ambiente, en la vida matinal de París, por la gracia de la primavera, una alegría pueril. Algunos objetos, ciertas personas, las botellas de leche ante las puertas, la quesera con su delantal blanco junto a su puesto, el camión, de regreso de los mercados, sembrando las últimas hojas de coles, eran como otros tantos símbolos de quietud y de alegría de vivir.

¿Lo era también una ventana de la casa alta, cuya fachada doraba el sol, y donde la criada de los Ducrau sacudía las alfombras en el vacío? Tras ella, en la penumbra del salón, se adivinaba a madame Ducrau, yendo y viniendo, con un pañuelo anudado a la cabeza.

En el segundo piso las persianas permanecían cerradas y podía imaginarse, rayado por el sol, el lecho de Rose, la amante, que dormía con los brazos cruzados, las axilas húmedas...

Ducrau, instalado de plano en la jornada, lanzó una última frase al patrón del barco que salía de la esclusa y se deslizaba en la corriente del Sena. Había visto a Maigret. Sacó del bolsillo un grueso reloj de oro.

—No me había equivocado. Usted es como yo.

¿No quería decir esto que el comisario era también de la casta de los que se levantan pronto para organizar la vida, el trabajo de los demás?

—¿Me permite un momento?

Era tan ancho que parecía casi cuadrado. Claro que debía de llevar un vendaje alrededor del torso. Sin embargo, era ágil, y Maigret le vio saltar del

muro de la esclusa al puente de una pinaza que se encontraba a más de un metro debajo.

—Buenos días, Maurice. ¿Has encontrado al *Aigle IV* más arriba de Chalifert? ¿Han recibido los fardos?

No escuchaba apenas. Una vez que le habían contestado lo necesario daba las gracias con un gruñido y se dirigía a otra parte.

—¿Qué hay del accidente ocurrido bajo la bóveda de Revin?

Aline, sentada en el puente de *La Toison d'Or* junto al timón, se hallaba ocupada en moler café mirando indiferente ante ella. Apenas acababa de verla Maigret cuando Ducrau se encontró delante de él, con una pipa corta entre los dientes.

—¿Empieza usted ya a comprender algo?

Su gesto del mentón daba a entender que hablaba del movimiento del puerto y de la esclusa, no del atentado. Se encontraba mucho más alegre que el día anterior, con menos desconfianza.

—Observe: el agua forma una especie de pata de oca que termina en el Sena. Éste es el canal del Marne. Más allá, el mismo Marne que, en este lugar, no es navegable. Por último el Haute-Seine. Por el Haute-Seine se gana Bourgogne, el Loire, Lyon y Marsella. Le Havre y Rouen, por el Basse Seine. Dos sociedades se reparten el tráfico: la Générale y la Compagnie des Canaux du Centre. Pero, a partir de esta esclusa y hasta Bélgica, Holanda y el Sarre, ¡es Ducrau!

Tenía los ojos azules, la tez clara bajo el sol saliente que enrojecía el paisaje.

—El conjunto de casas, alrededor de la mía, es mío, incluyendo el cafetín, los pabellones y el baile. Las tres grúas y el triturador, también. Y las canteras de reparaciones, que están más allá de la pasarela.

Bebía, respiraba su alegría.

—Dícese que el total representa cuarenta millones —observó Maigret.

—No está usted demasiado mal informado; se ha equivocado en cinco millones casi. ¿Han conseguido ayer alguna cosa sus inspectores?

El comisario se sorprendió también de esta pregunta. Efectivamente, Maigret había encargado a tres inspectores que obtuvieran pequeños

informes, tanto en Charenton como en otras partes, sobre Ducrau, su familia y toda persona mezclada en el drama.

El resultado fue escaso. En la casa de tolerancia de Charenton habían confirmado la presencia del armador la noche del atentado. Iba allí con frecuencia. Pagaba las bebidas, bromeaba con las mujeres, contaba cuentos y se iba, casi siempre, sin solicitar nada más.

Los habitantes del barrio no sabían casi nada de su hijo Jean. Estudiaba. Salía poco. Tenía aspecto de joven de buena familia y su salud era delicada.

—A propósito —dijo Maigret señalando *La Toison d'Or*—, es en esa pinaza, según creo, donde su hijo hizo una excursión de tres meses el año pasado.

Ducrau no se conmovió, pero tal vez se hiciera un poco más grave.

—Sí.

—¿Convalecía de alguna enfermedad?

—Ya estaba curado. Pero el médico le recomendó tranquilidad y aire libre. *La Toison d'Or* partía para Alsacia...

Aline, con su molinillo de café, entró en la cabina y Ducrau se alejó un momento para dar órdenes al mecánico de la grúa sin que Maigret dejara de oír lo que ambos decían.

Sobre la hija y el yerno, sólo informaciones triviales. El capitán Decharme era hijo de un contable de Le Mans. El matrimonio vivía en una bonita casa nueva de las afueras de Versalles y cada mañana un ordenanza llevaba el caballo del oficial y otro hacía las faenas de la casa.

—¿Se vuelve usted a París? —le preguntó Ducrau al regresar—. Si se encuentra usted con ánimos, ése es mi paseo de todas las mañanas, caminando a lo largo de los muelles.

Echó una mirada a su casa. Las ventanas del sexto piso no estaban aún abiertas ni las cortinas corridas. Los tranvías iban llenos y carretas cargadas de legumbres se dirigían a París para el mercado.

—¿Cuento contigo? —gritó Ducrau al esclusero.

—Desde luego, patrón.

Y el armador guiñó a Maigret para subrayar este nombre de patrón que le daba un funcionarlo.

Ahora deambulaban los dos a lo largo del Sena donde se formaban trenes de barcos, viraban sobre toda la anchura del río, gravitaban a grandes golpes de hélice hacia arriba o hacia abajo.

—¿Sabe usted lo que hizo mi fortuna? La idea de que, cuando mis remolcadores estuvieran en paro forzoso, pudieran trabajar para mí. Entonces compré carretadas de arena y de yeso, luego todo lo que se presentaba, hasta tejas, siempre que estuvieran a la orilla del agua.

Estrechó, al paso, la mano de un marinero que se contentó con murmurar:

—Buenos días, Mimile.

El puerto de Bercy estaba colmado de barricas y se veían las verjas de la ciudad del vino.

—Ahí dentro, todo lo que es champaña lo transporto yo. Dime, Pierrot, ¿es cierto que la barcaza de Murier se ha llevado por delante un pilón del puente de Château-Thierry?

—Es cierto, patrón.

—Si le ves, le dices que ha hecho bien.

Prosiguió su camino riendo. Al otro lado del río se perfilaban, rectilíneos, los inmensos edificios de los Almacenes Generales, y dos cargos, uno de Londres y el otro de Ámsterdam, llevaban a pleno París una nota marítima.

—Sin indiscreción, ¿cómo va usted a hacer para continuar su investigación?

Esta vez le tocó a Maigret sonreír, porque el paseo sin duda no tenía otro objeto que llegar a esta pregunta, Ducrau se dio cuenta. Notó que su compañero leía en su pensamiento y, a su vez, sonrió ligeramente como para burlarse de su propia ingenuidad.

—Pues ya lo ve, así —contestó el comisario, acentuando su paso de paseante tranquilo.

Anduvieron tal vez cuatrocientos metros en silencio, los ojos fijos en el puente de Austerlitz, que erguía sus hierros en un verdadero fuego de artificio donde se adivinaba, aureolada de azul y rosa, la arquitectura de Notre-Dame.

—Óyeme, Vachet, tu hermano está averiado en Lazicourt. Me manda a decirte que el bautizo se ha retrasado.

Y Ducrau continuaba su camino a pasos regulares. Después de una mirada oblicua a Maigret, le preguntó, con la brutalidad del hombre que mete

expresamente los pies en un plato:

—¿Qué gana con eso un hombre como usted?

—No gran cosa.

—¿Sesenta mil?

—Mucho menos.

Ducrau frunció las cejas, miró de nuevo a su compañero y, esta vez, con tanta admiración como curiosidad.

—¿Qué piensa usted de mi mujer? ¿Cree usted que la hago desgraciada?

—¡Por mi fe, que no! ¡Usted o cualquier otro! Es una de esas criaturas que están siempre tristes y apagadas, cualquiera que sea su suerte.

Maigret se hubiese podido marcar un punto, porque Ducrau quedó aturdido por ello.

—Es lúgubre, bruta y vulgar —contestó con un suspiro—. Como su madre, a la que alojo en una de las casas vecinas y que se pasa la vida llorando. Mire, ahí tiene otra trituradora de mi propiedad y que es la más potente del puerto de París... Resumiendo, ¿qué pista sigue usted?

—Todas.

Continuaban andando entre el rumor del río y de sus orillas. El aire de la mañana olía a agua y a brea. A veces tenían que contornear una grúa o esperar que el paso estuviera libre entre dos camiones.

—¿Ha subido usted a bordo de *La Toison d'Or*?

Ducrau había dudado mucho más tiempo en hacer esta pregunta que las otras e inmediatamente fingió interesarse por la maniobra de un tren de barcazas. Por otra parte, la pregunta era inútil, puesto que, desde su ventana, había visto a Maigret subir a la pinaza. Así, pues, el comisario se contentó con responder:

—Es una extraña mamá.

El efecto producido fue asombroso. Ducrau se había detenido y, con las piernas separadas y cortas, la nuca hinchada, tenía el aspecto de un buey dispuesto a arremeter.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Nadie ha necesitado decírmelo.

—¿Entonces? —preguntó, por decir algo, las cejas fruncidas y las manos a la espalda.

—Entonces..., nada.

—¿Qué le ha contado ella?

—Que quiso usted visitarla.

—¿Eso es todo?

—Que ella se negó a abrirle. ¿Acaso no me había afirmado usted que el viejo Gassin era compañero suyo, un buen compañero? No obstante, Ducrau, me parece...

Pero éste gruñó con impaciencia:

—¡Imbécil! Si no le hubiese agarrado, esta barrica le hubiese destrozado las piernas...

Y vuelto hacia el hombre que rodaba los toneles, gritó:

—¿No puedes tener más cuidado, idiota? Al mismo tiempo vació su pipa, golpeándola con el tacón.

—Me apuesto a que se le ha metido a usted en la cabeza que el niño es mío... ¡Confíéselo! ¡Puesto que tengo la fama de violador de muchachas!... Pues bien, comisario: esta vez se ha equivocado usted.

Dijo esto con bastante blandura, porque se había operado en él un cambio sensible. Se le notaba menos duro, menos seguro de sí. Había perdido ese orgullo del propietario que visita su feudo.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó con esa mirada oblicua que Maigret empezaba a conocer.

—Tuve una hija, que murió.

—Yo tengo... ¡Un momento! No le pido palabra de que me guarde el secreto porque, si usted tuviera la desgracia de decir una palabra, le cortarían la lengua. Primeramente, tengo los dos que usted ya conoce: la hija, que es tan lamentable como su madre, y el hijo. Respecto a éste, yo no sé aún, pero me parece que no va a ser gran cosa. ¿No lo conoce? Es simpático, tímido, bien educado y enfermizo. Pero tengo otra hija. Usted ha hablado hace un momento de Gassin. Es un tipo raro. Lo cual no impide que tuviese una mujer asombrosa y que yo me acostara con ella. Él no lo sabe. Si lo supiera, sería capaz de todo, porque no viene una sola vez a París que no vaya al cementerio a llevarle flores. ¡Después de dieciséis años!

Habían franqueado el puente de Tournelles y penetraban en la Isla de San Luis completamente bañada de paz provinciana. Un hombre con gorra de

marino salió de un café a su paso, corriendo tras Ducrau. Maigret permaneció aparte mientras ellos cambiaban algunas frases, y, durante ese tiempo, no dejó de tener en la retina la imagen de una Aline más irreal que nunca.

Hacía un momento ya que él había evocado *La Toison d'Or* deslizándose por los brillantes canales, con la muchacha rubia en la barra del timón, el viejo tras sus caballos y, en el puente, acostado en su hamaca o, quizá, sobre la madera quemante y resinosa, un convaleciente demasiado estudioso.

—De acuerdo; para el domingo en ocho días —gritó la voz de Ducrau a espaldas de él.

Y añadió para Maigret:

—Una pequeña fiesta que se organiza en Nogent en honor de uno de mis hombres que lleva ya treinta años de servicio en el mismo barco.

Hacía calor. Llevaban andando más de una hora. Los comerciantes alzaban los cierres de sus tiendas y las taquimecanógrafas retrasadas corrían por las aceras.

Ducrau no decía nada. Esperaba, quizá, que Maigret reanudase la conversación donde la habían dejado, pero el comisario parecía soñar.

—Le pido perdón por haberle traído tan lejos. ¿Conoce usted el Tabac Henri IV, en el centro del Pont-Neuf? No está lejos de la Policía Judicial. Sin embargo, me apuesto a que nunca se ha dado cuenta de que no es un café como los otros. Nosotros nos reunimos en él cinco o seis veces al día, tal vez más. Es una especie de bolsa de fletadores.

—¿Siempre ha estado loca Aline?

—No está loca. O no la ha observado usted bien, o no sabe usted una palabra de eso. Es, más bien, una especie de retraso en la formación. Sí, el médico me lo ha explicado muy bien. A los diecinueve años tiene, si usted quiere, una mentalidad de una niña de diez. Pero puede recuperar el tiempo perdido. Hasta se esperó cuando empezó... a ser mujer..., ¿me entiende?

Había pronunciado la frase en voz muy baja, vergonzoso.

—¿Sabe que es hija de usted?

Se sobresaltó, completamente rojo.

—¡No se le ocurra jamás decirle eso! Primero, porque no lo creería. Después, porque es preciso a toda costa, ¿me entiende?, a toda costa que Gassin no sospeche.

A esta hora, si el viejo se había levantado tan de mañana como el día anterior, ya estaría borracho en uno o en otro de los cafetines.

—¿Cree usted que nunca ha sospechado?

—Estoy completamente seguro.

—¿Ni nadie...?

—Nadie más que yo ha sabido jamás...

—¿Es por esa causa por la que *La Toison d'Or* permanece más tiempo en carga o en descarga que los otros barcos?

Eso era tan evidente que Ducrau se encogió de hombros; luego, cambiando de tono y de rostro, dijo:

—¿Un cigarro? No hablemos más de eso, ¿quiere?

—¿Y si eso fuese la base del drama?

—¡No es posible! —Fue categórico, casi amenazador—. Entre conmigo. Sólo estaré dos minutos.

Habían alcanzado el Tabac Henri IV donde los clientes, acodados en el mostrador de cinc, eran simples marineros. Pero había otra habitación, separada por un tabique de madera, y en ella Ducrau estrechó la mano de algunos consumidores, sin presentarlos a Maigret.

—¿Es verdad que alguien ha aceptado los carbones de Charleroi a cincuenta y dos francos?

—Sí, un belga, que tiene un tres motores.

—¡Camarero! Una jarrilla de blanco. ¿Usted toma blanco?

Maigret asintió y fumó su pipa mirando las idas y venidas por el Pont-Neuf y escuchando sólo con una oreja distraída la conversación que proseguía.

Tardó algún tiempo en darse cuenta de que en el ambiente se percibía un rumor anormal y más tiempo aún en comprender que se trataba de la sirena de un barco. No lanzaba dos o tres llamadas como es costumbre al paso de los puentes, sino que emitía un sonido tan prolongado que los viandantes se detenían, tan asombrados como el comisario.

El dueño del café se levantó el primero. Dos marineros le siguieron hasta el umbral en donde Maigret se hallaba.

Una pinaza de motor Diesel, que descendía la corriente, aminorando la marcha a la vista de los arcos del Pont-Neuf, maniobró para detenerse. La

sirena continuó sonando y, mientras la mujer tomaba la barra del timón, un hombre saltó a la canoa, que condujo hacia la orilla a remos.

—¡Es François! —exclamó un marinero.

Se dirigieron al muelle, y se encontraban en pie sobre la pared de piedra cuando la barca atracó. La mujer, en el timón, hacía grandes esfuerzos por mantener el barco en línea recta.

—¿Está el patrón?

—En el café.

—Hay que decirle con toda delicadeza... No sé... En fin, no con demasiada rapidez, que a su hijo...

—¿Qué?

—... lo acaban de encontrar muerto... allá abajo... Parece que se...

Un gesto siniestro de la mano hacia la garganta. El hombre no tuvo necesidad de terminar. Por otra parte, un remolcador subía silbando porque la pinaza se hallaba en mitad de su ruta y el marinero se apresuró a volver a su pinaza.

Algunas personas que se habían parado en el puente echaron a andar de nuevo, mas en el muelle eran tres a mirarse espantados, asustados. El susto aumentó asando vieron a Ducrau en el umbral de la puerta del Tabac Henri IV, desde donde trataba de adivinar lo que pasaba.

—¿Es para mí?

¡Era tal la costumbre de que todo fuera para él! ¿No era uno de los cinco personajes que reinaban en el mundo de las aguas?

Maigret prefirió dejar hacer a los hombres, que dudaban, dándose con el codo, hasta que uno de ellos, desesperado, balbució:

—Patrón, es necesario que vuelva usted inmediatamente allá. Hay...

Miró a Maigret con las cejas fruncidas.

—¿Hay qué?

—Es en su casa...

—Bien, ¿qué pasa en mi casa?

Se irritaba. Parecía hacerlo cómplice de algo.

—Monsieur Jean...

—Pero habla, idiota.

—Ha muerto.

Tuvo lugar la cosa en el umbral del café, en pleno Pont-Neuf, a pleno sol, todavía con los vasos llenos de vino dorado sobre el mostrador, el dueño, con la camisa remangada, y el puesto multicolor de los paquetes de cigarrillos.

Ducrau paseó a su alrededor una mirada tan vacía, que hubiérase podido creer que no había comprendido. Su pecho se hinchó, pero de él no salió más que una mofa.

—No es verdad —dijo al mismo tiempo que las lágrimas invadían sus párpados.

—Es François quien se ha adelantado, quien se ha detenido para decir...

Este pobre hombre era tan enorme, tan corpulento, tan sólido, que nadie se hubiera atrevido a compadecerle. Sin embargo, volvió hacia Maigret sus pupilas angustiadas, resopló, y lanzó a sus compañeros de antes:

—Yo hago el negocio en cuarenta y ocho francos.

Pero, al mismo tiempo que decía eso, tomando a Maigret como testigo de su rudeza, llevaba impreso en su rostro un pobre orgullo infantil. Con la mano detuvo un taxi. No invitó al comisario a subir con él, tan natural consideraba la cosa. ¡Y muy natural también el no hablarle!

—A la esclusa de Charenton.

Remontaron el curso del Sena, del cual, una hora antes, contaba la vida barco por barco, bita por bita. Lo miraba aún, pero sin verlo, y alcanzaban ya las verjas de Bercy, cuando estalló:

—¡Asqueroso cretino!

La última sílaba no salió de su boca. Se ahogó un sollozo en su garganta y Ducrau lo guardó allí hasta que llegó al umbral de su casa.

El puerto había cambiado. La gente había reconocido al patrón a través de los cristales del taxi. El esclusero abandonó la manivela para quitarse la gorra. En el muelle, los obreros se hallaban en pie, como si la vida hubiese sido suspendida. En la puerta le esperaba un contraamaestre.

—¿Has sido tú quien ha parado la trituradora?

—He creído...

Ducrau se lanzó el primero escaleras arriba. Maigret le siguió. Oyeron pasos, voces mucho más arriba. En el primero se abrió una puerta y Jeanne Ducrau se arrojó en los brazos de su marido. Estaba destrozada. Ducrau la

alzó, buscó un punto de apoyo para ella, y la depositó como un paquete entre los brazos de una gruesa vecina que resoplaba.

Continuó subiendo. Cosa extraña, se volvió para asegurarse de que Maigret le seguía. Entre el tercer y cuarto piso se cruzó con el comisario de Policía que bajaba y que, sombrero en mano, empezó a decir:

—Monsieur Ducrau, le presento mis...

—¡Mierda!

Lo apartó de su camino y continuó subiendo.

—Comisario, yo...

—En seguida soy con usted —gruñó Maigret.

—Ha dejado una carta que...

—¡Démela!

La cogió literalmente al vuelo y se la metió en el bolsillo. Una sola cosa contaba de verdad: este hombre que subía, con la respiración entrecortada, y que se detuvo ante una puerta de picaporte de cobre, la cual se abrió en seguida.

La habitación estaba aguardillada. La luz precedía de lo alto, y entre los rayos del sol había un hormiguero de polvo fino. Se veía una mesa con libros, una butaca tapizada del mismo terciopelo rojo que la de abajo.

El doctor, sentado a la mesa, firmaba su primera diligencia, y llegó demasiado tarde para impedir que el armador arrancara la manta que cubría el cadáver de su hijo.

No se habló una palabra. Ducrau parecía, por encima de todo, extrañado, como ante un espectáculo inexplicable. Y era muy inexplicable, de una extraña desolación, ese muchachote delgado, cuyo pecho demasiado blanco aparecía por el escote del pijama de tela azul rayada. En el cuello tenía un ancho círculo amoratado. Los rasgos, atrocemente convulsionados.

Ducrau avanzó, tal vez para besar al muerto, pero no lo hizo. Se hubiese creído que tenía miedo. Volvió la vista, buscó el techo y luego un lado de la puerta.

—Del tragaluz —dijo el médico en voz baja.

Se había ahorcado al amanecer y fue la criada de sus padres, que tenía costumbre de subirle el desayuno, quien le había descubierto.

Al mismo tiempo, Ducrau daba una impresionante prueba de presencia de ánimo al dirigirse a Maigret para decirle:

—¡La carta!

¡Por lo tanto, lo había visto todo, oído todo durante la terrible ascensión de la escalera!

El comisario la sacó del bolsillo y su compañero se la arrancó de las manos, la leyó de una rápida ojeada y dejó caer los brazos con lasitud.

—¿Se puede ser tan estúpido hasta ese punto?

Fue todo. Y era exactamente su pensamiento. Había surgido del fondo de su corazón, más trágicamente que largas frases.

—¡Léala!

Se dirigía ahora contra Maigret, el cual no se daba mucha prisa en recoger la carta caída por tierra.

*Fui yo quien atacó a mi padre y me hago justicia. Perdón a todos. Que mamá no se desespere.
Jean.*

Por segunda vez, Ducrau fue presa de una risa espantosa.

—¿Lo cree usted?

No había protestado cuando el doctor cubrió de nuevo el cadáver y no sabía si se debía quedar allí, bajar, sentarse o irse.

—¡Eso no es verdad! —exclamó todavía.

Al fin puso la mano sobre el hombro de Maigret, una mano pesada.

—¡Tengo sed!

Tenía los pómulos violáceos, la frente brillante de sudor, los cabellos pegados a las sienes. Ciertamente el olor del éter, que había sido empleado para alguna mujer desmayada, invadía la buhardilla.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, un poco antes de las nueve, Maigret llegó a la Policía Judicial. El guardia nocturno le anunció que le habían llamado por teléfono.

—No ha dicho quién, pero volverá a llamarle.

Encima del montón de cartas había una nota de servicio:

El ayudante de esclusero de Charenton ha sido encontrado muerto, colgado de la puerta de la esclusa.

Maigret no tuvo tiempo de asombrarse. El timbre del teléfono sonó. Descolgó, gruñón, y se sorprendió bastante al reconocer la voz que le hablaba al otro extremo del hilo sencillamente, con deferencia, hasta con un dejo de timidez inesperada.

—¡*Allô!* ¿Es usted, comisario? Aquí, Ducrau. ¿Le causaría mucho trastorno venir a verme en seguida? No me importaría ir yo, pero no sería lo mismo. ¡Oiga! No estoy en Charenton, sino en mi oficina, *quai* des Célestins, 33. ¿Vendrá? ¡Gracias!

Todas las mañanas, desde hacía diez días, lucía este sol con un mismo gustillo ácido de grosellas verdes. Más que en ninguna otra parte, se notaba a lo largo del Sena la primavera, y cuando Maigret llegó al *quai* des Célestins, miró con envidia a un estudiante y a varios ancianos que revolvían en los puestos llenos de polvo de los libreros de viejo.

El número 33 era una casa de dos pisos, ya vieja, cuya puerta estaba adornada con varias placas de cobre. En el interior reinaba la atmósfera característica de los hotelitos particulares que se han transformado en oficinas. En las diferentes puertas se veían varias indicaciones: Caja... Secretaría..., etc. Frente al comisario, una escalera conducía al primer piso, y

fue al final de esta escalera donde apareció Ducrau, mientras Maigret buscaba a alguien a quien preguntar.

—¿Quiere usted venir por aquí?

Recibió a su visita en un salón transformado en despacho, pero que había conservado su artesonado, sus entrepaños y sus dorados, todo pasado de moda, envejecido, desentonando con los muebles de madera clara.

—¿Ha leído las placas de cobre? —preguntó Ducrau, indicándole un asiento—. Abajo está la Sociedad de Canteras del Marne. Aquí, los asuntos de remolque, y en el piso segundo los transportes fluviales. ¡Lo cual quiere decir *Ducrau!*

Pero lo decía sin orgullo, como si estos informes tuviesen su importancia. Se hallaba sentado de espaldas a la luz y Maigret observó que llevaba un brazalete de crespón negro en su chaqueta de grueso paño azul. Estaba sin afeitarse y su carne parecía más fofa.

Permaneció un momento callado, jugando con la pipa apagada, y fue en ese momento cuando se dio cuenta Maigret de que existían dos Ducrau: el que se pavoneaba, hasta cuando se hallaba solo consigo mismo, hablaba fuerte y se afanaba en una interminable partida teatral, y el otro, que se olvidaba de pronto de mirarse vivir y que sólo era un hombre demasiado tímido y torpe.

Pero ¡debía de resignarse con dificultad a ser ese Ducrau! Era una necesidad para él estar un grado por encima de la simple realidad, y sus ojos tenían ya ese pestañeo que anunciaba un nuevo alarde.

—Vengo aquí muy de tarde en tarde, porque hay demasiada gente para hacer el trabajo que se hace. Pero esta mañana no sabía dónde refugiarme.

Maldecía a Maigret por su silencio, por su pasividad, porque para jugar su partida necesitaba la réplica.

—¿Sabe usted dónde he pasado la noche? ¡En un hotel de la calle Rivoli! Porque todos han caído sobre mi casa: la anciana madre de mi mujer, mi hija, el idiota de su marido y ¡vecinos por manadas! ¡Han organizado un verdadero carnaval funerario, y he preferido abandonar el campo!

Era sincero, pero, por lo menos, se encontraba contento de la palabra carnaval.

—He estado por todas partes, hasta hastiarme. ¿No ha experimentado usted nunca ese hastío?

Y, sin transición, cogió de la mesa un periódico atrasado, se levantó, se puso al lado de Maigret y lo colocó ante sus ojos, señalándole con la uña un artículo.

—¿Lo ha leído?

Tenemos noticias de que el comisario divisionario Maigret, de la Policía Judicial, aunque todavía se halla lejos de la edad tope, ha pedido y obtenido el retiro. Abandonará su puesto la próxima semana y, verosímilmente, será reemplazado por el comisario Ledent.

—¿Y qué? —preguntó asombrado Maigret.

—¿Cuántos días le quedan aún? ¿Seis?

No se volvió a sentar. Necesitaba andar. Iba y venía, tan pronto a contraluz, tan pronto cara a la ventana, con los dedos metidos en las sisas del chaleco.

—Ayer le pregunté cuánto le pagaba la Administración, ¿lo recuerda? Ahora bien, hoy quiero decirle lo siguiente: lo conozco a usted mejor de lo que se figura; a partir de la próxima semana, le ofrezco cien mil francos al año para que pase a mi servicio. Piénselo antes de contestar.

Con gesto de impaciencia abrió una puerta e hizo seña al comisario para que se le acercase. En una mesa despacho clara, un hombre de unos treinta años, ya un poco calvo, se hallaba sentado ante una pila de carpetas, con una larga boquilla entre los dientes, mientras que una taquimecanógrafa esperaba que le dictase.

—El director de remolques —anunció Ducrau, mientras que el personaje se ponía en pie precipitadamente.

Y el armador añadió:

—¡No se moleste, monsieur Jaspar! —hizo hincapié en la palabra «monsieur»—. A propósito, repítame lo que hace cada noche. Porque usted es campeón de algo, si mal no recuerdo.

—De crucigramas.

—¡Exacto! ¡Perfecto! ¿Oye usted, monsieur Maigret? ¡Monsieur Jaspar, director a los treinta y dos años del servicio de remolques, es campeón de crucigramas!

Había destacado todas las sílabas y, en la última, cerró la puerta con gesto brutal, después de lo cual permaneció erguido ante Maigret, mirándole a los ojos.

—¿Se ha fijado usted en este tipo? Hay otros abajo y en el segundo, todos bien vestidos, honrados, lo que se llama trabajadores. Observe que ahora mismo monsieur Jaspar se estará preguntando con angustia qué ha podido hacer para molestarme. La taquimecanógrafa contará el incidente por toda la casa y durante diez días lo chuparán como un caramelo... ¡Porque les doy el título de director se imaginan de buena fe que dirigen aquí algo!... ¿Un cigarro?

Sobre la chimenea había una caja de habanos, pero el comisario prefirió llenar su pipa.

—A veces, no ofrezco ningún título. Usted ya empieza a tener una idea clara de mi negocio. Los transportes, de una parte; el remolque y las canteras, de otra, y lo demás. Ahora bien: este «lo demás» es extensible a voluntad. Yo le hago a usted una nota para que lo inscriban en una ficha. Usted va y viene a su antojo. Usted mete las narices por todas partes...

Una vez más, Maigret evocó durante algunos segundos los largos canales bordeados de árboles, las comadres con sombrero de paja negra y las vagonetas de las canteras dirigiéndose hacia las pinazas. Ducrau había apretado un timbre e inmediatamente entró una taquimecanógrafa con su libreta en la mano.

—Tome nota: «Entre los abajo firmantes, Émile Ducrau y Maigret»... ¿Su nombre?... «y Maigret (Jules), se ha convenido lo siguiente: a partir del dieciocho de marzo, monsieur Jules Maigret entra al servicio de...».

Miró a su compañero, frunció el ceño y lanzó a la secretaria:

—¡Puede irse!

Dio la vuelta en redondo a la habitación, con las manos a la espalda, lanzando inquisitivas ojeadas a su compañero. Éste, sin embargo, no había abierto la boca para nada.

—¿Entonces? —preguntó al fin.

—Nada.

—¿Ciento cincuenta mil?...

—¡No! No es eso.

Abrió la ventana, entregando la habitación a los rumores de la ciudad. Tenía calor. Lanzó su cigarro al vacío.

—¿Por qué abandona la Policía?

Maigret sonrió, mientras fumaba su pipa.

—Confiese que usted no es hombre para estar sin hacer nada.

Rabiaba, humillado, impaciente, y, no obstante, las miradas que lanzaba a Maigret estaban llenas de respeto y de afecto.

—No es cuestión de dinero.

Entonces el comisario miró la puerta del despacho vecino, el techo, el suelo, y murmuró con suavidad:

—Acaso tenga las mismas razones que usted.

—¿También existen esta clase de «cangrejos» en su oficina?

—¡Yo no he dicho eso!

El comisario se hallaba de buen humor, o, mejor dicho, era plenamente él mismo. Se notaba en forma. Era como un estado de receptividad aguda que le permitía pensar al mismo tiempo que su interlocutor, a veces por delante de él.

Ducrau no se resignaba a batirse en retirada, pero perdía confianza, vigor, mientras se leía el esfuerzo en su rostro.

—Apuesto que cree usted que cumple con su deber —gruñó aviesamente.

Y con renovada energía, añadió:

—Tengo aspecto de estarle comprando, desde luego. Pero supongamos que yo le haga la misma pregunta dentro de ocho días.

Maigret sacudió la cabeza y Ducrau la hubiera sacudido también con gusto, rabiosamente, afectuosamente. El timbre del teléfono sonó.

—Sí, soy yo. ¿Y qué más? ¿Las pompas fúnebres? ¡Me importan tres pitos las pompas fúnebres! Si continúan molestándome no iré ni al entierro.

Lo cual no impidió que se quedase pálido.

—¡Cuántas ridiculeces! —exclamó, con las narices dilatadas, después de haber colgado—. Están todos alrededor del pequeño, que, si pudiera, los pondría de patitas en la calle. Usted no adivinaría nunca adónde he ido yo esta noche. Si se lo dijera, me tacharía de monstruo. Y, sin embargo, fue en una casa de mala nota donde, al fin, pude llorar como un becerro, entre individuos que me creían borracho y que registraban mi cartera.

Ya no tenía por qué permanecer en pie. Todo había terminado. Se sentó, se frotó la cabeza a contrapelo y clavó los codos sobre la mesa de despacho. Intentó recobrar el hilo de sus ideas, y la mirada que dejó pesar sobre Maigret daba a entender que no le veía. Él comisario le permitió aún un corto respiro. Al fin, murmuró:

—¿Sabe usted que hay un nuevo ahorcado en Charenton?

Ducrau levantó sus pesados párpados y esperó la continuación.

—Un hombre que debe usted de conocer, puesto que es ayudante del esclusero...

—¿Bébert?

—No sé si se llama Bébert. Lo han encontrado esta mañana colgado de la puerta de la esclusa.

Ducrau suspiró como hombre agotado.

—¿No tiene usted nada que declarar respecto a eso?

El otro se encogió de hombros.

—Podría pedírsele que precisara en dónde ha pasado la noche.

Esta vez una sonrisa flotó en los labios del armador, que estuvo a punto de hablar. Pero se arrepintió en el último segundo y volvió a encogerse de hombros.

—¿Está usted seguro de que no tiene nada que decirme?

—¿A qué día estamos?

—A jueves.

—¿Qué día de la próxima semana deja usted el servicio?

—El miércoles.

—Una pregunta, por favor: suponiendo que en esa fecha su investigación no esté terminada, ¿qué pasará?

—Entregaré el atestado a un colega, el cual continuará el asunto...

La sonrisa se acentuó en los labios de Ducrau, que silbó con una alegría casi infantil.

—¿Un tipo como los míos?

Maigret no pudo impedir el sonreír también.

—Allí no hay tales individuos.

Terminaron con esta nota de alegría inesperada. Ducrau se levantó y ofreció su gruesa mano.

—Hasta la vista, comisario. Le veré, sin duda, de aquí a entonces.

Maigret, que le estrechaba la mano, fijó su mirada en los ojos claros de su interlocutor, pero no logró fundir su sonrisa, sino apenas hacerla —¿quizá?— un poco menos consistente.

—Hasta la vista.

Ducrau le condujo al descansillo y hasta se inclinó sobre la barandilla. Cuando Maigret se encontró sumergido en la deslumbrante tibieza de los muelles, sintió que, desde la ventana, le seguían aún con los ojos.

Y fue su propia sonrisa la que se esfumó mientras esperaba el tranvía.

* * *

Fue idea de la portera, que lo creyó de buen gusto: todos los inquilinos de la casa habían cerrado sus persianas en señal de duelo. En cuanto a los barcos atracados al muelle, tenían todos el pabellón a media asta, lo cual daba un aspecto morbosos al canal.

Hasta el mismo movimiento era equívoco. Los curiosos deambulaban un poco por todas partes, sobre todo por los muros de la esclusa, y, despistados, terminaban por preguntar a alguien, señalando uno de los garfios:

—¿Fue ahí?

El cadáver se hallaba ya en el Instituto Médico-Legal, un cuerpo largo, huesudo, que los asiduos al canal conocían desde hacía muchísimo tiempo.

Bébert, venido de no se sabía dónde y que no tenía familia, se había arreglado un refugio para él en una draga de los Ponts et Chaussées, que, desde hacía años, se pudría en un rincón del puerto.

Agarraba las amarras al vuelo; maniobraba las compuertas; prestaba pequeños servicios y recogía propinas. Eso era todo.

El esclusero circulaba por su domicilio con aire importante, porque tres periodistas le habían interrogado aquella misma mañana y uno de ellos le había sacado una fotografía.

En cuanto a Maigret, después de bajarse del tranvía, entró en el cafetín de Fernand, en donde había más gente que de costumbre. Cuchichearon. Los que le conocían daban noticias a los otros. El dueño se acercó, familiar.

—¿Una cerveza bien tirada?

De una ojeada le indicó el rincón opuesto de la sala. El viejo Gassin estaba allí, completamente solo, arisco, como un perro enfermo, los ojos más enrojecidos que nunca. Miró a Maigret y no apartó los ojos, sino que, al contrario, esbozó una mueca que quería expresar disgusto.

El comisario, mientras tanto, se echó al colete un buen trago de cerveza fresca, se limpió los labios y llenó una nueva pipa. Detrás de Gassin, en el cuadro de la ventana, percibió los barcos apretados unos contra otros y se sintió un poco decepcionado al no ver la figura de Aline.

El dueño se inclinó sobre la mesa, como si estuviera limpiándola, para que le diese tiempo a murmurar:

—Debería usted hacer algo por él. Hace días que está inconsciente. Los trozos de papel que ve por el suelo es la orden de ir a cargar al muelle de Tournelles. ¡Y ya ve lo que ha hecho!

El viejo se daba perfecta cuenta de que hablaban de él. Se levantó, con poca seguridad en sus piernas: se acercó a Maigret, al que miró a los ojos con aire de desafío, y se alejó, al fin, tambaleándose, después de dar un codazo al dueño.

Le vieron dudar en el umbral de la puerta. Por un instante pudo creerse que iba a lanzarse a la calzada sin ver un autocar que llegaba. Pero lo esquivó y se coló de rondón en el cafetín de enfrente, mientras se miraban todos los parroquianos.

—¿Qué dice a eso, señor comisario?

La conversación se hizo general. Se dirigían a Maigret como si se tratase de un antiguo conocido.

—A pesar de todo, observe que el viejo Gassin es el hombre más honrado del mundo. Pero diríase que le queda algo de lo ocurrido la otra noche, y he terminado por preguntarme si se repondrá del susto. ¿Qué me dice de Bébert? ¿Es una serie sangrienta o qué?

Todos eran cordiales y familiares. No tomaban demasiado a lo trágico el suceso, sino que se reían, aunque con un dejo de nerviosismo.

Maigret movía la cabeza, respondía con sonrisas, con gruñidos.

—¿Es cierto que el patrón no quiere estar presente en el entierro?

¡Así, pues, la noticia había llegado ya al cafetín! ¡Y apenas hacía una hora que había tenido lugar la conversación telefónica!...

—¿Tiene la cabeza dura! ¡Y es famosa su cabeza!... En cuanto a Bébert, ¿sabe usted que le vieron ayer en el cine Gallia? Seguramente le atacaron después, cuando se dirigía de regreso a su draga.

—Yo estuve en el cine también —dijo alguien.

—¿Le viste?

—No le vi, pero estuve allí.

—Entonces, ¿qué puede importarnos eso?

—¡Lo que quiero decir es que estuve allí!

Maigret se levantó sonriente, pagó y dirigió al grupo un saludo con la mano. Había encargado a dos inspectores que tomaran todos los informes necesarios, y, al otro lado del agua, pudo ver a uno de ellos, Lucas, que recorría la draga de Ponts et Chaussées.

Pasó por delante de la casa de Ducrau. Desde por la mañana, o tal vez desde la víspera por la tarde, el auto de los Decharme se hallaba al borde de la acera. Maigret hubiera podido entrar; pero ¿para qué? ¡Se imaginaba tan bien lo que Ducrau había calificado de «carnaval»!

Callejeó. No sabía nada. No reflexionaba, pero notaba que algo tomaba cuerpo y que era preciso no obstinarse en precisarlo demasiado rápidamente.

Se volvió al oír llamar a un taxi. Era la portera, y algunos instantes más tarde una muchacha gruesa, vestida con un traje de seda negra, los ojos enrojecidos, se metió en él nerviosamente, mientras que la portera colocaba las maletas en el asiento.

¡Era Rose, evidentemente! ¿Cómo no sonreír? ¿Cómo no sonreír tampoco cuando la portera, al acercarse Maigret, adquirió un aspecto seco?

—¿Es la vecina del segundo?

—¿Y usted quién es?

—El comisario de la Policía Judicial.

—En ese caso, usted lo sabe tan bien como yo.

—¿Es el yerno quien ha subido a pedirle que se marche?

—¡En cualquier caso, es un asunto que a mí ni me va ni me viene!

¡Estaba tan claro! La familia, de duelo arriba, cuchicheando durante horas para saber si era decente o no dejar a esa mujer en la casa en circunstancias tan solemnes. Y el capitán, sin duda alguna, fue comisionado para notificarle la decisión tomada en consejo de familia.

Por casualidad, Maigret se paró ante la palabra *Baile* escrita en blanco sobre un gran toldo azul. Delante de la puerta entreabierta se veían plantas trepadoras que ponían una nota alegre de merendero. En el interior, estaba oscuro y fresco, en contraste con la calurosa acera, y los adornos de metal del piano mecánico brillaban como joyas auténticas.

Había algunas mesas y bancos; más allá un espacio vacío y, en la pared, un antiguo telón de fondo que, en otra época, debió de pertenecer a un teatro.

—¿Quién está ahí? —gritaron desde lo alto de la escalera.

—Alguien.

Acababan de lavarse, porque corrió una pila y cayeron gotas de agua en un cubo. Una mujer, en zapatillas y bata, bajó murmurando:

—¡Ah! ¿Es usted?

Como todo Charenton, ella también conocía ya a Maigret. Había sido bonita. Un poco engordada, fofa, por esta vida de claustro caliente; pero conservaba cierto encanto, forjado de serenidad e indolencia.

—¿Quiere beber algo?

—Sirva para los dos un aperitivo cualquiera.

La mujer bebió genciana. Tenía una forma particular de apoyar los codos sobre la mesa, tan juntos, que los senos, presionados el uno contra el otro, se escapaban a medias de la bata.

—Ya sabía que vendría. ¡A su salud!

No demostraba miedo. La Policía no la impresionaba.

—¿Es verdad lo que se cuenta?

—¿A propósito de qué?

—De Bébert... ¡Bueno! He hablado demasiado. ¡Qué importa!... Sin contar que no hay nada menos seguro... Se dice que el viejo Gassin...

—... ¿lo ha matado?

—En todo caso, se habla como si él supiera algo. ¿Otra cosa?

—¿Y Ducrau?

—¿Qué?

—¿No vino ayer?

—Viene con frecuencia a hacerme compañía. Somos antiguos amigos, aunque ahora sea un hombre rico. No es orgulloso. Se sienta ahí, donde usted.

Y tomamos unas copas juntos. De cuando en cuando, me pide que eche una moneda en el piano para tener música.

—¿Vino anoche?

—Sí. No hay baile más que los sábados y los domingos, a veces los lunes. Los demás días no cierro por costumbre. Pero puede decirse que permanezco completamente sola. Cuando vivía mi marido era diferente, porque teníamos restaurante.

—¿A qué hora se marchó?

—¿Qué pensamiento tiene en la mollera?... Permítame decirle que se equivoca. Lo conozco bien. Cuando no tenía más que su remolcador, me acariciaba en algunas ocasiones, contadas. Y jamás, yo no sé por qué, intentó hacer otra cosa conmigo. ¡Con la costumbre que tiene!... Usted lo sabe tan bien como yo... Ayer estaba triste...

—¿Bebió?

—Dos o tres vasos; pero a él eso no le hace nada. Me dijo: «¡Si tú supieras, Catherine, lo que esos “cangrejos” me asquean! Me parece que me voy a pasar toda la noche en los lupanares. Cuando pienso que están todos allí, alrededor del pequeño...».

Maigret no sonrió esta vez al encontrarse con los famosos «cangrejos». Miró a su alrededor el decorado miserable, las mesas, los bancos, el telón de fondo... Luego a aquella mujer que terminaba su segunda genciana a traguitos.

—¿No recuerda usted a qué hora se marchó?

—Quizás a medianoche; tal vez, antes. ¡Confiese que es una desgracia tener tanto dinero y no ser feliz!

Maigret no sonrió tampoco.

CAPÍTULO VI

—Lo más curioso es que estoy convencido de que la historia es de lo más simple —concluyó Maigret.

Se hallaba en el despacho del director de la Policía Judicial a la hora en que las oficinas estaban vacías. Un sol púrpura se acostaba sobre París, y la perspectiva del Sena, truncada por el Pont-Neuf, estaba salpicada de rojo, azul y ocre. Los dos hombres, en pie ante la ventana, hablaban sin parar, distraídos por el ir y venir de los peatones.

—En cuanto a mi hombre...

Timbre de teléfono. El director descolgó.

—Buenas tardes, señora. ¿Está usted bien?... Ahora mismo se lo paso.

Era madame Maigret, un poco asustada.

—Has olvidado telefonarme. Pues sí, habíamos convenido en que me telefonarías a las cuatro. Los muebles ya han llegado a su destino y tengo que marcharme. ¿Puedes venir en seguida?

Antes de despedirse, el comisario explicó al jefe:

—Había olvidado la mudanza. Los muebles llegaron ayer. Por tanto, mi mujer tiene que ir a nuestra nueva localidad para colocarlos en su sitio.

El director de la Policía Judicial se encogió de hombros y Maigret, que se dio cuenta, se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Qué quiere usted decir, jefe?

—Que hará usted como los otros; es decir, que antes de un año habrá vuelto al servicio, pero esta vez a las órdenes de un Banco o de una Compañía de Seguros.

Había melancolía aquella tarde en el despacho, invadido por el crepúsculo, una melancolía muy fluida, que los dos hombres fingieron ignorar.

—Le juro que no.

—Hasta mañana. Nada de torpezas con Ducrau, sobre todo; porque debe de tener dos o tres diputados en sus manos.

Maigret tomó un taxi y llegó, algunos minutos más tarde, a su domicilio. Su mujer estaba atareada. Dos habitaciones se hallaban vacías, y en las otras se amontonaban los paquetes sobre los muebles. Algo cocía, no en la cocina, que ya había sido expedida, sino en un infiernillo de alcohol.

—¿De verdad no puedes venir conmigo? ¿Tomarás el tren mañana por la noche? Es para decidir la colocación de los muebles.

No solamente era imposible eso, sino que, además, Maigret no tenía ganas de ello. Le producía un efecto desastroso entrar en esta casa devastada que iban a abandonar para siempre; pero lo que aún le producía un efecto más extraño era la vista de ciertas cosas que su mujer se disponía a llevarse y también las frases que ella pronunciaba sin dejar de moverse.

—¿Has visto las hamacas que he comprado?... ¿Qué hora es?... Ha sido madame Bigaud la que telefoneó diciéndome que habían llegado los muebles... El tiempo es soberbio y los cerezos están en flor... En cuanto a la cabra de que nos había hablado, no es para venderla, sino que su dueña ha dicho que nos dará un cabrito si tiene alguno este año...

Maigret, que asentía, sonriendo, no estaba en ello.

—Come —le gritó madame Maigret desde la habitación de al lado—. Yo no tengo ganas.

Él tampoco. Pero comió algunos bocados. Luego tuvo que bajar el equipaje —¡hasta utensilios de jardín!— que llenó un taxi.

—Estación de Orsay.

Besó a su mujer antes de partir el tren y hacia las once se encontró solo a la orilla del Sena, descontento de algo o de alguien.

Un poco más allá, en el *quai* des Célestins, pasó por delante de la oficina de Ducrau. No había luz. Los rayos sesgados de un farol de gas hacían brillar las placas de cobre. Y los barcos, a todo lo largo de las orillas, se apoyaban muellemente en el río.

¿Por qué el jefe le había dicho eso? ¡Era tonto! Maigret necesitaba de verdad el campo, la tranquilidad, la lectura. Estaba cansado.

Y, sin embargo, no podía seguir a su mujer con el pensamiento. Trataba de recordar lo que ella le había dicho a propósito de la cabra y de otras cosas más. En realidad, se preguntaba, mirando el hormigueo de las luces a la otra orilla del Sena:

«¿Dónde puede estar Ducrau a esta hora? ¿Habrá vuelto, por fin, a su casa, a pesar de su horror por el “carnaval”? ¿Habrá cenado, con los codos apoyados sobre la mesa, en un restaurante de lujo o en una taberna? ¿Recorrerá de nuevo los prostíbulos llevando al brazo el luto de su hijo?».

¡Nada se sabía sobre ese Jean Ducrau! ¡Nada de nada! Existen, como éste, seres sobre los que la gente no tiene nada que decir. Dos inspectores se habían encargado de este asunto, ya en el Quartier Latin, ya en la Facultad de Leyes, ya en Charenton...

—Un muchacho encantador, un poco reconcentrado en sí, de no muy buena salud...

No se le conocían vicios ni pasiones. Tampoco se sabía dónde pasaba las tardes.

—Debe de permanecer en su casa estudiando, porque, después de su enfermedad, le costaba mucho trabajo aprenderse las cosas.

Nada de vida familiar. Nada de amigos. Nada de amigas. ¡Y, un buen día, se ahorca, acusándose de haber querido matar a su padre!

Al menos tenía en su haber esos tres meses pasados en *La Toison d'Or* con Aline.

Jean... Aline... Gassin... Ducrau...

Maigret reconoció las verjas de Bercy; luego, a la derecha, las chimeneas de la fábrica eléctrica. Le pasaban los tranvías. Llegó a pararse sin razón, continuando después la marcha.

Allá abajo le esperaban la esclusa número 1 y la casa alta, las pinazas, los cafetines, el baile, todo un decorado, o, mejor dicho, todo un mundo lleno de materias, olores, vidas embrolladas, que él trataba de desentrañar.

Era su último caso. Los muebles habían llegado ya a la casita situada a las orillas del Loire.

Había besado a su mujer. Había llevado los paquetes de mal humor. Ni había esperado siquiera a que el tren se pusiera en marcha.

¿Por qué el jefe le había dicho eso?

Y, bruscamente, Maigret cogió el tranvía en lugar de proseguir su marcha indecisa a lo largo de los muelles.

* * *

El paisaje estaba tan desierto que la luna iluminaba los más escondidos rincones. El cafetín de la izquierda estaba ya cerrado y en el de Fernand tres hombres jugaban a los naipes con el dueño.

Cuando Maigret pasó por la acera, desde el interior oyeron el ruido de sus pasos y Fernand levantó la cabeza y reconoció, sin duda, al comisario, porque abrió la puerta.

—¿Todavía por aquí a esta hora? ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna.

—¿Quiere usted tomar algo?

—Gracias.

—No se arrepentiría. Charlaríamos un rato.

Maigret entró, con la sensación de que cometía una torpeza. Los jugadores esperaban con los naipes en la mano. El dueño llenó un vaso de vino para el comisario y otro para él.

—¡A su salud!

—¿Juegas o no juegas?

—¡Vaya! ¿Me permite un momento, señor comisario?

Y éste permaneció en pie venteando algo anormal.

—¿No coge una silla?... ¡Corta!

Maigret miró al exterior, pero sólo vio el decorado inactivo cuyos contornos recortaba la luna.

—Es curiosa esa historia de Bébert, ¿verdad?

—¡Juega! Después hablarás.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Maigret.

—Convido yo.

—¡Pero no!...

—Sí, sí. Un segundo, y soy con usted. ¡Belote!

Y arrojó los naipes, dirigiéndose al mostrador.

—¿Qué va a tomar? ¿Lo mismo?... ¿Y vosotros, muchachos?

Había en el ambiente, en las actitudes, en las voces, algo que no era claro, que no era franco, sobre todo en el dueño, que hacía todo lo posible por que el silencio no se instalase en la sala.

—¿Sabe usted que Gassin sigue aún completamente borracho? ¡Es un verdadero novenario! ¿Un vaso grande, Henri?... ¿Y tú?

La única cosa viva que había en el muelle dormido era el cafetín. Maigret, que trataba de observar el exterior y el interior a la vez, anduvo hacia la puerta.

—A propósito, señor comisario, quisiera decirle...

—¿Qué? —gruñó Maigret, volviéndose.

—Espere... Ya no sé... ¡Es tonto!... ¿Qué va a tomar?

Era completamente absurdo que sus compañeros le mirasen con malestar. Fernand lo notó y sus mejillas enrojecieron más.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maigret.

—¿Qué quiere usted dar a entender?

Tenía la puerta abierta y miraba los barcos sumergidos en el canal.

—¿Por qué hace todo lo posible por retenerme?

—¿Yo? Le juro que...

Entonces, el comisario acabó por adivinar en la masa formada por los cascos oscuros, por los mástiles y las cabinas, un pequeñísimo punto luminoso. Sin preocuparse de cerrar la puerta, atravesó los muelles y se encontró ante la pasarela de *La Toison d'Or*.

Un hombre se hallaba a dos metros de él y estuvo a punto de no verle.

—¿Qué hace aquí?

—Espero a mi cliente.

Y volviéndose, Maigret comprobó que había, un poco más allá, un taxi con los faros apagados.

La estrecha pasarela hizo, bajo el peso del comisario, un ruido de plancha removida. Se veía un débil resplandor tras los cristales de la puerta, que abrió sin vacilar, lanzándose escaleras abajo.

—¿Se puede pasar?

Se notaba vida. Después de bajar algunos peldaños, Maigret dominó la cabina iluminada por una lámpara de petróleo. La cama estaba preparada para la noche. Sobre el hule de la mesa había una botella y dos vasos.

Y dos hombres se hallaban sentados frente a frente, silenciosos, atentos: el viejo Gassin, cuyos ojillos eran amenazadores, y Émile Ducrau, que, con los codos sobre la mesa, tenía la gorra echada sobre la nuca.

—Pase, comisario... Sabía que vendría...

No demostraba temor. No estaba ni molesto ni sorprendido. La gran lámpara de petróleo dejaba escapar tufaradas brillantes y la calma era tan absoluta que hubiérase podido jurar que antes de la llegada de Maigret los dos hombres habían pasado horas de mutismo y de inmovilidad. La puerta de la segunda cabina estaba cerrada con cerrojo. ¿Dormía Aline? ¿Escuchaba, inmóvil en la oscuridad?

—¿Continúa mi chofer afuera?

Ducrau, como hombre embotado, intentaba sacudir su torpeza.

—¿Le gusta a usted el aguardiente holandés?

Fue al aparador para coger un vaso y lo llenó de un líquido incoloro. Luego quiso coger su propio vaso; pero, en ese momento, Gassin, con un gesto brutal, barrió la mesa. Por milagro, la botella no se rompió; mas perdió el tapón y el líquido, al derramarse, dejó oír un largo *glu glú*.

Ducrau no se inmutó. ¿Esperaba, tal vez, un acto de este género? En cuanto a Gassin, a dos dedos de una crisis furiosa, respiraba con fuerza, los puños apretados, el torso avanzado...

Alguien se movió en la cabina vecina. El chofer continuaba paseando por el muelle. Gassin permaneció un momento aún como en suspenso y, al fin, se abatió sobre su silla, la cabeza entre las manos, sollozando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Ducrau señaló la escotilla a Maigret y, al pasar, se contentó con tocar el hombro del viejo. Aquello había terminado. En el puente, tomaron un baño de aire y como de limpieza. El chofer corrió hacia su coche, Ducrau, la mano sobre el brazo de su acompañante, se paró un momento.

—He hecho cuanto he podido. ¿Vuelve usted a París?

Subieron las escaleras de piedra. El auto ronroneaba, con la portezuela abierta. El comisario percibió, tras los cristales del cafetín, la silueta de Fernand, que debía de estar mirando el vehículo.

—¿Fue usted quien dio la orden de que no le molestaran?

—¿A quién?

Maigret esbozó un ademán con la mano, que su interlocutor comprendió.

—¿Ha hecho eso?

Ducrau sonrió, entre halagado y descontento.

—¡Estúpidos idiotas! —gruñó—. ¡Suba! Todo recto, chofer. Hacia el centro de la ciudad.

Se quitó la gorra para pasarse la mano por los cabellos.

—¿Me buscaba usted?

Maigret no tenía nada que responder y, además, su acompañante no esperaba respuesta.

—¿Ha reflexionado sobre lo que le propuse esta mañana?

Pero Ducrau no esperó. Tal vez hasta se hubiera desilusionado ante una contestación afirmativa.

—Mi mujer se ha marchado esta tarde para colocar los muebles en nuestra nueva casa.

—¿Dónde se encuentra?

—Entre Meung y Tours.

Los muelles se hallaban desiertos. Hasta la calle Saint-Antoine no se cruzaron con dos coches. El chofer bajó el cristal.

—¿Adónde hay que ir?

Y Ducrau, como si desafiase a alguien, contestó:

—Me dejará en la puerta del Maxim.

Fue allí donde se apeó, en efecto, pesado y obstinado. Vestía su grueso traje azul adornado con un brazalete negro. El portero, que debía de conocerle, se precipitó a su encuentro.

—¿Entra usted un momento, comisario?

—No, gracias.

Ducrau se hallaba ya en la puerta giratoria. Ni se estrecharon las manos ni tuvieron tiempo de decirse adiós.

Era la una y media. El portero preguntó a Maigret:

—¿Taxi?

Sí... No... En su casa no había nadie y la cama de matrimonio estaba ya en el campo. Maigret hizo, pues, como Ducrau: se fue a dormir a un hotel situado al extremo de la calle Saint-Honoré.

Su mujer, que ya había llegado a su destino, dormía por primera vez en su nueva casa.

CAPÍTULO VII

Un pisoteo lento y monótono llegaba aún del fondo del cementerio, aunque la cabeza del cortejo había alcanzado ya la verja. Y este ruido de graves pisadas, el polvo que enrarecía el aire y la pesadez del grupo en marcha que tenía, a veces, que marcar el paso, acrecentaban más la sensación de calor.

Apoyado contra la verja del cementerio completamente abierta, Émile Ducrau, de riguroso luto, con camisa muy blanca, se secaba el sudor con su pañuelo enrollado y estrechaba la mano de todos los que se inclinaban. Hubiera podido decirse en qué pensaba. No había llorado ni tampoco dejado de mirar a la gente, como si él no hubiese estado para nada en este entierro. Su yerno, grave y correcto, tenía los ojos enrojecidos. No se veía el rostro de las mujeres bajo los tupidos velos.

El cortejo estaba formado por todo Charenton. Tras los dos coches de flores y coronas marchaban centenares de marineros bien lavados, bien peinados, vestidos de azul, con la gorra en la mano.

Ahora saludaban, uno a uno, al salir del cementerio y balbuceaban su pésame, después de lo cual se los veía agruparse torpemente y buscar un café. Tenían gotas de sudor en sus frentes. Se los notaba húmedos de sudor dentro de sus gruesas chaquetas cruzadas.

Maigret se hallaba en la acera de enfrente, ante el puesto de la florista, preguntándose si se quedaría allí. Un taxi se detuvo a su lado. Uno de los inspectores salió de él y le buscó.

—Aquí estoy, Lucas.

—¿No ha ocurrido nada? Acabo de enterarme que esta mañana, a las ocho y media, el viejo Gassin ha comprado un revólver en la armería de la Bastille.

Gassin se encontraba allí, a cincuenta metros de la familia colocada en fila. Seguía el flujo sin hablar con sus vecinos, sin impaciencia, la mirada lúgubre.

Maigret lo había observado antes, porque era la primera vez que lo veía endomingado, la barba arreglada, con camisa limpia y traje nuevo. ¿Había acabado ya el novenario de su borrachera? En todo caso, estaba más digno, más tranquilo. Ya no gruñía frases entre dientes y, sin embargo, era un poco inquietante verle tan digno.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Pidió que le explicaran el manejo del arma.

—Dentro de un instante, cuando se encuentre un poco más lejos, le detendrás discretamente y me lo llevarás a la Comisaría.

Mientras tanto, Maigret se apresuró a atravesar la calzada y se situó a tres metros apenas de Ducrau, que se extrañó de ello. Continuaba desfilando el duelo, siempre compuesto de personas vestidas de azul, de tez curtida y cabellos empapados en sudor. La mirada de Maigret se cruzó con la de Gassin, que se acercaba, pero el viejo no manifestó ni sorpresa ni contrariedad.

Ocupó su puesto en la fila. Marcó el paso tras los otros. Al fin, sin decir nada, alargó su vieja y arrugada mano que estrechó la de su patrón.

Fue todo. Se alejaba. Maigret observó su paso y fue incapaz de decir si estaba o no bebido, porque el exceso de borrachera produce, a veces, este exceso de sangre fría.

El inspector esperaba en la primera esquina de la calle. Maigret le hizo un gesto afirmativo, y los dos hombres se alejaron uno tras otro.

* * *

—Pasarás por la calle Sentier y entrarás en la tienda que está frente a la oficina de Correos para comprarme cien metros de cuerda para cortinas —le había telefonado aquella mañana madame Maigret.

En Charenton se encontraban marineros por todas partes, aunque mejor se hubiera dicho que se los encontraba, endomingados, por todos los cafés de los muelles, desde el canal hasta Auteil. ¿Cuáles habían sido las reacciones

del viejo Gassin al ser detenido por Lucas? Maigret prefirió irse por el lado opuesto y ahora no sabía en qué calle se encontraba. Le gritaron:

—¡Comisario!

Era Ducrau, que estaba ya a dos pasos de él; Ducrau, que debía de haber abandonado a su familia y cortado los pésames para ir en su persecución.

—¿Qué manejos se trae usted con Gassin?

—¿Qué quiere usted decir?

—Le he observado hace un momento, cuando su inspector le ha hablado.

¿Van a detenerlo?

—Ya está detenido.

—¿Por qué?

Maigret se preguntó por breve espacio de tiempo si valdría más hablar o no.

—Compró un revólver esta mañana.

El armador no dijo nada, pero sus ojos se achicaron y su mirada se endureció.

—Supongo que es para usted —continuó el comisario.

—Es muy posible —gruñó Ducrau, metiendo la mano en el bolsillo y sacando una *browning*.

Reía con desconfianza.

—¿Va a detenerme?

—No valdría la pena. Habría que ponerle en libertad en seguida.

—¿Y a Gassin?

—También.

Se encontraban a pleno sol, al borde de la acera, en una calle estrecha, donde las amas de casa hacían la compra, y fue allí donde, al pensar en los dos hombres sueltos por París, cada uno con un revólver, Maigret tuvo la idea bufa de que estaba jugando al Dios Padre.

—Gassin no me matará —afirmó el armador.

—¿Por qué?

—Porque...

Y, cambiando de tono:

—¿Quiere usted venir a comer conmigo mañana a mi casa de campo?

Está en Samois.

—Ya veré. De todas formas, muy agradecido.

Le dejó ir, a él, a su revólver y a su cuello postizo, demasiado estrecho, tan estrecho que le ahogaba. Maigret estaba cansado y de pronto recordó que había prometido telefonar a su mujer para decirle si iría a pasar el domingo con ella. Pero primero entró en la Comisaría. ¡Al menos allí hacía fresco! El comisario había salido a comer y su secretario recibió a Maigret solícito.

—Su tipo está en la celda de la izquierda. He guardado aquí el contenido de sus bolsillos.

Estaba todo sobre un periódico desplegado: primero, el revólver, que era de barrilete y de un buen tamaño; después, una pipa de espuma, una petaca de goma roja y un pañuelo bordado en azul; por último, una cartera bastante ajada, a la que Maigret dio vueltas antes de abrirla.

No contenía casi nada. En uno de los departamentos se encontraron la documentación de *La Toison d'Or* y la hoja de declaración con la firma de los escluseros. En los otros, algún dinero y dos retratos, uno de mujer y otro de hombre.

El retrato de la mujer databa de veinte años por lo menos. La copia, mal revelada, estaba descolorida; pero se distinguían aún los rasgos de una joven delgada, de sonrisa velada, que recordaba la de Aline.

Era la mujer de Gassin y, a causa de su delicada salud y de esta languidez involuntaria, el mundo masculino del agua debía de encontrarla distinguida. ¡Ducrau también, puesto que se había acostado con ella! ¿Fue a bordo, mientras Gassin se encontraban en la taberna, o en cualquier horrible habitación de un maloliente hotel?

El otro retrato era de Jean Ducrau, al que acababan de enterrar. Era una foto de aficionado. El joven, con pantalón blanco, se hallaba en pie en el puente de la pinaza. Al dorso había escrito:

A mi amiguita Aline, que, tal vez, pueda leerlo algún día, su buen amigo, Jean.

¡Muerto también! ¡Ahorcado!

—Y es todo —concluyó Maigret.

—¿Ha encontrado algo más?

—¡Muertos! —exclamó, mientras abría la puerta de la celda.

* * *

—¿Y bien, tío Gassin?

El viejo, que estaba sentado en el banco, se levantó y Maigret frunció las cejas al ver sus zapatos sin cordones, su cuello postizo abierto y sin corbata. Llamó al secretario:

—¿Quién ha hecho esto?

—Como es la costumbre...

—Devuélvale inmediatamente los cordones y la corbata.

Porque el marinero estaba tan lastimoso así, que el procedimiento tomaba carácter de injuria o de maldad.

—¡Siéntese, Gassin! Aquí tiene todos sus objetos, menos el revólver, claro. ¿Terminó el novenario? ¿Está usted despejado de espíritu?

Se sentó frente a su interlocutor, los codos apoyados sobre las rodillas, mientras que el anciano, doblado en dos, ponía los cordones a sus zapatos.

—Se dará usted cuenta de que nunca le he atacado. Le he dejado ir y venir a su antojo y beber como una esponja. ¡Deje eso de una vez! Ya se arreglará después, ¿me oye?

Gassin alzó la cabeza y Maigret comprobó que, si la bajó antes, era quizá para ocultar una extraña sonrisa.

—¿Por qué quiere usted matar a Ducrau?

Se acabó la sonrisa. Sólo se veía un rostro arrugado de marinero que, vuelto hacia Maigret, no expresaba más que una perfecta tranquilidad.

—Todavía no he matado a nadie.

¿No era ésta la primera vez que hablaba? Y lo hacía pausadamente, con voz sorda que debía de ser su voz natural.

—Lo sé. Pero ¿quiere matar?

—Tal vez mate a alguien.

—¿A Ducrau?

—Tal vez a él, tal vez a otro.

No estaba borracho, eso era evidente. Pero algo había bebido. O conservaba un resto de sus anteriores libaciones. Los días precedentes exageraba su aspecto arisco. Ahora estaba demasiado tranquilo.

—¿Por qué se ha comprado un arma?

—¿Por qué está usted en Charenton?

—No veo la relación.

—¡Sí!

Y como Maigret se callase un momento, impresionado por este diálogo vertiginoso, continuó:

—Con la diferencia de que a usted, en el fondo, esto ni le va ni le viene.

Cogió el segundo cordón y, de nuevo doblado, empezó a pasarlo por los ojetes de los zapatos. Se necesitaba tener el otro oído muy atento para no perder palabra de lo que decía, porque las sílabas se enredaban en su barba. ¿Acaso se divertía de ser escuchado? ¿Acaso era un último soliloquio de borracho?

—Hace diez años, en Châlons, el patrón del *Cormoran* se detuvo ante una espléndida casa habitada por un médico. Se llamaba Louis. ¡No el doctor, sino el patrón! Estaba loco de alegría y de impaciencia. Su mujer, que tenía treinta años, iba, al fin, a tener un niño.

Las paredes trepidaban de cuando en cuando al paso de un tranvía y se adivinaba el timbre de una tienda próxima, cuya puerta se abría y se cerraba sin parar.

—Un hijo, que esperaban después de ocho años. Louis estaba dispuesto a dar, por tenerlo, todo cuanto había ahorrado. Fue, pues, en busca del médico, que era bajito, moreno y con gafas, al cual yo he conocido. Le explicó que temía que el parto tuviera lugar en los quintos infiernos, en un pueblucho cualquiera, y que prefería permanecer en Châlons hasta que llegara el momento.

Gassin se puso derecho, congestionado por haber tenido tanto tiempo la cabeza baja.

—Pasaron ocho días. El doctor iba todas las noches. Al fin, comenzaron los dolores hacia las cinco de la tarde. Louis no pudo permanecer en la cabina. Se le vio en el puente, en el muelle... Se colgó del timbre del médico. Casi a la fuerza se lo llevó. El otro le juró que todo marchaba bien, muy bien, que las cosas se desarrollaban normalmente y que era suficiente que le avisara en el último minuto.

Gassin recitaba esto como una letanía.

—¿No conoce usted el lugar? Veo la casa como si me encontrara allí: una villa enorme, con anchas ventanas, que aquella noche estaban todas iluminadas, porque el doctor daba una fiesta. Estaba elegante, perfumado, con los bigotes rizados. Dos veces acudió de prisa, con el aliento oliendo a borgoña, luego a toda clase de licor. «¡Perfecto! ¡Perfecto! —exclamaba—. Inmediatamente...». Louis atravesaba el muelle corriendo. Se oía el gramófono. Se veía también en las cortinas la sombra de las personas que bailaban. La mujer gritaba y Louis, ahogado, lloraba sin llorar. Lo que estaba ocurriendo le espantaba. Una vieja comadre, cuyo barco no se hallaba amarrado muy lejos, juraba que el niño venía mal. A medianoche, Louis fue a llamar a casa del médico y le respondieron que acudiría en seguida. A las dos y media volvió a llamar. El pasillo estaba lleno de música. Y la mujer de Louis gritaba de tal forma que los que pasaban por el muelle se paraban un momento para emprender la marcha de nuevo a paso ligero. Al fin se marcharon los invitados. El médico llegó, no completamente borracho, pero no completamente en su sano juicio. Se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa. «Tal vez sea necesario emplear los fórceps...». «Son estrechos». Titubea. Y he aquí que el médico habla de triturar la cabeza del feto: «¡Pero eso no es posible!», le grita Louis. «¿Quiere usted que salve a la madre?». El doctor tiene sueño. Ya no puede más. Farfullea. Una hora después, cuando se yergue, Louis ve que su mujer ya no grita, ya no se mueve.

Gassin miró a Maigret a los ojos y concluyó:

—Louis lo mató.

—¿Al médico?

—Fríamente, de un balazo en la cabeza; luego, le disparó otra bala en el vientre; después, abrió la boca, como si quisiera comerse el revólver, y sonó otro tiro. Tres meses más tarde se vendió el barco en pública subasta.

¿Por qué sonreía Gassin? Maigret lo prefería completamente borracho y embrutecido, como lo había visto los días anteriores.

—¿Qué van a hacerme ahora? —preguntó sin curiosidad.

—¿Me promete no hacer tonterías?

—¿A qué llama usted tonterías?

—Ducrau ha sido siempre amigo suyo, ¿verdad?

—Somos del mismo pueblo. Hemos navegado juntos.

—Él le aprecia.

Maigret pronunció mal esta frase.

—Quizá.

—Dígame, Gassin: ¿a quién odia usted? Le hablo como hombre.

—¿Y usted?

—No comprendo.

—Le pregunto a quién odia usted. Usted, busca algo. Pues bien, ¿qué ha encontrado?

Era inesperado. En donde Maigret no había visto más que un borracho existía un hombre que, borracho y sentado en su rincón, había hecho, en suma, su investigación personal. ¡Porque era esto lo que Gassin daba a entender!

—Aún no he encontrado nada preciso.

—Yo tampoco.

¡Pero estaba a punto de encontrarlo! Éste era el sentido de su mirada dura y fría. Maigret había tenido razón al devolverle los cordones de los zapatos y la corbata. El caso no tenía ya relación alguna con la pobre Comisaría ni aun con la Policía. Eran dos hombres sentados frente a frente.

—Usted no ha intervenido para nada en el atentado contra Ducrau, ¿verdad?

—En absoluto —respondió con voz irónica.

—Tampoco ha tenido nada que ver con el suicidio de Jean Ducrau.

Gassin se calló y movió lentamente la cabeza.

—Usted no era pariente ni amigo de Bébert. No tenía ninguna razón para ahorcarle.

El marinero se levantó suspirando y Maigret se sorprendió de verle tan bajo y tan viejo.

—Dígame lo que sepa, Gassin. Su camarada de Châlons no dejaba nada tras él. Usted tiene una hija.

Se arrepintió de haber dicho esto, porque recibió una mirada tan terriblemente interrogadora que sintió la necesidad de mentir y de mentir bien, costase lo que costase.

—Su hija curará.

—Puede ser que sí.

Se hubiese dicho que eso le daba igual. ¡La cuestión no estaba ahí, caramba! Maigret se dio cuenta. Habían llegado a donde él no quería llegar. Pero Gassin no hizo preguntas. Se callaba y miraba. Eso era todo... y era angustioso.

—Usted ha vivido feliz hasta ahora a bordo de su pinaza...

—¿Sabe usted por qué he hecho siempre la misma ruta? Porque es la que recorría cuando me casé.

Su carne era dura, su piel estriada de finas arrugas negras.

—Contésteme, Gassin: ¿sabe usted quién atacó a Ducrau?

—Aún no.

—¿Sabe usted por qué se acusó su hijo?

—Tal vez.

—¿Sabe usted por qué se ahorcó el esclusero?

—No.

Era sincero, eso estaba fuera de toda duda.

—¿Van a meterme en la cárcel?

—No puedo hacerlo por sólo llevar armas prohibidas. Únicamente le pido que permanezca tranquilo, paciente; que espere hasta el final de mi investigación.

Los ojillos claros se habían vuelto agresivos.

—Yo no soy el médico de Châlons —añadió Maigret.

Gassin sonreía mientras que el comisario se ponía en pie cansado de este interrogatorio que no lo había sido.

—Le dejo en libertad desde este instante.

No había otra cosa que hacer. En el exterior, continuaba aquella inverosímil primavera sin gota de lluvia, sin chubasco, sin nube. En una placita, se notaba la tierra dura y blanca alrededor de les castaños. Los camiones del riego esparcían durante toda la jornada un agua tan suave como en pleno verano.

En el Sena, en el Marne, en el mismo canal, pequeñas embarcaciones pintadas o barnizadas, con remeros de brazos desnudos, se metían por entre las pinazas.

Por todas partes se veían terrazas en las aceras y, al pasar por delante de los bares, se recibían vaharadas de cerveza fresca. Muchos marineros no se

habían reintegrado todavía a sus barcos. Iban de taberna en taberna, con el cuello almidonado y el rostro cada vez más enrojecido.

Una hora más tarde Maigret se enteraba, en el cafetín del muelle, de que Gassin no había vuelto tampoco a su pinaza, pero que había alquilado una habitación en la cabaña de Catherine, en lo alto del baile.

CAPÍTULO VIII

Era un domingo como no recordaba otro desde niño, reluciente, nuevo, desde el cielo, de un azul de vincapervinca, hasta el agua, que reflejaba las casas alargándolas. Los mismos taxis eran más rojos o más verdes que los demás días y las calles, vacías y sonoras, se divertían devolviendo el eco de los más leves sonidos.

Maigret hizo parar su coche un poco antes de llegar a la esclusa de Charenton, y Lucas, que estaba encargado de vigilar a Gassin, salió del cafetín y se le acercó.

—No se ha movido. Ayer por la noche bebió con la mujer del baile, pero no ha salido de la barraca. Tal vez duerma todavía.

Como las calles, el puente de las pinazas se hallaba vacío. Sólo un muchachito, sentado sobre un timón, se calzaba sus zapatos de los domingos. Y Lucas prosiguió, señalando *La Toison d'Or*:

—Ayer, la loca estaba nerviosa. Cuatro o cinco veces llegó corriendo hasta el café de la esquina. Los marineros se dieron cuenta y fueron en busca del viejo, pero éste no quiso volver a su barco. Esto, a continuación del entierro y de lo demás, ha creado un ambiente enrarecido. Hasta medianoche se vieron sin cesar personas en los barcos, todas mirando hacia aquí. Tengo que decirle también que el baile funcionó. Se oía la música. Los marineros estaban todavía con sus trajes de fiesta. Resumiendo, la loca tuvo que terminar por dormirse, pero esta mañana, apenas al ser de día, erraba por los alrededores, con los pies descalzos, inquieta como una gata. Al pasar, ha despertado a los habitantes de tres o cuatro pinazas, a pesar de que a las dos de la madrugada hubiera usted podido ver a parejas en camisa por todas las escotillas. Aparte de eso, nadie le ha dicho dónde estaba el viejo. Yo creo que

ha sido mejor. Una mujer la condujo a bordo de *La Toison d'Or* y ahora están las dos haciéndose el desayuno. Mire: se ve salir humo de la chimenea.

El humo se elevaba, derecho, de la mayoría de los barcos, donde salía un cálido olor a café.

—Continúa la vigilancia —dijo Maigret.

En lugar de subir al taxi entró en el baile, cuya puerta estaba abierta. La mujer esparcía gotas de agua sobre el suelo antes de barrerlo.

—¿Está arriba? —preguntó el comisario.

—Me parece que acaba de levantarse, porque oigo pasos.

Maigret subió algunos escalones y escuchó. En efecto, alguien iba y venía. Se abrió una puerta y Gassin mostró su rostro lleno de jabón, se encogió de hombros y volvió a su habitación.

* * *

La casa de campo de Ducrau, en Samois, separada del Sena por el camino de sirga, era una construcción grande con tres alas precedidas de un patio de honor. Cuando el taxi se paró, Ducrau esperaba junto a la verja, vestido de azul marino, como de costumbre, y una gorra nueva en la cabeza.

—Puede despedir el coche —dijo a Maigret—. El mío le llevará a París.

Y esperó a que el comisario pagara. Con un cuidado inesperado, cerró él mismo la verja, se metió la llave en el bolsillo y llamó al chofer, el cual, al fondo del patio, lavaba a chorro un auto color gris.

—¡Edgar! No dejes entrar a nadie, y si ves a alguien rondando alrededor de la casa, vienes a prevenirme.

Después de lo cual miró serio a Maigret y le preguntó:

—¿Dónde está?

—Preparándose.

—¿Y Aline...? ¿No está asustada?

—Lo ha buscado. Ahora, una vecina está con ella en el barco.

—¿Quiere tomar algo? No comemos antes de una hora.

—Gracias.

—¿Una copita de algo?

—Ahora, no.

Ducrau permanecía en el patio mirando los edificios, y con el bastón señaló una ventana.

—La vieja no está aún arreglada. En cuanto al matrimonio joven, ya lo oye usted discutir.

En efecto, se oían en una habitación del primer piso, cuyas ventanas estaban abiertas, voces que se contestaban con acritud.

—El huerto está en la parte de atrás, así como las antiguas cuadras. La casa de la izquierda pertenece a un importante editor y la de la derecha está habitada por ingleses.

Entre el Sena y el bosque de Fontainebleau se alzaban por todas partes casas de campo y villas. Maigret oyó el ruido seco de las pelotas de un campo de tenis próximo. Los jardines se tocaban. Una anciana vestida de blanco se hallaba tumbada en una hamaca cerca de un macizo de flores.

—¿De verdad no quiere beber nada?

Ducrau parecía desilusionado, como si se preguntase qué iba a hacer con su invitado. No se había afeitado. Sus párpados estaban hinchados.

—¡Éste es el sitio donde pasamos todos los domingos!

Y el tono era el mismo que si hubiera suspirado:

—¡Imagínese si la vida puede ser más lamentable!

Alrededor de los dos hombres todo era tranquilidad, con contrastes de sombra y de luz, tapias blancas, rosales llenos de flores y gravas en el suelo. El Sena se deslizaba suavemente, surcado de barquitos, y mucha gente pasaba montada a caballo por el camino de sirga.

Ducrau se dirigió hacia el huerto, mientras llenaba su pipa, y señaló un pavo real que picoteaba en un sembrado de lechugas.

—Una idea de mi hija —murmuró—, que está persuadida de que eso da sensación de riqueza. También quería cisnes, pero no hay agua.

Pensaba tan poco en lo que decía que, de pronto, articuló mirando a Maigret a los ojos:

—¿Y usted, no ha cambiado de idea?

No era una pregunta que hacía a tontas y a locas. Estaba preparada desde hacía tiempo, sin duda desde el día anterior, y no tenía otra cosa en la cabeza. Le daba una importancia tal que estaba ensombrecido.

Maigret fumaba y miraba el humo subir en el aire transparente.

—Dejo la Policía el miércoles.

—Ya lo sé.

Se comprendían muy bien, sin querer demostrarlo. Ducrau no había cerrado la verja por casualidad y tampoco era por casualidad que paseaban por el huerto desierto.

—¿Eso no le es suficiente? —preguntó el comisario tan bajo, con tal despego, que hubiérase podido preguntar si de verdad había hablado.

Ducrau se paró en seco y fijó por bastante tiempo la mirada sobre un melonar. Cuando levantó la cabeza, su expresión había cambiado. Ahora no llevaba puesta la máscara. Era un hombre embrutecido, vacilante, inquieto.

Pero había acabado. Los rasgos se habían endurecido. Tenía en los labios una aviesa sonrisa. No miró a su compañero, sino el decorado que le rodeaba, el cielo, las ventanas de la enorme casa blanca...

—Vendrá a verme, ¿verdad?

Y su mirada alcanzó, al fin, a Maigret en pleno rostro. Era la mirada de un hombre que se esfuerza en ser optimista y que, poco seguro de sí, intenta amenazar.

—Hablemos de otra cosa. ¿Vamos a beber una copa, al menos...? ¿Sabe usted lo que me asombra? Que su investigación no se haya fijado en Decharme, ni en mi amante, ni...

—Creía que quería usted hablar de otra cosa.

Pero Ducrau, sin hacer caso, prosiguió, tocando el hombro de Maigret:

—¡Un momento! Juguemos honradamente, y dígame, primero, quién sospecha usted que sea el culpable.

—¿Culpable de qué?

Sonreían los dos. De lejos, hubiérase podido creer que se divertían hablando de un tema anodino.

—De todo.

—¿Y si hubiera un culpable para cada hecho?

Ducrau frunció las cejas: la respuesta le desagradaba. Empujó una puerta, la de la cocina, donde su mujer, en peinador, daba instrucciones a una fregona. Enrojeció al verse sorprendida sin peinar, balbuceó excusas, con la mano sobre el moño, mientras que su marido gruñía:

—¡Vaya! ¡El comisario no se asusta! Mélie, hay que ir a la bodega a buscar una botella de..., ¿de qué?... ¿champaña? ¿No? Entonces, encontraremos aperitivos en el salón.

Cerró la puerta brutalmente y, en el salón, revolvió las botellas que se apiñaban en el alféizar de una ventana.

—¿Pernod? ¿Genciana? ¿Ha visto usted? ¡Y su hija es aún peor! Si no estuviera de luto, se presentaría inmediatamente con un vestido de seda rojo o verde, una sonrisa furtiva y modales azucarados.

Llenó dos vasos y empujó un sillón hacia el comisario.

—Estoy seguro de que los vecinos se ríen de nosotros, sobre todo cuando, como ocurrirá dentro de un momento, salgamos a la terraza a comer.

Su lenta mirada iba de un objeto a otro. El salón estaba recargado y había un enorme piano de cola en un rincón.

—¡A su salud! Cuando quise comprar mi primer remolcador, me daban facilidades de pago, como es lógico. Eran doce letras que el Banco aceptaba a condición de que llevase un aval. Se lo pedí a mi suegro. Pues bien: se negó a dármelo con el pretexto de que no tenía derecho a meter a su familia en líos. Ahora soy yo quien mantiene a su viuda.

Se notaba que ese rencor estaba tan profundamente anclado en él que causaba daño con sólo hablar de ello. Buscó otro tema de conversación y atrajo hacia sí una caja de cigarros puros.

—¿Quiere uno? ¡Si prefiere su pipa, no se prive de ella!

Al mismo tiempo sobaba el tapete bordado que se encontraba encima de la mesa.

—¡En esto pasan ellas el tiempo! En cuanto al imbécil del militar, hace todos los problemas de ajedrez que se encuentran en la última página de los periódicos.

Pensaba en otra cosa, y Maigret, que empezaba a conocerle, sonreía cuando los ojos de Ducrau expresaban algo distinto de las palabras que pronunciaba.

¿Son ojos? Espiaban sin cesar al comisario. Trataban aún de juzgarle. Se preguntaban a cada instante si el primer juicio era justo y se preguntaban, sobre todo, cuál podía ser su punto débil.

—¿Y su amante...? ¿Dónde está ahora? ¿Qué ha hecho usted de ella?

—Le he dicho que abandonara la casa y hasta este momento no sé adónde ha ido. Por el contrario, ha tenido el mal gusto de seguir el entierro, de luto riguroso, con su rostro empolvado de puta arrepentida.

Se corroía. Todo le erizaba. Hubiérase podido decir que llegaba hasta odiar los propios objetos, como ese tapete que no dejaba de sobar.

—En Maxim era encantadora y alegre. Representaba algo. ¿El qué? Algo muy diferente de lo que representa mi mujer y otras semejantes. Le puse un piso, y mire usted por dónde empezó a engordar, a hacerse ella misma la ropa interior y a guisar como una portera.

Hacía tiempo que Maigret se había dado cuenta de esta tragicomedia que envenenaba la vida de Ducrau. Él había partido de cero. Ahora ganaba el dinero a manos llenas. Trataba de negocios con los grandes capitalistas, cuya existencia entreveía. Ahora bien: los suyos permanecían a la cola. Su mujer, en Samoï, tenía los mismos ademanes, las mismas costumbres que cuando lavaba la ropa en la popa del remolcador, y su hija no era más que una caricatura de pequeña burguesa.

Ducrau sufría con eso como si fuera una injuria personal y notaba claramente que sus vecinos no le tomaban en serio a pesar de la enorme casa blanca, del chofer y del jardinero.

Los contemplaba con envidia en el césped o en la terraza. Rabiaba, y, como protesta, escupía en el suelo, se limpiaba las manos en los manteles y soltaba palabras malsonantes.

Cuando oyó pasos en la escalera, suspiró, y haciendo un guiño, exclamó:

—¡Los otros!

Eran su hija y su yerno, de luto, bien vestidos, bien peinados, que se inclinaron con la discreción dolorosa de las personas a las que un gran dolor acaba de golpear.

—Encantado, señor. Nuestro padre nos ha hablado frecuentemente de usted y...

—¡Está bien! ¡Es preferible que beban cualquier cosa!

Su cólera aumentaba en presencia de ellos. En pie ante la ventana, miraba la verja, que se recortaba sobre el Sena.

—¿Nos permite, señor comisario?

El yerno era rubio, correcto y resignado.

—¿Un dedo de oporto? —preguntó a su mujer.

—¿Qué ha averiguado usted, señor comisario?

Y Ducrau, en la ventana, tamborileaba de impaciencia. ¿Pensaba, tal vez, en alguna grosería que decir? En todo caso, se volvió de pronto y gruñó:

—El comisario me pedía informes de usted. Y como sabe que usted tiene deudas, me hacía observar que mi muerte hubiera resuelto todo. En cuanto a lo de Jean, su suicidio dobla sus esperanzas de usted.

—¡Papá...! —gritó su hija, llevándose a los ojos un pañuelo bordado en negro.

—¡Papá...! —la imitó el armador—. ¿Y qué? ¿Soy yo quien tiene deudas? ¿Soy yo quien se quiere ir a vivir al Midi?

El matrimonio estaba acostumbrado y Decharme era bastante hábil: esbozó una sonrisa triste, apenas visible, como si considerase estos discursos como una broma o como efecto de un malhumor pasajero. Tenía unas manos preciosas, blancas y largas, que se acariciaba, jugando con la alianza de platino.

—¿Le he dicho que esperan un hijo?

Berthe Decharme se tapó la cara. Era penoso. Ducrau lo sabía, pero lo hacía adrede. El chofer atravesó el patio y se dirigió a la escalinata. El armador abrió la ventana para preguntarle:

—¿Qué pasa?

—Como el señor me dijo...

—¿Qué?

El chofer, desconcertado, señaló a un individuo que se había sentado en la hierba, al otro lado de la verja, y que sacó un trozo de pan del bolsillo.

—¡Imbécil!

La ventana volvió a cerrarse. Se veía a la criada, que se había puesto un delantal blanco, preparar la mesa en la terraza a la sombra de una enorme sombrilla roja.

—¿Sabes, por casualidad, lo que vamos a comer?

La hija aprovechó la ocasión para salir de la estancia, mientras que su marido fingía revisar las partituras de piano.

—¿Toca usted? —le preguntó Maigret.

Fue Ducrau quien contestó:

—¿Él? ¡En absoluto! ¡Aquí no hay nadie que toque! ¡El piano es afectación también, como todo lo demás!

Y aunque en el salón hacía más bien fresco, él tenía la frente perlada de sudor.

* * *

Los vecinos de la izquierda continuaban jugando al tenis y un mayordomo de librea les llevó unos refrescos en el momento en que los Ducrau se sentaban a comer en la terraza. La sombrilla no tamizaba bastante el sol y el vestido de seda negra de Berthe Ducrau tenía semicírculos mojados en las axilas. En cuanto a su padre, estaba tenso de tal forma que fatigaba verle. Todo lo que él decía, todo lo que él hacía, era enojoso.

Cuando sirvieron el pescado, pidió ver la fuente, resopló, lo tocó con la punta del índice y gruñó:

—¡Llévatelo!

—Pero, Émile...

—¡Llévatelo! —repitió.

Cuando su mujer regresó de la cocina, tenía los ojos enrojecidos. Ducrau dijo, sin gracia, vuelto hacia Maigret:

—Es el miércoles cuando toma usted el retiro. ¿El miércoles por la mañana o por la noche?

—El miércoles a medianoche.

Entonces, atacando a su yerno, preguntó:

—¿Sabes cuánto le he ofrecido por trabajar conmigo? ¡Ciento cincuenta mil francos! ¡Si quiere doscientos mil, los tendrá!

Continuaba espionando las idas y venidas por delante de la verja. Tenía miedo. Y Maigret, que era el único que lo sabía, se hallaba más a disgusto que los otros, porque el espectáculo del armador debatiéndose contra el pánico era trágico, con un tanto de ridículo y de odioso.

Durante el café, Ducrau encontró otra cosa.

—Mire —dijo, señalando el círculo que formaban alrededor de la mesa —, esto es lo que se llama una familia. Primero, un hombre que tiene todo el

peso sobre sus hombros, que siempre lo ha tenido, que lo tendrá hasta que se muera. Después, los otros, que se cuelgan de él, inertes...

—¿Otra vez empezamos? —preguntó su hija, levantándose de su asiento.

—Tienes razón. Vete a dar una vueltecita. Tal vez sea éste tu último domingo bueno.

Ella se estremeció. Su marido, que se limpiaba los labios con la servilleta, alzó la cabeza. En cuanto a madame Ducrau, tal vez no había comprendido.

—¿Qué quieres decir?

—¡Nada! ¡No quiero decir nada! ¡Continúa preparando tu viaje al Midi!

Entonces, el yerno, que no debía de poseer el sentido de la oportunidad, dijo amablemente:

—Berthe y yo hemos reflexionado. El Midi está un poco lejos. Si encontrásemos algo a orillas del Loire...

—¡Eso es! ¡Tú no tienes más que pedir al comisario que te busque una casa al lado de la suya, y él lo hará, nada más que por el placer de tenerte por vecino!

—¿Vive usted en el Loire? —se apresuró a preguntarle Decharme.

—Vivirá... quizá.

Maigret volvió lentamente la cabeza hacia él, y esta vez no sonrió. Acababa de recibir un golpe en pleno pecho, una emoción que le hacía temblar los labios. Desde hacía días chapoteaba en una incertidumbre desconcertante y de pronto todo cambiaba por la magia de una palabrita.

—¡Quizá!

Ducrau sostuvo su mirada con la misma gravedad, con la misma conciencia del valor de este minuto.

—¿En qué parte se halla su casa?

Pero la voz del yerno no era más que un bordoneo al que no prestaban atención ni el uno ni el otro. Más ruidosa aún era la respiración de Ducrau, cuyas narices se dilataban mientras que la excitación de la lucha iluminaba su rostro reluciente.

Ya habían dado bastantes vueltas uno alrededor del otro. Se habían medido lo suficiente sin atreverse a asestarse el golpe. Ahora, Maigret respiraba mejor, también. Llenaba su pipa, y sus dedos se hundían voluptuosamente en la petaca.

—A mí me gustaría más la región de Cosnes o de Gien...

Las pelotas rebotaban en la pista de tenis roja, donde revoloteaban las faldas blancas de las muchachas. Una motora hendía la corriente del Sena con un ronroneo de gatito satisfecho.

Madame Ducrau agitó una campanilla para llamar a la criada, pero todo esto no contaba, no existía, para los dos hombres, que, al fin, acababan de encontrarse.

—Puedes irte con tu mujer, que debe de estar a punto de llorar en su habitación.

—¿Cree usted? A mí me parece que es su estado el que la vuelve nerviosa.

—¡Vete, cretino! —bufó Ducrau, mientras que el otro se alejaba excusándose—. ¿Y tú, qué es lo que quieres con la campanilla?

—Rosalie ha olvidado los licores.

—No te preocupes por eso. Cuando tengamos ganas de licores los buscaremos nosotros mismos. ¿No es verdad, Maigret?

No había dicho comisario. Había dicho Maigret. En pie, se limpiaba los labios con la servilleta y abombaba el torso echando una mirada a su alrededor. Aspiraba el aire a pleno pulmón y ronroneaba de gusto también él.

—¿Qué dice usted de eso?

—¿De qué?

—¡De todo! ¡De todo eso...! ¡Hace un día estupendo! Mire, hasta el esclusero come fuera con su familia. Cuando yo era carretero de pinaza, al principio de todo, nos partíamos el pecho por esos caminos, con Gassin; luego, como los caballos tenían que descansar, nos restregábamos la nariz contra la hierba y las cigarras saltaban por encima de nuestras cabezas...

Hubiérase dicho que cada una de sus pupilas era doble. Primero estaba la mirada un poco desvaída que acariciaba alegremente el paisaje; después, otra mirada, en el centro, puntiaguda, precisa, feroz, que era independiente de la primera.

—¿Da usted un paseo para facilitar la digestión?

Se dirigió hacia la verja, que abrió. Pero, antes de alcanzar el camino de sirga, se metió la mano en el bolsillo de atrás del pantalón y sacó ostensiblemente su *browning*, cuyo cargador comprobó.

Aquello era teatral, infantil; pero, al mismo tiempo, impresionante. Maigret no habló y hasta fingió no haber visto nada. Algunas voces se oyeron procedentes de la habitación de arriba, una de las cuales estaba enfurecida.

—¿Qué le decía? Discuten.

Con el revólver en el bolsillo, anduvo al lado de Maigret pausadamente, el torso abombado, como paseante dominguero. Delante de la esclusa se detuvo unos instantes para observar el agua que se filtraba por miles de fisuras de la compuerta y a la familia sentada a la mesa ante la puerta.

—¿A qué día estamos?

—A 13 de abril.

Miró a Maigret con sospecha.

—¿A 13...? ¡Ah!

Y reemprendieron la marcha.

CAPÍTULO IX

Era la hora en que las cosas tienen colores más profundos, pero sin vibraciones, por estar encerradas en sí mismas a la espera del crepúsculo. Podíase mirar cara a cara el sol rojo suspendido por encima de las verdeantes colinas. Los reflejos en el agua eran más anchos, suntuosos, con algo de frialdad, sin embargo, como presintiendo la oscuridad que avanzaba ya.

Los paseantes, en la parte alta de la esclusa, observaban a un joven que intentaba poner en marcha una canoa automóvil. Se oía dar vueltas al motor, aspirar el aire y toser; luego, otra vez el esfuerzo impaciente de la manivela.

Fue Ducrau quien se paró de pronto, las manos a la espalda, mirando a la hilera de casas que, en este lugar, bordea el río. Maigret no había observado nada anormal.

—Mire, comisario.

Las casas eran restaurantes y hoteles bastante lujosos y se veía una larga fila de coches a lo largo de la acera. Sin embargo, entre dos restaurantes había una estrecha taberna en la que se debía de servir de comer a los chóferes y en donde, con motivo de ser domingo, habíanse sacado cuatro mesas a guisa de terraza.

Maigret buscaba lo que había que ver. Se veían ya algunos sombreros de paja y muchos trajes ligeros. La sombra de los paseantes se alargaba, gigantesca. La mirada del comisario terminó por captar una figura familiar: la del inspector Lucas sentado en la pequeña terraza ante una caña de cerveza. Lucas había visto a Maigret también y le sonreía a través de la calzada. Parecía completamente feliz de estar allí, bajo el toldo a rayas rojas y amarillas que le daba sombra junto a un laurel sembrado en una cuba.

A su derecha, al fondo de la terraza, el comisario había reparado ya en el viejo Gassin, el cual, aplicado, con los codos apoyados en el velador

demasiado pequeño, escribía una carta.

La gente regresaba de una fiesta cualquiera, porque marchaba como un cortejo, levantando polvo. Nadie se fijó en que dos hombres estaban parados en medio del gentío ni que uno de ellos preguntaba, mientras hundía la mano en su bolsillo:

—¿Puede llamarse a esto legítima defensa?

Ducrau no bromeaba. No podía apartar la mirada del viejo, el cual, de cuando en cuando, alzaba la cabeza para reflexionar sobre lo que iba a escribir, pero que no parecía ver nada de lo que le rodeaba.

Maigret no respondió. Se contentó con hacer una seña a Lucas y, luego, avanzar algunos pasos hacia la esclusa, mientras que Ducrau le seguía a disgusto.

—¿Ha oído usted mi pregunta?

La canoa partió al fin, deslizándose sobre el agua y dibujando arabescos de remolinos.

—Aquí estoy, jefe.

Era Lucas, que miraba al Sena como los demás.

—¿Está armado el viejo?

—No. Yo ya había registrado su habitación, en la que no tenía arma alguna. Por otra parte, no se ha parado en ningún sitio en su camino hacia aquí.

—¿Se ha dado cuenta de tu vigilancia?

—No creo. Se halla demasiado preocupado con sus propios pensamientos.

—Arréglatelas para conseguir la carta. ¡Hala!

—Continúa usted sin responderme —dijo obstinado Ducrau cuando reemprendieron la marcha.

—Y usted ya lo ha oído: no está armado.

Continuaron andando, acercándose a la casa blanca.

—Resumiendo: cada cual tenemos nuestro ángel de la guarda —se burló el armador—. Será mejor que cene usted con nosotros. Y si quiere aceptar una habitación para pasar la noche...

Empujó la verja. Vieron a su mujer, a su hija y a su yerno tomando el té en la terraza. El chofer arreglaba una cámara de aire que formaba una corona

de un rojo agresivo sobre la grava del patio.

* * *

Cada cual se hallaba sentado en un sillón de mimbre, ante una mesa que soportaba una botella y vasos. Pero no se habían unido a la familia en la terraza. Se habían quedado en el patio, cerca de la puerta del salón, el cual, a sus espaldas, iba siendo invadido poco a poco por la oscuridad. Los faroles de Samois se encendían demasiado pronto, constituyendo en la claridad del día simples manchas blancas, mientras que los excursionistas se hacían cada vez más raros, absorbidos por la estación.

—¿Cree usted —preguntaba Maigret con su voz más tranquila— que un hombre que ya ha matado a otro duda mucho, para asegurar su tranquilidad, en suprimir a un segundo y hasta, si le apuran, a un tercero?

Ducrau fumaba una enorme pipa de espuma, con largo cañón de cerezo. Miró a su compañero y pasó bastante tiempo antes de que murmurara:

—¿Qué ha querido usted decir?

—Nada de particular. Pienso que nos hallamos aquí bien acomodados para pasar un buen final de domingo. El coñac es excelente. Las pipas tiran bien. Por su parte, el viejo Gassin estará tomando su aperitivo. Ahora bien: el miércoles por la noche todo lo que nos preocupa habrá dejado de preocuparnos. El problema habrá encontrado su solución.

Hablaba soñadoramente, mientras que Decharme, arriba, en la terraza, encendía una cerilla, cuya llama danzó un instante contra el pálido cielo.

—Mientras tanto, ¿sabe usted?, me pregunto quién no estará aquí ya.

Ducrau se estremeció. No pudo ocultarlo y prefirió confesar.

—¡Tiene usted una forma de decir las cosas!

—¿Dónde estuvo usted el domingo pasado?

—Aquí. Venimos todos los domingos.

—¿Y su hijo?

Los rasgos se endurecieron. Ducrau contestó:

—Estuvo aquí también. Se pasó dos horas arreglando la antena de la radio, pues no sonaba.

—Pues bien: él está muerto y enterrado. Bébert también. Por eso pienso en esta butaca y en quién la ocupará el domingo que viene.

Se veía mal. El olor de dos pipas se esparcía por el patio. Ducrau tuvo un sobresalto cuando alguien se bajó de una bicicleta delante de la verja. De lejos, preguntó:

—¿Qué es?

—Una carta para monsieur Maigret.

Era un muchacho del pueblo que, a través de la verja, alargaba un sobre al comisario.

—Me han entregado esto para usted junto al estanco.

—Ya sé. Gracias.

Ducrau no se había movido. Las mujeres abandonaron la terraza porque sentían frío, y se veía claramente que Decharme, en pie junto a la balaustrada, vacilaba en reunirse con los dos hombres, aunque ardía en deseos de hacerlo.

Maigret rompió un primer sobre dirigido a su nombre y encontró la carta escrita un poco antes por Gassin. Estaba dirigida a *Madame Emma Châteneau, café des Maraîchers, Lazicourt (Haute-Marne)*.

—Puede encenderse el salón —gruñó Ducrau, que no se atrevía a preguntar.

—Aún veo bien aquí.

El papel era papel de taberna, la tinta violeta, la letra muy pequeña al principio, dos veces más grande al final.

Querida Emma:

Te escribo para que sepas que me encuentro bien, esperando que la presente te halle en perfecto estado de salud. No obstante, quisiera prevenirte de que, si sucediera algo, me gustaría ser enterrado en nuestro cementerio, junto a nuestra madre, y no en Charenton, como lo había indicado antes. También he de advertirte que no hace falta continuar pagando la sepultura. En cuanto al dinero que hay en la Caja de Ahorros, encontrarás una libreta y toda la documentación en el cajón del aparador. Todo es para ti. Al fin podrás subir un piso a tu casa. Por lo demás, todo marcha bien, pues sé lo que tengo que hacer.

Tu hermano que te quiere.

Maigret, en pie, apartó la mirada de la cuartilla para posarla, de abajo arriba, sobre Ducrau, que fingía pensar en otra cosa y que continuaba fumando su pipa.

—¿Malas noticias?

—Es la carta que Gassin acaba de escribir.

Ducrau se dominó, cruzó y descruzó las piernas, observó de lejos a su yerno y murmuró, al fin, con un esfuerzo por no traicionar su impaciencia:

—¿Puedo leerla?

—No.

Y Maigret dobló la carta y la deslizó en su cartera; a pesar suyo, lanzaba rápidas miradas a la verja, tras la cual no había más que un gran pozo de oscuridad.

—¿A quién va dirigida?

—A su hermana.

—¿A Emma? ¿Qué ha sido de ella? Durante una temporada vivió en el barco de su hermano y hasta creo que estuve enamorado de ella. Luego se casó con un maestro del Haute-Marne, que debió de morir poco después.

—Tiene una posada en su pueblo.

—Hace verdadero fresco, ¿no lo nota usted? ¿No le molesta entrar?

Ducrau dio vuelta al conmutador del salón, cerró la puerta y pensó en correr las cortinas, pero se arrepintió.

—¿No puedo saber lo que Gassin escribe a su hermana?

—No.

—¿Tengo algo que temer?

—Usted lo sabe mejor que yo.

Ducrau sonreía dando vueltas al salón sin saber dónde ponerse, y Maigret, familiar, salió al jardín en busca de la botella de coñac y los vasos.

—Suponga dos hombres —dijo, sirviéndose de beber—. Uno, que ya ha matado y que, por consiguiente, corre el riesgo de que lo encierren para el resto de su vida, si no le cae algo peor, y otro, que jamás ha hecho daño a nadie. Se buscan como dos gallos de pelea. ¿Cuál es, según usted, el más peligroso?

Por toda contestación, el armador acentuó su sonrisa.

—Queda por saber ahora quién colgó a Bébert. ¿Qué me dice usted de eso, Ducrau?

Maigret continuaba mostrándose cordial, pero existía una pesadez nueva en cada palabra, en cada sílaba que dejaba caer, como si cada una estuviese henchida de sentido.

Ducrau había terminado por derrumbarse en un sillón, las piernas estiradas y la pipa sobre el pecho. Esta postura le hacía triple barbilla, mientras que los párpados medio cerrados ponían un velo a su mirada.

—¿Sabe usted a qué sencillísima pregunta llegamos así? ¿Quién fue el que un día abusó de la simplicidad de Aline y le hizo un niño?

Esta vez su compañero se levantó de un salto, con las mejillas enrojecidas.

—¿Cómo?

—¿Cómo? Desde luego, no fue usted. Tampoco Gassin, que siempre creyó que era su padre. De ninguna manera su hijo Jean, que sentía hacia ella una amistad platónica y que, además...

—¿Qué...? ¿Qué iba usted a decir?

—Nada malo. He tenido algunos informes de él. Dígame. Ducrau: después de tener su primera hija con su esposa, ¿estuvo usted enfermo?

Sólo se oyó un gruñido y Maigret vio una espalda ante sus ojos.

—Tal vez sea ésta la explicación. Aline siempre ha sido simple de espíritu. En cuanto a su hijo Jean, era un muchacho enfermizo, nervioso, de una sensibilidad tal que tenía crisis de histeria. Según sus camaradas, para quienes era objeto de burla, no era hombre del todo. De ahí esa amistad emotiva, pero extremadamente pura, entre Aline y él.

—¿Adónde quiere usted llegar?

—A esto: si Bébert fue asesinado, es que era él el amante. *La Toison d'Or* está amarrada frecuentemente en Charenton durante semanas enteras. Gassin pasa las noches en las tabernas. El ayudante del esclusero es un solitario, y, rondando alrededor de las pinazas, vio a Aline una noche y...

—¡Cállese!

Ducrau, el cuello violáceo, lanzó su pipa a un rincón del salón.

—¿Es cierto?

—Yo no sé nada.

—Tal vez ni tuviera que emplear la fuerza, porque ella no tiene conciencia de sus actos. ¡Y nadie lo sabría! Hasta que un día Aline dio a luz... Aline, que tiene tres hombres a su alrededor... ¿De quién cree usted, Ducrau, que sospecha Gassin?

—¡De mí! —gritó el otro.

Y al mismo tiempo se estremeció, marchó pesadamente hacia la puerta y la abrió con ademán violento. Su hija estaba tras ella. Ducrau levantó la mano. Berthe lanzó un grito. Pero el armador, en lugar de pegar, se contentó con golpear la madera con furia.

—¿Y qué más?

Se volvió hacia Maigret como un toro en la plaza.

—He observado que Aline tenía miedo de usted y hasta más que miedo. Gassin ha debido de tener la misma idea. Es natural; como usted rondaba alrededor de ella...

—Tiene que ser eso. ¿Y qué más?

—¿Por qué, pues, otra persona no hubiera creído lo mismo, tanto más cuanto que es notorio su deseo de acostarse con todas las mujeres?

—Siga. ¿Quién?

—Su hijo...

—¿Y qué más?

Se oían pasos, voces, en la habitación de encima. Era Berthe, que lloraba al contar el incidente a su madre o a su marido. Un poco más tarde la criada entró, intimidada.

—¿Qué hay?

—La señora le ruega que suba...

No encontró palabra para responder. Era demasiado bufo. Se contentó con llenarse la copa de coñac y bebérsela de un trago.

—¿Por dónde iba usted?

—Para tres personas, por lo menos, pasaba usted por un individuo indeseable. Aline se encierra en su cabina cuando lo ve llegar y llora al hablarle de usted. Su padre le espía y sólo espera encontrar una prueba para vengarse. En cuanto a su hijo, se tortura como sólo saben hacerlo los grandes histéricos. ¿No le habló en cierto momento de ingresar en una orden religiosa?

—Sí. Hace seis meses. ¿Quién se lo ha dicho?

—Poco importa. Usted lo anonadada. Usted lo angustiaba. En su vida no tuvo más alegría que los tres meses pasados durante su convalecencia a bordo de *La Toison d'Or*.

—¡Termine!

Se esponjó y se echó más de beber.

—Ya he terminado. Al menos, me he explicado su suicidio.

—Quisiera saber cómo.

—Cuando se enteró de que usted había sido herido y arrojado al agua, junto a la pinaza, en plena noche, no tuvo la menor duda; fue Aline quien, sorprendida, atacada tal vez...

—¿No hubiera podido preguntarme?

—¿Le ha hablado a usted alguna vez? ¿Le ha hablado su hija? Puesto que le negaba la entrada en un convento y se consideraba a sí mismo un desecho, quiso, al menos, hacer un gesto varonil. Éstas son cosas que los adolescentes sueñan en las buhardillas. Afortunadamente, no las llevan a la práctica siempre. Su hijo, sí. ¡Salvaba a Aline! ¡Se declaraba culpable! Tal vez usted no lo comprenda, pero todos los jóvenes de su edad lo comprenderán...

—¿Y usted? ¿Cómo lo ha comprendido?

—No he sido yo sólo. Piense que Gassin, mientras iba de taberna en taberna, borracho perdido, sin hablar, se aferraba al mismo problema. Ayer noche no regresó a bordo. Dejó sola a Aline. Alquiló una habitación enfrente.

Ducrau, con rapidez, fue a levantar la cortina, pero no se veía nada a causa de la luz del salón.

—¿No ha oído usted?

—No.

—¿Qué piensa usted hacer?

—No lo sé —dijo sencillamente Maigret—. Cuando dos hombres van a pelearse, se hace todo lo posible por separarlos. Pero la ley no me permite intervenir cuando dos hombres están preparados para matarse. Me permite detener a un asesino...

Ducrau alargó el cuello.

—¡Mas, para eso, hacen falta pruebas!

—¿En caso de qué...?

—¡Nada! El miércoles por la noche ya no perteneceré a la Policía. Usted me lo recordaba hace un instante. ¿Por casualidad tiene usted tabaco gris?

Cogió un poco del bote de barro que le señaló Ducrau y, después de haber llenado la pipa, se llenó la petaca. Llamaron a la puerta. Era Decharme, que entró sin esperar permiso.

—Le ruego que me perdone. Mi mujer me encarga que la disculpe ante usted por no bajar a cenar. Se encuentra un poco indispuesta. Es su «estado»...

No hizo intención de marcharse. Buscó el sitio donde iba a instalarse y mostró su asombro ante las copas de coñac.

—¿No prefieren aperitivos?

Por milagro, Ducrau no lo trató de mala manera ni pareció darse cuenta de su presencia. Recogió la pipa, que se había caído sobre la alfombra y no se había roto. Sólo tenía un pequeño rasguño en la espuma, y pasó por él su dedo mojado en saliva.

—¿Está arriba mi mujer?

—Acaba de bajar a la cocina.

—¿Me permite un momento, comisario?

Ducrau parecía esperar que el comisario no le permitiera salir; pero no fue así.

—¡Un hombre raro! —exclamó, suspirando, Maigret una vez cerrada la puerta.

Y Decharme, que no se encontraba a gusto en su sillón, donde había replegado su corpulento cuerpo, pero que no se atrevía a levantarse, tosió y murmuró:

—A veces es extraño, sin duda se habrá dado usted cuenta. En realidad, tiene sus momentos buenos y malos.

Maigret, como si se encontrase en su casa, corrió las cortinas, dejando una ligera abertura entre ellas, por la cual miraba de cuando en cuando al patio.

—Se necesita mucha paciencia...

—¡Usted la tiene!

—Por ejemplo, mi situación, ahora, es bastante delicada. Soy militar, como ya sabe. Es evidente que el Ejército no puede mezclarse en ciertas cosas, en ciertos dramas que...

—¿Dramas? —repitió Maigret, sin piedad.

—No sé. Lo que yo le pido es un consejo. Usted tiene una situación oficial también. Ahora bien: su presencia y ciertos rumores...

—¿Qué rumores?

—No lo sé. Pero supongamos... Es terriblemente difícil de decir. Sólo es una suposición, ¿comprende? Supongamos que un hombre, que tiene cierta posición, se encuentra en una situación..., una situación...

—¿Una copa de coñac?

—¿Alcohol? ¡Jamás! Gracias.

Por lo menos, se reconfortó. Estaba decidido a todo y no improvisaba. ¡Su discurso estaba preparado!

—Cuando un militar ha cometido una falta, es de tradición que sus propios camaradas le muestren el deber a seguir y le dejen solo con su revólver. Eso evita el escándalo de los debates públicos y...

—¿De quién habla usted?

—De nadie. Sin embargo, no puedo evitar el sentirme inquieto. Y venía a pedirle, en definitiva, que me asegurara, o que me dijera si debemos esperar a...

Desde luego, se notaba que no quería precisar más. Se levantó, aliviado. Sonreía, esperando la contestación.

—¿Me pregunta usted si su suegro es un asesino y si voy a detenerle?

No había experimentado ninguna inquietud por la ausencia de Ducrau, que volvió con el rostro más animado y los cabellos húmedos en las sienes, como si acabara de lavarse la cara.

—Vamos a preguntárselo.

Maigret fumaba a grandes chupadas, sostenía la copa de coñac en la mano y evitaba mirar a Decharme, que había empalidecido, no atreviéndose a abrir la boca.

—Mire, Ducrau: su yerno me preguntaba si creo que es usted un asesino y si tengo la intención de detenerle.

Debieron de oírle arriba, porque los pasos cesaron de pronto encima de sus cabezas. A Ducrau, a pesar de su sangre fría, se le cortó la respiración.

—¿Es él quien pregunta... si yo...?

—No olvide que es militar. Me recordaba hace un instante la costumbre en casos parecidos. Cuando un militar ha cometido una falta, como dice con mucha elegancia, son sus mejores amigos quienes le dejan solo con su revólver.

La mirada de Ducrau seguía obstinadamente a Decharme, que andaba como sin objeto hacia el fondo de la sala.

—¡Ah! Ha dicho...

Durante algunos segundos pudo creerse que las cosas iban mal rodadas. Pero los rasgos de Ducrau se distendieron poco a poco, quizá obligados por un esfuerzo heroico. Sonrió. La sonrisa se amplió. Rió. ¡Rió a carcajadas!

—Es despampanante —exclamó al fin, con lágrimas en los ojos a fuerza de reír—. ¡Ah, mi querido Decharme! ¡Qué muchacho tan encantador eres! Vamos, hijitos, que van a sentarse a la mesa... Los oficiales que... cuando otro ha cometido una falta... ¡Querido Decharme! ¡Y decir que vamos a comer uno al lado del otro...!

A Maigret no le llegaba la camisa al cuerpo, pero nadie lo hubiera dicho al verle vaciar con cuidado la pipa en el cenicero y deslizarla en su estuche antes de metérsela en el bolsillo.

CAPÍTULO X

La criada trajo la sopera en el momento en que Ducrau, dando un suspiro de alivio, deslizaba entre el cuello postizo y la carne una punta de la servilleta. No había fuego, y madame Ducrau, friolera, se había echado sobre los hombros una toquilla de punto negra que tenía aspecto de apagavelas.

El sitio de Berthe, justo enfrente del armador, estaba vacío.

—Vaya a decirle a mi hija que baje —ordenó a la criada.

Se sirvió la sopa y puso al lado de su plato un enorme trozo de pan. Como su mujer sorbía, frunció por dos o tres veces las cejas y, al fin, perdió la paciencia.

—¿Estás acatarrada?

—Creo que sí —balbució, volviendo la cabeza para no dejar ver que estaba a punto de echarse a llorar de nuevo.

En cuanto a Decharme, estaba atento a los ruidos de arriba, mientras manejaba su cuchara con elegancia.

—¿Qué ha dicho, Mélie?

—Madame Berthe dice que no puede bajar.

Ducrau sorbió ruidosamente la sopa. Y dijo a su yerno:

—Ve a repetirle que quiero que baje, esté o no esté enferma. ¿Comprendido?

Decharme abandonó el comedor y Ducrau pareció buscar a su alrededor alguien a quien atacar.

—Mélie, descorra las cortinas.

Estaba frente a las dos ventanas que dominaban el patio, la verja y el Sena. Apoyando todo el torso sobre la mesa, comía el pan sin dejar de mirar al exterior, a la espesura de la noche. En el piso de encima se oyeron pasos

precipitados, cuchicheos, sollozos. Cuando reapareció Decharme fue para anunciar:

—Ya baja.

Y, en efecto, su mujer entró algunos instantes más tarde. No se había preocupado de ocultar bajo un maquillaje las brillantes rojeces de su rostro.

—¡Mélie! —llamó Ducrau.

No se ocupaba de Maigret ni de los demás. Hubiérase dicho que llevaba una vida aparte, sin preocuparse del resto, un plan bien establecido.

—Traiga lo siguiente.

Como se inclinara sobre la mesa para coger la sopera, él le dio una palmada en el trasero. Si la criada de Charenton era joven, ésta no tenía edad, ni gallardía, ni encanto.

—A propósito, Mélie, ¿cuándo nos acostamos juntos la última vez?

Ella se sobresaltó, trató en vano de sonreír, miró a su amo y luego a su ama con angustia. Ducrau se encogió de hombros y sonrió con piedad.

—¡Otra más que cree que eso tiene alguna importancia! Puede marcharse. Fue esta mañana, al elegir los vinos en la cueva.

No pudo evitar, a pesar de todo, echar una mirada a Maigret para juzgar el efecto producido, pero el comisario parecía hallarse a cien leguas de esas historias. Madame Ducrau no había reaccionado. Se había encogido un poco más bajo su toquilla y miraba con fijeza el mantel, mientras que su hija se secaba las enrojecidas narices con el pañuelo.

—¿Ha visto usted? —preguntó el armador, señalando con la barbilla el patio de la verja.

Sólo había un farol de gas, que alumbraba un pequeño círculo justo en la puerta. Ahora bien: dentro de ese círculo se alzaba una figura inmóvil. Estaba apenas a diez metros. El hombre, apoyado en la verja, no debía de perderse nada de cuanto pasaba en el comedor inundado de luz.

—¡Es él! —afirmó Ducrau.

Maigret, que tenía una vista estupenda, adivinó una segunda forma un poco más atrás, en la orilla del Sena. La criada, envarada por el miedo, trajo la carne y el puré de patatas mientras que el comisario, que había arrancado una hoja de su libreta de bolsillo, trazaba en ella algunas palabras.

—¿Me permite que utilice a su criada? Gracias. Mélie, quisiera que atravesara el patio. Pasada la verja, verá usted primero a un viejecillo, del que no se ocupará. A algunos metros de él, percibirá usted a otra persona, un hombre de unos treinta y tantos años. Le entregará esta nota y esperará la respuesta.

La hija apenas se movía. Ducrau cortaba la pierna de cordero. Madame Ducrau, que estaba mal situada, hacía esfuerzos por ver el exterior.

—¿Con salsa, comisario?

Su mano era segura; sin inquietud su mirada, y, sin embargo, de su actitud se desprendía algo de patético que traspasaba el marco de esta escena y los personajes sentados a la mesa.

—¿Tienes dinero ahorrado? —preguntó, de pronto, a Decharme.

—¿Yo...? —no pudo responder más que esto, de lo aturdido que se quedó.

—Escucha... —empezó a decir la hija, que temblaba de impaciencia o de rabia.

—A ti te aconsejo que te calles. Y, sobre todo, permanece sentada, por favor. Si yo le pregunto a tu marido si tiene dinero ahorrado, es porque tengo mis razones. ¡Contesta!

—Desde luego, no lo tengo.

—¡Tanto peor! Esta pierna de cordero es malísima. ¿Has sido tú quien la ha asado, Jeanne?

—No. Fue Mélie.

Su mirada se volvió hacia la ventana, pero el armador no podía ver gran cosa en la oscuridad, apenas la mancha blanca del delantal de la criada que volvía y que, poco a poco, entregaba un papel a Maigret. En sus cabellos tenía gotitas de agua.

—¿Llueve?

—Muy fino, sí. Está empezando.

Lucas había contestado en el mismo papel del comisario, donde se leía lo escrito por este último: «¿Está armado?». Y, de través, una sola palabra: «No».

Hubiérase dicho que Ducrau leyó la nota a hurtadillas, porque preguntó:

—¿Armado?

Maigret dudó y asintió con la cabeza. Todos habían comprendido. Todos habían visto. Madame Ducrau se tragó sin masticar un trozo de carne. El propio Ducrau, que fanfarroneaba, aspiraba a pleno pulmón y masticaba con falso apetito, tuvo un ligero estremecimiento.

—Háblanos de tus ahorros...

Maigret se dio cuenta de que estaba lanzado. Había encontrado su clima. De ahora en adelante, nada lo contendría, y empezó por empujar su plato para acodarse con más fuerza.

—¡Lo siento por ti! Supón que, dentro de un instante, o mañana, o no importa cuándo, me muero. Tú te dices que eres rico, que yo no tengo derecho, aunque quisiera, a desheredar a mi esposa y a mi hija...

Su silla estaba echada hacia atrás como la de un invitado que, a la terminación de la comida, cuenta cuentos.

—Ahora bien: yo os afirmo, ¡yo!, que no cogeréis ni un céntimo...

Su hija lo observaba fríamente, con voluntad de comprender, mientras que su marido comía con esmero. Maigret, que daba espaldas a la ventana, pensaba que, desde el sitio de Gassin, bajo la lluvia, el comedor iluminado aparecería como un puerto de quietud familiar.

Ducrau proseguía, mientras que su mirada saltaba de un rostro a otro.

—No tendréis ni un céntimo porque con este objeto he firmado un contrato que sólo será valedero a mi muerte, por lo cual cedo todos mis negocios a la *Genérale*. ¡Cuarenta millones en números redondos! Sólo que estos cuarenta millones no son pagaderos más que dentro de veinte años.

Se rió, pero no tenía ninguna gana de reír. Luego, se volvió hacia su esposa.

—¡Tú estarás muerta por entonces, vieja!

—Por favor, Émile...

Aunque se mantenía erguida y digna, se notaba que estaba al cabo de sus fuerzas y que, de un momento a otro, podría oscilar y caerse de la silla.

Maigret intentó descubrir, en ese instante, un trazo de emoción, de vacilación, en Ducrau. Pero éste, por el contrario, se endureció más, quizá porque estaba decidido a no enternecerse.

—¿Me aconsejas aún que desaparezca *discretamente*? —preguntó a su yerno, cuya mandíbula temblaba.

—Le juro que...

—¡No jures nada! Sabes muy bien que eres un canalla, un feo canallita honrado, lo cual es peor que todo. Lo que me pregunto es quién es más canalla, si mi hija o tú. ¿Quieres que hagamos una apuesta? Hace varias semanas que nos hacéis la comedia del niño que va a nacer. Pues bien: si esto os divierte, voy a llamar a un médico ¡y os daré cien mil francos si Berthe está verdaderamente encinta!

Madame Ducrau abrió los ojos desorbitados que entrevieron de pronto la verdad; pero su hija continuó mirando fijamente a Ducrau con calma odiosa.

—¡Y eso es todo! —concluyó el armador, poniéndose en pie, con la pipa entre los dientes—. ¡Una, dos y tres! ¡Una vieja y buena esposa, una hija y un yerno! Una pequeñísima familia apenas. Y es todo lo que tengo o, al menos, lo que debería tener a mi lado...

Maigret, indiferente, echó un poco para atrás su silla y cargó la pipa.

—Ahora, voy a decir algo delante del comisario, porque poco importa. Es el único, porque los parientes no pueden servir de testigos. ¡Ni aun para esto sirven...! ¡Soy un asesino! He matado con estas dos manos...

Su hija se sobresaltó. Su yerno se puso en pie, balbuciendo:

—Le ruego que...

Su mujer no se movió. ¿Tal vez no se daba cuenta? No lloraba. Había apoyado la frente sobre sus dos manos juntas.

Ducrau andaba a pasos tardos. Iba de una pared a otra fumando su pipa.

—¿Quieren saber cómo y por qué estrangulé al tipo?

Nadie le preguntaba. Era él quien necesitaba hablar sin abandonar su actitud amenazadora, Y, bruscamente, volvió a sentarse, justo enfrente de Maigret, tendiéndole una mano por encima de la mesa.

—Yo soy más robusto que usted, ¿no es verdad? Cualquiera lo afirmaría al vernos a los dos. Durante veinte años no he encontrado a nadie que me venza al pulso. ¡Déme su mano!

La apretó con tal *fuerza*, que Maigret sintió invadirle toda la fiebre punzante de su compañero. ¿No desencadenaba ese contacto la emoción de Ducrau y su voz no se nacía más cálida?

—¿Conoce usted el truco? Hay que abatir el puño del adversario sobre la mesa. Y está prohibido alzar de ella el codo.

Las venas de su frente se señalaban, sus mejillas se volvían violáceas, y madame Ducrau le miraba como si sólo pensara que podía darle una congestión.

—¡No emplea usted toda su fuerza!

Era verdad. Cuando Maigret la puso en juego, se asombró al ver cómo se fundía la resistencia del adversario, cuyos músculos, al más ligero empuje, se habían relajado. La mano tocó la mesa y Ducrau quedó un momento así, con el brazo muerto.

—Todo ha pasado por culpa de esto...

Anduvo hasta la ventana, la cual abrió, penetrando la humedad del río en el comedor.

—¡Gassin...! ¡Eh, Gassin...!

Algo se movió junto al farol de gas; pero no se oyó paso alguno sobre la grava del patio.

—Me pregunto qué espera. En el fondo, es el único que me ha querido.

Al decir esto miró a Maigret como diciéndole: «¡Porque usted tampoco me ha querido...!».

Sólo había vino tinto sobre la mesa y se echó dos vasos que se bebió de dos tragos.

—Escuche bien esto: poco importa que dé detalles, porque mañana, si quiero, lo negaré todo. Una noche llegué a la pinaza de Gassin...

—Para reunirte con tu amante —intervino su hija.

Y él, encogiéndose de hombros, dejó caer, con acento indefinible:

—¡Pobre imbécil...! Decía, Maigret, que una noche llegué, descorazonado, porque esos dos depravados que ve usted ahí habían tratado, una vez más, de robarme. Estaba un poco extrañado de no ver entera la luz de la tronera. Me acerqué, ¿y qué encontré...? A un puerco cualquiera que, tumbado boca abajo en el puente, miraba cómo se desnudaba mi hija...

Al decir *mi hija*, los desafió a todos con la mirada, pero tanto unos como otros estaban sin resuello.

—Me agaché tranquilamente. Lo agarré por una muñeca, apreté y se la retorcí, obligándole a revolverse como una anguila, hasta el punto de que su cuerpo estaba ya, a medias, al otro lado del borde...

Se había colocado una vez más ante la ventana y hablaba a la noche húmeda, por lo que era preciso un esfuerzo para entenderle.

—Hasta ese momento, siempre me había cargado a los más robustos. ¡Pues bien: con ése fracasé...! ¡Flaqueé...! ¡El animal dejó de retorcerse! Sacó algo de su bolsillo y, de repente sentí un golpe en la espalda. El tiempo de recobrar su equilibrio y, de un empujón, me hizo caer al agua...

Lo más impresionante era, quizá, la inmovilidad de su esposa. Hacía frío. Por la abierta ventana, no era solamente el fresco lo que penetraba, sino las sombras, los temblores, la fiebre y las amenazas.

—¡Gassin...! ¡Eh, viejo...!

Maigret se volvió y vio a Gassin apoyado en la verja, que no estaba cerrada con llave.

—¡Qué tipo! —gruñó Ducrau volviendo hacia la mesa y sirviéndose vino—. Ha tenido cien ocasiones de disparar. Hasta puede acercarse tanto como quiera...

Las gotas de sudor revelaban que, durante los minutos precedentes, no había cesado de tener miedo. ¿Acaso no había sido debido al miedo el que abriese la ventana y permaneciese ante ella?

—¡Mélie...! ¡Mélie, por el amor de Dios...!

La criada apareció al fin. Se había quitado el delantal y puesto el sombrero.

—¿Qué te pasa?

—Me voy.

—Antes de irte, ve a buscarme al viejo que está en la verja, ¿comprendes? Dile que quiero hablarle, que es imprescindible que le hable...

La criada no se movió.

—¡Lárgate!

—No, señor.

—¿Te niegas a hacer lo que te mando?

—No iré, señor.

Estaba lívida esta muchacha delgada, sin pecho, sin feminidad, sin encanto, que, por fin, se enfrentaba con Ducrau.

—¿Te niegas?

Anduvo hacia ella con la mano levantada.

—¡Sí...! ¡Sí...! ¡Sí...!

No le pegó. Desinflado, pasó por delante de ella sin verla, abrió la puerta y se le oyó atravesar el patio. Su hija no se había movido. Su yerno se inclinó para mirar. Pero su mujer se levantó lentamente y avanzó, sin ruido, hacia la ventana. En cuanto a Maigret, pareció aprovecharse de la poca atención que se le prestaba para servirse de beber, y no acudió a la ventana sino cuando oyó chirriar la verja.

Los dos hombres se reunieron. Se los veía, tan desproporcionados de corpulencia, a un metro el uno del otro. No se entendía lo que hablaban. Una voz plañidera, atiplada como la de un niño, exclamó muy cerca de Maigret:

—¡Se lo suplico!

Era madame Ducrau que miraba la verja y que dirigía a Maigret esta súplica, vaga y jadeante. No se pegaron los dos hombres. Hablaban. Ducrau tenía la mano puesta sobre el hombro de su compañero y parecía empujarle para que entrara en la casa. Antes de que alcanzaran el edificio, Decharme tuvo tiempo de preguntar a Maigret:

—¿Qué ha decidido usted?

Y el comisario estuvo a punto de contestarle como un Ducrau cualquiera: «¡Váyase a la mierda!».

* * *

El viejo guiñaba los ojos deslumbrado por la luz. Sus hombros mojados brillaban y mantenía la gorra en la mano, quizá sin darse cuenta o porque había entrado en un comedor.

—¡Siéntate!

Se sentó al borde de una silla y conservó la gorra sobre las rodillas, evitando mirar a su alrededor.

—¿Un trago de tinto conmigo...? ¡Cállate...! Ya sabes lo que le he dicho: inmediatamente se te dejará hacer todo lo que quieras. ¿No es verdad, comisario? ¡Porque yo cumplo siempre mi palabra!

Tocó con su copa la de Gassin y se bebió el vino de un trago, haciendo una mueca.

—Lo peor siempre es empezar.

No hablaba más que al marinero, con miradas de soslayo a Maigret.

—¿No es verdad que antes dejaba fuera de combate a no importa quién de un solo puñetazo? ¡Dilo tú!

—Es verdad.

Y era alucinante oír así la voz del viejo, de una suavidad y de una docilidad asombrosas.

—¿Recuerdas cuando, en Châlons, nos pegamos con los belgas? El otro día, el tipo que me venció lo hizo a traición y gracias a su cuchillo, ésa es la verdad. No estás al tanto, pero no importa. Yo había ido a tu pinaza y me lo encontré, tumbado boca abajo, mirando por la tronera cómo se desnudaba la muchacha...

Le gustaba repetir esto porque su rabia se reanimaba.

—¿Comprendes ahora?

Y Gassin se encogió de hombros como diciendo que hacía tiempo que había comprendido.

—Escúchame, viejo... No, bebe primero un trago... Usted también, comisario... En cuanto a los demás, eso no tiene importancia, ¡desde el momento en que están aquí...!

Madame Ducrau, que no se había vuelto a sentar, permanecía pegada a la pared, medio oculta por la cortina. Decharme se hallaba acodado en la chimenea, mientras que su esposa, sola, permanecía a la mesa. Se oía a alguien ir y venir por la casa. Eso impacientó a Ducrau, que abrió la puerta y se oyó a la criada haciendo su maleta en el pasillo.

—¡No! ¡Lárgate, si quieres...! ¡Lárgate o quédate, haz lo que te dé la gana, pero no nos molestes...!

—Quisiera pedir al señor...

—Aquí no hay señor. ¿Quieres tu sueldo...? Toma, no sé cuánto hay... ¡Hasta la vista! Y que te aplaste un tranvía...

Se sonrió. Eso le hizo bien. Esperó a que la criada hubiera desaparecido, llevándose la maleta a la puerta, para cerrarla él mismo, echar el cerrojo y reunirse con sus compañeros. Entretanto, Gassin no se había movido.

—Bueno, una que se ha marchado... ¿Qué estábamos diciendo...? ¡Ah! Hablábamos de la pequeña... Si tú hubieses estado allí, ¿no hubieras hecho como yo?

Había lágrimas en los ojos del viejo y se le había apagado la pipa. Maigret le miraba intensamente y, en ese mismo instante, pensó:

«Si dentro de unos minutos no he encontrado algo, sucederán cosas espantosas de las cuales seré yo el único responsable».

Porque todo lo que pasaba, en apariencia no existía. Había otra cosa, otro drama, bajo cuerda. El uno hablaba por hablar; el otro no escuchaba. Era a éste al que Maigret observaba y ni sorprendía una mirada.

¿Era posible que Gassin estuviese inerte en tal momento? ¡No estaba borracho! Ducrau lo sabía tan bien que sudaba ostensiblemente.

—Por ese golpe no lo hubiera estrangulado. Pero estaba mi hijo, que, en definitiva, había muerto por culpa de él... y entonces...

Se paró delante de Berthe.

—¿Por qué me miras de esa forma? ¿Continúas pensando en los «monises» que no cogerás? ¿Oyes, Gassin? ¡Les he gastado la broma de no dejarles un céntimo a mi muerte...!

De pronto, Maigret se puso a andar, lentamente, sin objeto aparente, recorriendo el comedor en todo sentido.

—Y voy a decirte una cosa: tu mujer, la mía, todo eso no cuenta. Lo que cuenta, por ejemplo, éramos nosotros dos cuando...

Gassin sostenía el vaso con la mano izquierda. Su mano derecha no había abandonado el bolsillo de su chaqueta. No había arma, era seguro, porque Lucas no era hombre que se equivocara.

A un lado del viejo, a unos dos metros, se hallaba madame Ducrau, y al otro lado estaba Berthe.

Ducrau había interrumpido su frase al ver a Maigret inmóvil tras el marinero. Lo que sucedió a continuación fue tan vertiginoso que nadie se dio cuenta. El comisario se inclinó hacia adelante, rodeando con sus potentes brazos el pecho y los brazos del viejo Gassin. La lucha fue breve. ¡Un pobre desgraciado que trataba en vano de desligarse...! Mientras que Berthe gritaba de terror y su marido avanzaba dos pasos, Maigret registró el bolsillo de su adversario y sacó de él una cosa.

¡Eso estaba acabado! Gassin, libre de movimiento, recuperaba su respiración. Ducrau esperaba que abriese la mano Maigret, y el comisario, con la frente perlada de sudor frío, tardó un momento en apaciguarse.

—No corren ningún peligro —dijo, al fin.

Estaba detrás de Gassin, el cual no le veía. Cuando Ducrau se le acercó, Maigret se contentó con entreabrir su mano derecha, que contenía un cartucho de dinamita semejante a los que se utilizan en las canteras.

—¡Continúe...! —dijo al mismo tiempo.

Entonces, Ducrau, con las manos metidas en las sisas del chaleco y la voz fuerte, aunque ronca, continuó:

—Decía, viejo...

Sonrió. Rió. Tuvo que sentarse.

—¡Es idiota...!

En efecto, era idiota para un hombre como él, sentir, casi de golpe, derrumbarse así sus piernas. Y Maigret, acodado en la chimenea al lado de Decharme, esperaba a que se le disipase un desagradable mareo.

CAPÍTULO XI

El ruido de la lluvia, más allá de la ventana abierta, hacía pensar en el tranquilo riego de un huerto, y eran vaharadas de tierra mojada lo que penetraba en el comedor con cada soplo de aire.

De lejos, para el brigada Lucas, por ejemplo, el espectáculo de estos seres, cuajados en la luz del comedor como en el marco de un cuadro, debía de ser enloquecedor.

Ducrau fue el primero en recobrase, y dijo, suspirando:

—Muy bien, hijos míos.

Eso no quería decir nada, pero fue como una válvula de escape. Animó. Rompió la paralización general. El armador miró a su alrededor con el asombro del que espera encontrar algo cambiado.

Ahora bien: nada había cambiado. Cada cual se hallaba en su sitio, inmóvil y silencioso. Hasta el punto de que los pasos de Ducrau, que anduvo hasta la puerta, parecieron un terremoto.

—¡Esa idiota de Mélie se ha marchado...! —gruñó, volviendo.

Y, dirigiéndose a su mujer, continuó:

—Jeanne, deberías ir a preparar café.

La mujer salió. La cocina debía de estar muy cerca porque casi inmediatamente se oyó el ruido del molinillo, y Berthe se levantó para quitar la mesa.

—Muy bien... —repitió Ducrau, que se dirigía a Maigret sobre todo.

Su mirada circular dio sentido a esta frase:

—El drama ha terminado. Nos volvemos a encontrar en familia. Muelen café. Alcanzan las tazas y los platos...

Ahora se le notaba flojo, vacío y triste. Como hombre que no sabe qué hacer, cogió de sobre la chimenea el cartucho que Maigret había dejado allí y

miró la marca. Luego se volvió a Gassin.

—Es de los míos, ¿verdad? ¿De la cantera de Venteuil?

El viejo afirmó con la cabeza. Ducrau rememoraba con el cartucho en la mano y explicó:

—Nosotros teníamos con frecuencia a bordo cartuchos de éstos, ¿recuerdas?, que hacíamos explotar en los sitios donde había abundancia de peces.

Puso el cartucho en su sitio. No tenía ganas de sentarse ni tampoco de estar en pie. Tal vez tuviera ganas de hablar, pero no sabía exactamente qué decir.

—¿Comprendes, Gassin? —preguntó, suspirando y parándose, al fin, a un metro del marinero.

Éste tenía fija sobre él la mirada de sus ojillos muertos.

—Mejor dicho, no comprendes nada, pero no importa. ¡Míralas...!

Señaló a su mujer y a su hija, que, como hormigas negras, servían el café. La puerta había quedado abierta y se oía el chisporroteo del hornillo de gas. La casa era grande, sin embargo, casi suntuosa; pero se hubiera dicho que la familia la había reducido a su talla.

—¡Siempre ha sido así! Durante años y años los he sostenido a todos a fuerza de puños. Luego, para cambiarme las ideas, fui a la oficina y me puse a gritar a las calamidades. Más tarde... Gracias. Azúcar, no.

Era la primera vez que hablaba a su hija sin tratarla mal y ella le miró sorprendida. La muchacha tenía los ojos hinchados y las mejillas enrojecidas.

—¡Eres guapa, sí...! Y ya sabes tú, Gassin, que todas las mujeres son como ésta en un momento o en otro... ¡Ésa es la verdad! Estate tranquilo. Estamos en familia. Yo te quiero mucho. Se necesitaría poder una vez para siempre...

Maquinalmente quizá, madame Ducrau cogió una labor de punto y, sentada en un rincón, manejaba las largas agujas de acero. Ducharme removía el café con la cucharilla.

—¿Sabes tú lo que en la vida me ha dejado peor sabor de boca? Pues el haberme acostado con tu mujer. Ante todo, fue estúpido. Aún no sé por qué lo hice. Después, yo no era ya el mismo contigo. Te veía desde mi ventana,

en tu barco, y a ella también, y a la niña... La verdad es que tu mujer no ha podido decir nunca a quién pertenecía. Quizás a ti; tal vez a mí...

Como Berthe suspirara profundamente, Ducrau la miró con dureza. ¡Eso no la concernía! ¡No se preocupaba de ella ni de su mujer!

Daba vueltas alrededor de Gassin sin atreverse a mirarle, y entre frases y frases hacía largas pausas.

—En el fondo, tú siempre has sido el más feliz de los dos.

A pesar del fresco de la noche, el armador tenía calor.

—¿Quieres que te devuelva el cartucho? Por lo que a mí respecta, lo sabes muy bien, me da igual explotar. Pero es preciso que alguien quede para cuidar de la pequeña, en la pinaza...

Su mirada cayó sobre Decharme, que fumaba un cigarrillo, y todo el desprecio posible en un hombre se fijó en sus pupilas mientras dejaba caer la siguiente frase:

—¿Te interesa eso?

Luego, como el yerno no contestara, porque no encontró qué responder, continuó:

—¡Puedes quedarte! No me molestas más que la cafetera, sin contar que, después de todo, ni siquiera eres capaz de ser malvado.

Había cogido una silla por el respaldo y se atrevió, al fin, a ponerla frente al viejo, sentarse y tocarle las rodillas.

—¿Tú no crees que todo está casi en el mismo punto...? Dígame, comisario, ¿qué arriesgo por lo de Bébert?

Hablaban como se hubiese hablado, de sobremesa familiar, de las próximas vacaciones, mientras que las agujas de hacer punto sonaban con cierta cadencia.

—Tal vez le caigan a usted dos años. Quizás hasta puede ser que el jurado le absuelva.

—No lo deseo. Estoy cansado. Dos años de tranquilidad está bien. ¿Y luego?

Su mujer levantó la cabeza, pero no llegó a mirarle.

—Luego, Gassin, me haría cargo de una pinaza, la *más* pequeña de todas, como el *Aigle I*...

Y, con la garganta apretada por la emoción, continuó:

—¿Dime algo, por el amor de Dios! ¿No te das cuenta de que para mí ya no existe nadie más que tú?

—¿Qué quieres que te diga?

El viejo tampoco sabía qué decir... Estaba embrutecido. No hay nada más derrotador que un drama que dura mucho. Hasta el punto de que, repentinamente, había vuelto a su timidez y permanecía sentado como una visita pobre, sin atreverse a moverse.

Ducrau le sacudió por los hombros.

—¡Mira! Aún podemos hacer algo. Mañana, tú partirás con *La Toisón d'Or*. Luego, un buen día, cuando menos te lo esperes, oirás gritar tu nombre desde un remolcador. ¡Seré yo...! La gente no comprenderá nada. Dirán que mis negocios fueron mal. Pero ¡no es cierto! La verdad es que estoy cansado de sostener todo esto sobre mis espaldas...

Sintió de pronto la necesidad, de desafiar a Maigret con la mirada.

—Usted sabe bien que yo podría aún negarlo todo y es probable que no encontrase usted pruebas de mi culpabilidad. Es lo que yo pensaba hacer. ¡Si usted supiese cuánto he pensado...! Cuando me encontré herido en mi casa, con la Policía en pie, me prometí aprovecharme de ello para hacer rabiar a todo el mundo.

A pesar suyo, se volvió un instante hacia su hija y su yerno.

—¡Era una ocasión!

Se pasó la mano por el rostro.

—¡Gassin! —gritó, cambiando de idea, los ojos pestañeando de malicia.

Y como el viejo le mirara, continuó:

—¿Es todo...? ¿No me odias? Ya sabes, si quieres a mi mujer a cambio...

Tenía ganas de llorar, pero eso era imposible. Seguramente también deseaba abrazar a su camarada. Anduvo hacia la ventana, la cual cerró, y corrió las cortinas con ademanes metódicos de pequeño burgués.

—Escuchen, hijos míos. Son las once. Propongo que todos duerman aquí, y mañana por la mañana iremos juntos a...

Era al comisario a quien se dirigían estas frases sobre todo, así como la continuación:

—No tema nada. No tengo deseos de huir, al contrario. Además, tiene usted en la calle un inspector. ¡Jeanne, sírvenos un ponche antes de acostarnos...!

La mujer obedeció como una criada, abandonando sus agujas. Fue Ducrau quien ganó la puerta del patio y gritó en la noche húmeda:

—¡Señor inspector! Venga. Su jefe le llama.

Lucas estaba mojado, turbado, inquieto...

—Empiece por tomarse un vaso de ponche con nosotros.

Como al final de una velada, todos se hallaban en pie alrededor de la mesa con un vaso humeante en la mano. Cuando Ducrau alargó el suyo para brindar con Gassin, éste no dudó y bebió ávidamente.

—¿Están hechas las camas?

—No creo —dijo Berthe.

—Ve a hacerlas.

Un poco más tarde, confiaba a Maigret:

—Ya no puedo más de cansado; pero, al menos, esto es mucho mejor.

Las mujeres iban de un dormitorio a otro, haciendo las camas, buscando pijamas para todos. Maigret, que se había metido el cartucho en el bolsillo, dijo a Ducrau:

—Déme su revólver y júreme que no hay otro en la casa.

—Se lo juro.

Por otra parte, la atmósfera no era ya de drama. Era más bien la atmósfera de una casa mortuoria después del entierro, y el sentimiento que dominaba era la lasitud. Una vez más, el armador se acercó a Maigret para decirle, designando el conjunto de la mesa:

—¡Vea! ¡Hasta de una noche como ésta logran hacer algo sórdido!

Sus pómulos estaban más rojos que de costumbre. Debía de tener fiebre. Subió la escalera el primero, para mostrar el camino. A ambos lados de un pasillo se alineaban habitaciones diversas, amuebladas como las de un hotel. Ducrau señaló la primera.

—Es la mía. Créalo si quiere: jamás he podido dormir sin mi mujer.

Ésta le había oído. Buscaba en un armario zapatillas para Maigret, y su marido le dio una palmada diciendo:

—¡Mi pobre vieja...! Creo que te haré un sitio en mi pinaza.

* * *

Cuando el sol empezó a salir, Maigret se hallaba acodado en su ventana, completamente vestido, con una manta echada sobre los hombros, porque la noche había sido húmeda. Los guijarros del patio estaban aún mojados, y aunque no llovía ya, gruesas gotas de agua caían aún de la cornisa de los árboles.

El Sena estaba gris. Un remolcador y sus cuatro barcos esperaban ante la esclusa. Más lejos, en el centro de un remolino, se veía gravitar otro tren de pinazas entre dos líneas de bosque sombrío.

La superficie del agua blanqueaba, y Maigret, despojándose de la manta, puso orden en su *toilette*. No había ocurrido nada. No había oído nada. Para asegurarse, abrió la puerta y encontró al inspector Lucas de pie en el pasillo.

—Puedes entrar.

Lucas, pálido de cansancio, bebió del agua de la botella colocada sobre la mesilla de noche y se estiró ante la ventana.

—¡Nada! —dijo—. Nadie se ha movido. Fue el matrimonio joven el que se durmió más tarde. A la una todavía estaban cuchicheando.

Vieron llegar en bicicleta al chofer, que no vivía en la casa.

—Daría cualquier cosa por una taza de café caliente —dijo Lucas, suspirando.

—¡Ve a hacértelo!

Como si su deseo hubiera sido adivinado, se oyó un ligero deslizamiento de pasos por el pasillo y madame Ducrau, en peinador, con un gorro de madrás en la cabeza, avanzó sin ruido.

—¿Ya levantados? —exclamó la señora—. Voy rápidamente a preparar el desayuno.

El drama no había hecho mella en madame Ducrau. Continuaba siendo la misma que debió de ser siempre: triste y laboriosa.

—Sal un momento al pasillo.

Maigret se lavó con agua fría para despabilarse, y cuando se volvió se dio cuenta en seguida de que el río había cambiado de color mientras pasaba el tren de pinazas a través de la esclusa. El cielo estaba rosado, los pájaros

cantaban. Un motor ronroneó, el del coche que el chofer sacaba del garaje... Pero aún no era completamente de día. Se conservaba en la médula el fresco de la noche y el sol no había dado vida al paisaje.

—Jefe, aquí está...

Era Ducrau, que salía de su habitación y entraba en la de Maigret con los tirantes colgando, los cabellos sin peinar, la camisa abierta sobre su velludo pecho.

—¿No necesita nada? ¿No quiere que le preste una navaja de afeitar?

También él miró al Sena, pero con otros ojos, y dijo:

—¡Vaya! Ya han empezado a remover la arena...

Abajo se oía el ruido del molinillo del café.

—Dígame: ¿qué tengo derecho a llevarme a la cárcel?

No bromeaba. Hablaba simplemente.

—Si quiere usted, nos marcharemos inmediatamente después de desayunar y dejaremos a Gassin a bordo, lo que tal vez me permita ver un momento a Aline...

Era, en verdad, enorme, y, sin arreglar, tenía aspecto de oso, sobre todo con los pantalones arrugados sobre sus rodillas.

—Todavía tengo que pedirle otra cosa. Ya sabe usted lo que dije anoche con respecto al dinero. Desde luego, puedo hacerlo, lo cual haría montar en cólera a mi hija y a mi yerno. Pero, dadas las circunstancias...

¡Todo estaba completamente acabado! Se había despertado con la boca amarga y la cabeza pesada, como después de una terrible borrachera.

—En todo caso, sus contrarios se alegrarían... —dijo Maigret.

Era suficiente. Ducrau volvió a recuperar su dura mirada de patrón.

—¿Qué abogado me aconseja usted?

El remolcador silbó para anunciarse a la esclusa siguiente, precisando por el mismo medio el número de remolques. No se oyó llegar a madame Ducrau, que calzaba zapatillas de fieltro.

—El café está servido —dijo humildemente.

—¿No le molesta que baje como estoy? Es una antigua costumbre. Vamos a avisar a Gassin.

Era la habitación de al lado. Ducrau llamó a la puerta.

—¡Gassin...! ¡Eh, viejo...! ¡Gassin...!

La angustia le ahogaba. Su mano buscó el picaporte. Abrió, dio un paso y se volvió hacia Maigret.

No había nadie en el dormitorio. La cama estaba sin deshacer, y el pijama, preparado por madame Ducrau, sin usar sobre la colcha.

—¡Gassin...!

La ventana tampoco estaba abierta, y Maigret, a pesar suyo, echó una mirada de sospecha al inspector. Pero Ducrau había visto algo, un bulto tras la cortina. Avanzó hacia ella, tranquilo y frío, y la descorrió.

Un cuerpo colgaba, completamente rígido, contra la pared. La cuerda era tan débil que, al primer tirón, se rompió y el viejo rodó por tierra como un bloque, como una estatua, hasta el punto que hubiera podido creerse que iba a romperse.

* * *

El olor a pipa fría remaba todavía en el comedor donde se veían vasos sucios y ceniceros llenos de colillas. El mantel estaba manchado de la noche anterior. El coche esperaba frente a la ventana que acababan de abrir.

No habían dicho nada a madame Ducrau ni al matrimonio joven, al que se oía ir y venir por el piso de arriba y que aún no estaba dispuesto a bajar.

Con los codos sobre la mesa, Ducrau se desayunaba. Era inaudito lo que comía para desayunar, huraño, acosado se hubiera dicho por el hambre más terrible. No hablaba. Sus mandíbulas hacían ruido. Y lo hicieron más aún al sorber el café con leche.

—Bájame la chaqueta, el cuello y la corbata.

—¿No vas a tu habitación a vestirte?

—Haz lo que te digo.

Miraba directamente frente a él. Comía de prisa. Cuando, al fin, se levantó para ponerse la chaqueta que su mujer le tendía, se ahogaba.

—Te había preparado una maleta.

—Ya veremos eso más tarde.

—¿No esperas a Berthe?

Señaló al techo, pero Ducrau no respondió.

—¿Y Gassin?

—El inspector se ocupa de él —intervino Maigret.

Y era cierto, puesto que Lucas había telefoneado ya a la Policía local y al Juzgado.

Partieron Ducrau y el comisario con una torpe precipitación. El armador besó a su mujer en la frente, quizá sin darse cuenta.

—¿Me lo prometes, Émile? ¿Volveremos a la pinaza?

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí...!

Tenía prisa. Hubiérase dicho que algo tiraba de él. Se sentó pesadamente al fondo del coche y fue Maigret el que ordenó al chofer:

—¡A Charenton!

No se dirigieron la palabra. ¿Para qué? Llevaban recorridos varios kilómetros por el bosque de Fontainebleau, cuando Ducrau habló, apretando el brazo de Maigret:

—¡Le aseguro que no sé por qué me acosté con su mujer...!

Luego, sin transición, dijo al chofer:

—¿No puede ir más de prisa?

Le había crecido la barba. Sin lavar, tenía la cara sucia. Buscó en vano su pipa, que había olvidado, y fue el chofer el que le tendió una cajetilla de cigarrillos.

—Créame si quiere, pero raramente he sido tan feliz como ayer noche... Me parecía... Es difícil de explicar. ¿Sabe usted lo que la vieja ha hecho cuando estuvimos acostados? Se abrazó a mí llorando y diciéndome que yo era un buen hombre.

Su voz era turbia, como si tuviese la garganta llena de algo.

—¡Más rápido, por el amor de Dios! —suplicó, inclinándose hacia el chofer.

Y pasaron Corbeil, Juvissy, Villejuif y todos los autos de los dueños de villas que, el lunes por la mañana, regresan a París. Había tanto sol como el día anterior. La lluvia no había hecho más que enverdecer los campos y el follaje. Se detuvieron ante una estación de gasolina en donde había ocho bombas rojas en fila. El chofer preguntó a su amo:

—¿Tiene cien francos?

Ducrau le entregó la cartera. Al fin, se encontraron en París, en la avenida de Orléans, en el Sena. Limpiaban los cristales de las ventanas de la oficina

del *quai* des Célestins. Ducrau dio una orden al chofer. Se pararon delante de una tabernucha.

—¿Puedo bajar a comprar una pipa y tabaco?

En el café no encontró más que una pipa de cerezo, de dos francos, que llenó lentamente. Los muelles desfilaban. Pasaron los barriles de Bercy.

—¡No tan de prisa!

Se adivinaba la esclusa, que atravesaba en aquel momento una pinaza. El triturador funcionaba ya. Había ropa tendida secándose en los barcos del muelle. En el cafetín, hombres con gorras de marinero reconocieron al patrón y se acercaron a los cristales.

—Yo creo que hubiese sido mejor... —empezó a decir Ducrau.

Pero venció su debilidad y bajó la escalera de piedra. No era su casa lo que él miraba, ni la ventana abierta, tras la cual se adivinaba la criada. Se dirigió hacia la frágil pasarela de *La Toison d'Or*. La gente le saludaba desde otras pinazas.

Se lanzó a la escotilla al mismo tiempo que Maigret, y al mismo tiempo vieron a Aline, con un pecho al descubierto y un niño en los brazos, al lado de la mesa que cubría un mantel de flores rosas. Acunaba al pequeño mirando fijamente ante sí. Y cuando el pecho escapábase, a veces, de la boquita ávida, ella se lo volvía a meter con un gesto maquinal.

Hacía calor. La estufa estaba encendida desde hacía tiempo. Del perchero colgaba un pesado abrigo del viejo Gassin y sus zapatos limpios estaban debajo.

Con gesto lento y firme, Maigret impidió a Ducrau la entrada. Lo llevó hacia el timón y le tendió una carta escrita en papel de taberna.

Te escribo para que sepas que me encuentro bien, esperando que la presente te halle en perfecto estado de salud...

Ducrau no comprendió al principio. Pero, poco a poco, se le fueron apareciendo la posada, el pueblo del Haute-Marne y la hermana de Gassin, a la que había conocido en otra época.

—Estará muy bien allí —dijo Maigret.

El sol calentaba más. Un marinero gritó al pasar:

—¡La *Albatros* está averiada en Meaux!

Se dirigía a Ducrau y sin duda se quedó muy asombrado al no recibir contestación alguna.

—¿Nos marchamos?

Le miraban de todas partes. Alguien salió a su encuentro en el muelle, tocándose la gorra.

—Tome, patrón, es el informe sobre la piedra que hay que descargar.

—Más tarde.

—Es que...

—¡Déjame en paz, Hubert!

El tranvía hacía resaltar su color sobre lo gris del pavimento. El triturador parecía pulverizar el paisaje entero, mientras que un finísimo polvo blanco caía sobre las cosas.

—¡Es formidable! —exclamó, suspirando.

—¿El qué?

—Nada.

¿Es que, verdaderamente, Maigret no comprendía? Ahora era él quien tenía deseos de que el chofer fuera de prisa. Le parecía que cada segundo que transcurría era un peligro. Ducrau sudaba a gruesas gotas. En cierto momento, cuando pasaron a un tranvía, su mano se crispó sobre el picaporte de la portezuela.

Pero ¡no! ¡Era inteligente! Franquearon el Pont-Neuf. El chofer se volvió para preguntar:

—¿Paro en el Tabac Henri IV?

Porque éste continuaba en su sitio, rojo y blanco, frente a la estatua ecuestre del rey Enrique IV.

—Pare aquí, sí —dijo Maigret—. Vuelva a Samois y espere.

Era preferible andar. Sólo tenían que recorrer cien metros. Y todavía a lo largo del Sena. Ducrau iba del lado del parapeto.

—Resumiendo: usted podrá volver a su casa a partir de mañana —dijo bruscamente—. ¡Ha ganado dos días!

—No lo sé todavía.

—¿Es bonito aquello?

—Es tranquilo.

Veinte metros aún. Atravesar la calle y allí estaban los negros edificios del Palacio de Justicia, el gran portal de la cárcel, con su portillo a la derecha.

Por segunda vez la mano de Ducrau agarró el brazo del comisario mientras atravesaban la calzada, y el armador jadeó:

—¡No puedo!

Debía de hablar del Sena, del tranvía, de la cuerda, de todo lo que podía impedir...

En la acera, se volvió. El centinela había reconocido a Maigret. El portillo se abrió.

—¡No puedo! —repitió Ducrau al entrar en el porche sonoro mientras que una pluma se mojaba en la tinta violeta para inscribir su nombre en el libro registro de la cárcel.

Un remolcador silbó dos veces, anunciando que pasaba el segundo arco, y una pinaza belga, que subía el río, viraba en la corriente con objeto de entrar por el tercero.

Última revisión por UMDN: 9 de mayo de 2022

